This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

OLINA
S ANTIGUOS
ía del Arenal, 1
MADRID

S.
45f
B

AM.DIS. An 45 f (v.3)

HARVARD UNIVERSITY

LIBRARY OF THE
PEABODY MUSEUM OF AMERICAN
ARCHAEOLOGY AND ETHNOLOGY

SAMUEL KIRKLAND LOTHROP
BEQUEST

Jun.9,1966

Received June 9, 1966

FUENTES HISTÓRICAS

SOBRE

COLÓN Y AMÉRICA

PEDRO MARTIR ANGLERIA

FUENTES HISTORICAS

SOBRE

COLON Y AMERICA

PEDRO MARTIR ANGLERIA

del Real Consejo de Indias,
agregado constantemente á la Corte de
los Reyes Católicos, y primer historiador del
descubrimiento del Nuevo Mundo que, á instancias
de los Papas de su tiempo, escribió en latín dándoles cuenta
de todo, según lo sabía por cartas y explicaciones
verbales del mismo Colón, de casi todos los
capitanes y conquistadores y de cuantos
volvían de América.

LIBROS RARÍSIMOS QUE SACÓ DEL OLVIDO
traduciéndolos y dándolos á luz en 1892, el

DR. D. JOAQUÍN TORRES ASENSIO

PRELADO DOMÉSTICO DE SU SANTIDAD,
TEÓLOGO CONSULTOR QUE FUÉ EN EL CONCILIO ECUMÉNICO
DEL VATICANO
Y ACTUALMENTE CANÓNIGO LECTORAL DE MADRID

TOMO TERCERO

MADRID
IMP. DE LA S. E. DE SAN FRANCISCO DE SALES
Pasaje de la Alhambra, núm. 1

1892

H.D. Am DIS An45f

Peabody Museum Library
Received June 9, 1966
Bequest of Samuel Kirkland Lothrop

Quedan reservados dentro y fuera de España todos los derechos que las leyes y convenios internacionales conceden á la propiedad intelectual.

PRECIO DE ESTE TOMO: 5 pesetas en elegante encuadernación de tela con plancha dorada, que representa á Colón cuando por vez primera pisa el suelo americano.

Los pedidos hechos directamente al Sr. Torres Asensio *y acompañados del importe*, si llegan á 50 pesetas efectivas obtendran aumento de ejemplares por valor de un 15 por 100, de un 20 los de 200 pesetas, y del 25 los de 400 ó más.

FERNANDO MAGALLANES

FERNANDO MAGALLANES

Nacido en Oporto de familia noble, en sus primeros años estuvo al servicio de la Casa real, y en 1505 fué en una expedición militar al Oriente, donde entonces realizaban los portugueses hazañas memorables. Distinguióse allí el joven marino por su valor y prudencia durante siete años; y vuelto á Portugal por haber sido desatendido del Rey y lastimado en su pundonor, declaró que, en uso de su derecho, se pasaba al servicio de España, y lo hizo bajo la condición de no tomar parte nunca en cosa contraria al Rey ó el reino de Portugal.

Aquí propuso buscar un estrecho por entre el nuevo continente trasatlántico para ir al país de las especias, que los portugueses traían por el Oriente. Los agentes de Portugal en España le ocasionaron dificultades, tardanza y peligros, que venció con la resuelta protección de Carlos V. Recibió y juró el estandarte español en la iglesia de la Victoria, de Triana; cedió por siempre á este convento de Mínimos su pensión de comendador de Santiago, "é por ser probes los frailes dél, rueguen á Dios nuestro Señor me dé vitoria en este viaje que agora vo... con cargo de ciertas Misas que han de decir por mi devoción".

Hizo que todos se preparasen con la confesión, y con cinco naves y doscientos sesenta y cinco hombres salió de Sevilla el 10 de Agosto, y luego de Sanlúcar el 20 de Septiembre de 1519, con rumbo fijo al Occidente; y, dada la vuelta al mundo por vez primera desde la creación, regresó por el Oriente la nave *Victoria* sola con dieciocho hombres, aportando á Sevilla el 10 de Septiembre de 1522 al mando de Sebastián Elcano.

La gloria de este acontecimiento trascendental pertenece á Magallanes, aunque murió de regreso á manos de los indios en las islas Filipinas. Con razón se ha perpetuado su glorioso nombre en el estrecho que descubrió con increíbles trabajos, sólo vencidos por su corazón de acero y su incomparable pericia de marino.

Fué hombre de poca estatura, y quedó algo cojo de una lanzada que había recibido peleando en África por su patria nativa.

DÉCADA CUARTA DEL NUEVO MUNDO

A León X, Pontífice Máximo.

INTRODUCCIÓN

BEATÍSIMO PADRE:

GIL de Viterbo, de los ermitaños de San Agustín y modelo brillante del Sacro Orden Cardenalicio, cuando, desempeñada su legación *à latere,* se marchaba de España, en nombre de Vuestra Santidad y en el suyo me dejó mandado que escribiera lo que diera de sí el preñado océano después de mis tres Décadas, que ya hace tiempo se enviaron á Vuestra Santidad, las cuales

comenzaron desde el año 1492 y terminaron el 1516.

Lo diferí porque se referían muchas cosas sin importancia y pocas dignas de memoria. En nuestro Real Senado de las cosas de Indias se leían todos los días cartas llenas de ambages y enviadas por cualesquier incompetentes, de las cuales sacábamos poco jugo. Éste se jactaba de haber hallado un dedo de la mano antes descubierta, aquél una falange del dedo, y escribían haber hecho grandes y nuevos descubrimientos, con más ampulosidad y ruido que los primeros descubridores de aquel mundo, imitando á la hormiga que piensa llevar un peso muy grande cuando conduce á su agujero un grano de trigo hurtado en la era de gran montón y criado con trabajo ajeno. Llamo dedo de la mano descubierta y granos de trigo á todas las islas adyacentes á la Española y á Cuba y al que se cree continente; pues por delante y por detrás, y por ambos lados, están rodeadas de islas innumerables, como

una gallina de sus polluelos. Pero á cada uno hay que darle el premio de su trabajo.

Pongamos, pues, en manos de Vuestra Santidad, para que deleiten sus oídos anhelantes de saber, las cosas de las islas de Yucatán y Cozumela, y del vasto territorio Hacolucano, que aún no se sabe bien si es isla ó está unido al continente. Omitiendo rodeos, contemos las cosas que me han parecido dignas de recordarse; después diré lo que ha pasado sucesivamente en el que se cree continente, y terminaremos la obra con la Española.

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO ÚNICO

SUMARIO : Descubrimiento de Yucatán.

Por los libros de las Décadas anteriores [1], dados á luz por la industria de los calcógrafos, se puede colegir que algunos *(indios)* fugitivos llegados á las cercanías de Darién, maravillándose de ver libros en las manos de los nuestros, dijeron que habían estado alguna vez en unas tierras cuyos habitantes usaban de instrumentos así, y vivían civilmente bajo el imperio de leyes, y que tenían palacios y

[1] Década 3.ª, lib. X, cap. II, núm. 3.

templos construídos magníficamente de piedra, como asimismo plazas y caminos arreglados con buen orden, donde negocian. Esas tierras las han descubierto ahora los nuestros. Quién fueron los descubridores y cómo ello sucedió, óigalo atentamente Vuestra Beatitud, puesto que todas estas cosas se descubren para someterse á Vuestro Trono.

Hasta ahora hemos dicho poco de la isla de Cuba, que han querido llamar Fernandina, próxima á la Española, que está al Occidente, pero tan al Septentrión que el trópico de Cáncer pasa por medio de Cuba, y la Española dista del trópico algunos grados hacia el ecuador. En esta isla de Cuba se han levantado ya seis pueblos : el principal toma nombre de Santiago, patrón de las Españas. Allí hay oro nativo en las montañas y en los ríos, y se cuida de excavarlo.

En el año que se terminaron mis libros, tres españoles de los ciudadanos más antiguos de Cuba, Francisco Fernández de Córdoba, Lope

Ochoa, Caicedo y Cristóbal Morantes, se propusieron buscar nuevas tierras, y en nombre del Rey iba con el cargo de contador Bernardino Iñíguez, de la Calzada, y capitán de una de las naves. Es inquieto y emprendedor siempre de cosas grandes el ánimo de los españoles. Prepararon á su costa tres naves de la clase que los españoles llaman carabelas, y desde el ángulo occidental de Cuba, que tomó el nombre de San Antonio, se dieron á alta mar con el piloto Alaminos y ciento diez soldados. Aquel extremo es muy á propósito para reparar las naves, hacer aguada y leña.

Entre el céfiro y el ábrego, viento que los españoles llaman sudoeste, al cabo de seis días vieron tierra, durante el cual tiempo dicen que recorrieron solamente sesenta y seis leguas, y anclaban dondequiera que les cogía la puesta del sol, no fuera que, errantes por mar desconocido, se estrellaran en escollos ó se fueran á pique dando en bajos de arena.

Se encontraron con un territorio muy grande, desembarcaron y fueron recibidos con hospitalidad por los naturales. Los nuestros, por gestos y señales, preguntaron cuál era el nombre de toda la provincia, y ellos respondieron: *Yucatán,* que en su lengua significa: no os entiendo. Los nuestros pensaron que *yucatán* era el nombre de la provincia, y por este caso inmediatamente desde entonces quedó y quedará perpetuamente este nombre de Yucatán. A su principio le llaman *Eccampi:* se dirigieron á un pueblo sito en la playa y tan grande que los nuestros le llamaron Cairo, por El Cairo, capital de Egipto. Encontrando casas con torres, templos magníficos, caminos arreglados con orden, y plazas, y que había allí ferias y comercio. Las casas son de piedra ó hechas de ladrillo y cal con arte é industria. Al primer piso de las casas y á las primeras habitaciones se sube por doce ó diez escaleras, y están cubiertas, no sólo con tejas, sino tam-

bién con pajas largas y tallos.

Se hicieron mutuos regalos; los bárbaros dieron á los nuestros globitos de oro y joyas hechas de oro, muy lindamente formadas, y los nuestros les regalaron vestidos de seda y lana, también cuentas de cristal y cascabeles de latón, dones muy agradables para ellos por lo peregrinos. Nuestros espejos los estimaban poco, porque ellos los tienen más brillantes, de ciertas piedras. Aquella gente va vestida, no de lana, que no tienen rebaños, sino de algodón, pintado de mil modos y varios colores. Las mujeres van vestidas desde la cintura hasta los talones, y con diferentes velos se cubren la cabeza y los pechos, y cuidan pudorosamente de que no se les vean los pies ó las canillas. Frecuentan los templos; los principales arreglan caminos desde sus propias casas hasta ellos; dan culto á los ídolos y están circuncidados *(recutiti)* [1], aunque no

[1] Eso significa principalmente el adjetivo *recutitus*, el circuncidado, el que tiene cicatrices; tam-

todos. Viven con leyes y negocian con suma fidelidad, pero haciendo cambios sin dinero. Vieron *(los españoles)* cruces; y preguntándoles por medio de los intérpretes de dónde habían tomado aquello, dijeron algunos que había pasado por allí un hombre hermosísimo, que les había dejado aquella insignia en memoria suya; otros dijeron que había muerto en semejante obra *(opificio)* un hombre más reluciente que el sol. No se sabe nada de cierto.

---

bién podrá significar el efecto de otra operación análoga y más grave, y asimismo algún género de inmoralidad de aquellos pobres indios, tan degenerados y caídos de la dignidad humana. El autor les aplica bastantes veces ese calificativo, y no es fácil determinar siempre el sentido propio.

LIBRO II

CAPÍTULO ÚNICO

SUMARIO: 1. Buen recibimiento en Campeche.—2. Cruel perfidia del cacique de Aguanil.

HABIENDO pasado allí algunos días, ya parecía que eran molestos á los naturales, pues no es grata la estancia larga de ningún huésped. Tomaron provisiones y se dirigieron en derechura al Occidente por las provincias que los indígenas llaman Comi y Maya, que pasaron de largo tomando únicamente agua y señas del camino. Los bárbaros de la costa admiraban nuestras naves flo-

tando en el mar, y salían á porfía á verlas las mujeres, los hombres y los niños, mezclados. Los nuestros miraban desde el mar, no sin asombro, los edificios de ellos, y principalmente los templos próximos á las costas, levantados á modo de fortalezas.

Por fin les pareció bien echar anclas á ciento diez leguas, en la provincia que se llama Campeche, población que tiene tres mil casas. Abrazáronse unos á otros amigablemente; los bárbaros admiraban atónitos el arte náutico de los nuestros, la grandeza de las embarcaciones, las velas, aparejos y demás. Cuando oyeron el tronar de los cañones que se descargaron, y sintieron el olor de humo y azufre ardiendo, les parecía que enviaba rayos el cielo.

El cacique hospedó á los nuestros con benignidad y magnificencia en su palacio. Después de haber comido al estilo de ellos, que tienen pavos y aves cebadas, y también campesinas y de los bosques, y

acuáticas, perdices, codornices, tórtolas, ánades, gansos y conejos, y además lobos, leones, tigres, zorras y cuadrúpedos de campo, como jabalíes, ciervos y liebres, fueron conducidos los nuestros con acompañamiento regio á una encrucijada espaciosa sita á un lado del pueblo, donde les mostraron una plataforma cuadrada de cuatro escaleras, levantada de mármol, parte con betún resistente, parte de piedrecitas, sobre la cual había esculpido un simulacro de hombre, y adheridos á él dos cuadrúpedos desconocidos que, cual perros rabiosos parecían querer despedazar el vientre del hombre de mármol. Junto al simulacro hay una serpiente formada de betún y piedrecitas, de cuarenta y siete pies de larga, de gruesa como un buey grande, devorando á un león de mármol, y rociada de sangre fresca. Próximos al suelo había fijados tres palos cruzados por otros tres, sostenidos con piedras.

En aquel lugar castigan á los

reos, y, en prueba de ello, vieron colocadas innumerables flechas ensangrentadas y rotas, y huesos de muertos arrojados al corral vecino. También aquí las casas están hechas de cal y canto. Al cacique le llamaron Lázaro, porque en el día de Lázaro llegaron á aquella tierra.

2. De allí caminaron quince millas, siempre al Occidente, y entraron en una provincia llamada Aguanil, cuya población se apellidaba Moscobo y el cacique Capotón, con acento en la última. Este régulo miraba hostilmente á los nuestros, y les preparó emboscadas con una estratagema. Cuando le pidieron agua, indicaron que había una fuente al otro lado de un collado próximo, adonde se iba por sendas estrechas. Observando en su frente que cambiaba de color y que llevaban arcos y flechas, echaron de ver el engaño y rehusaron los nuestros seguir más adelante. Los bárbaros atacaron á los nuestros diseminados y desprevenidos, y en la huída más de mil los destrozaron,

atascándose los nuestros en la playa cenagosa (pues lo es allí el mar); mataron á flechazos á veintidós, y á la mayor parte de los otros los hirieron. Treinta y tres heridas cuentan que recibió el propio Francisco Fernández, capitán de la armada: casi ninguno salió ileso. Si se hubieran alargado á los collados que les enseñaron, habrían sido todos muertos sin quedar uno. Regresaron, pues, tristes los que quedaron á la isla Fernandina, de donde habían ido, y los compañeros les recibieron con llanto y gemidos por los que allí habían dejado y por los que venían heridos.

LIBRO III

CAPITULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Expedición de Grijalba á Cozumela.—2. Mal recibidos en Campeche.

AL tener noticia de esto el gobernador de Cuba y Fernandina, Diego Velázquez, aparejó una armada de cuatro carabelas con unos trescientos hombres, y al frente de esta flotilla puso á su sobrino Juan Grijalba, agregándole de subpretores Alfonso Avila, Francisco Montejo y el comendador Pedro Albarado, y de piloto el mismo Antonio Ala-

mín, que dirigía la flotilla anterior.

Tomaron el mismo derrotero, pero algo más al Sur como setenta leguas, y vieron desde arriba una torre alta, mas no tierra. Guiándose por aquella torre, llegaron á una isla llamada Cozumela, de la cual cuentan que percibían olores agradables en trecho de tres leguas, soplando de allá el viento. Encontraron que tenía cuarenta y cinco leguas de circuito, que es llana y de suelo feracísimo, que tiene oro, pero extranjero y llevado de otras partes.

Abunda de miel, frutas y hortalizas, como asimismo de aves y cuadrúpedos. Por decirlo en pocas palabras: estos naturales tienen la economía y policía que los de Yucatán, casas, templos, caminos, comercio, ropas de hombres y mujeres, de *gosampio,* que en italiano se llama *bombaso* y en español algodón, no de lana ó seda, casas de ladrillo ó piedra, cubiertas de paja larga donde escasean las losas, que donde éstas abundan con láminas

de piedra las cubren, y tienen postes de mármol, como entre nosotros la mayor parte de las casas. Encontraron allí vetustas torres y vestigios de otras derruídas, que indicaban antigüedad; en particular una de dieciocho gradas como las de subir á los templos ilustres.

Admiraron nuestras naves y arte náutica; al principio no quisieron recibir á los huéspedes, después los admitieron benignamente: subieron á la torre guiados por el principal, que creen sacerdote. En lo más alto de ella fijaron la bandera adjudicando el imperio al Rey de Castilla, y pusieron á la isla el nombre de *Santa Cruz,* porque entraron en ella el día 3 de Mayo, fiesta de la Santa Cruz. Dicen que se llama Cozumela por el nombre del cacique Cozumelao, cuyos antepasados se gloría él de que fueron los primeros habitantes de esta isla. En la torre encontraron cámaras con estatuas, ya de mármol, ya de barro, que tienen simulacros de osos, á los cuales invocan con canto unísono

y alto, y les inciensan con aromas delicados y les veneran como penates. Allí se celebró misa: están circuncidados *(recutiti)*.

Este cacique, vestido elegantemente con un velo de algodón, tenía cortados los dedos de un pie; nadando se los había quitado de un mordisco un pez voraz que se llama tiburón. Dió á los nuestros opípara y abundante comida.

2. A los tres días marcharon en derechura al Occidente, y vieron á lo lejos montañas; era la ya conocida tierra de Yucatán, que dista de Cozumela nada más que cinco leguas de mar. Tomaron el lado meridional de Yucatán, y dieron vuelta á lo que hay próximo al creído continente; no pudieron rodearla toda por los frecuentes escollos y bajos de arena. El piloto Alamín siguió con las naves al ya conocido lado boreal. Marcharon al mismo pueblo Campeche y al cacique Lázaro, al cual habían ido los primeros el año pasado: recibidos con agrado, fueron invita-

dos á que pasaran al pueblo; pero les pesó la invitación.

A un tiro de piedra del pueblo mandaron parar á los nuestros los indígenas, y que se marcharan. Los nuestros pidieron que se les dejara tomar agua antes de marchar. Les mostraron un pozo que habían dejado á la espalda, diciéndoles que de allí podrían tomar agua pero de otra parte de modo ninguno. Pasaron la noche en el campo próximo al pozo. Los bárbaros entraron en desconfianza; como tres mil hombres armados acamparon no lejos de los nuestros. Unos y otros pasaron la noche sin dormir; aquéllos temiendo que los nuestros invadieran el pueblo, y los nuestros que los bárbaros les atacaran de repente, excitaban á los soñolientos con el sonido de las trompetas y el ruido de los tambores.

Apenas amaneció, se acercaron los bárbaros y llamaron á nuestros intérpretes cubanos, cuyo idioma, si no es el mismo, es pariente. Habiendo encendido entre uno y otro

escuadrón una antorcha de incienso, les amenazaron con matarlos si no se apresuraban á marcharse antes de que la antorcha se apagara, y protestaban que no querían huéspedes. Se consumió la antorcha; vinieron á las manos, mataron á uno de los nuestros á quien la flecha encontró mal cubierto con el escudo, é hirieron á muchos; los nuestros se replegaron á los cañones, que estaban colocados junto al pozo, para disparar desde allí balas contra los bárbaros. Éstos retrocedieron al pueblo; los soldados, entusiasmados, deseaban perseguirles; pero el pretor Grijalba lo impidió. De allí se adelantaron á lo último de Yucatán, averiguando que se alargaba de Oriente á Occidente más de doscientas leguas, y se encaminaron á un puerto excelente, al que pusieron el nombre de Puerto Deseado.

CAPÍTULO II

SUMARIO: 1. Hacia la desembocadura del río Grijalba. 2. Oro abundante.

DESDE allí pasaron navegando á otras tierras, y surgieron en una cercana de Yucatán por el Occidente; dudan si es isla ó no. Les parece que está unida al continente. Hay allí un golfo que sospechan está rodeado por ambas tierras; nada se sabe de cierto: los naturales llaman á aquel territorio Caluacán, alias Oloán. Un río grande que allí encontraron, con su furioso ímpetu da al mar aguas potables en trecho de dos leguas; pusieron al río el nombre del pretor Grijalba. Los indígenas bárbaros,

maravillados de ver las moles de nuestros barcos con sus velas extendidas, ocuparon ambas orillas del río en número de seis mil hombres armados con escudos dorados, arcos y flechas, como asimismo anchas espadas de madera y astas chamuscadas, para guardar la costa é impedirles desembarcar. Aquella noche, uno y otro bando estuvieron en jarra.

Al amanecer se presentaron como cien canoas llenas de gente armada (hemos dicho otras veces que las canoas son lanchas de un solo madero).

También aquí los intérpretes de Cuba se entendían hablando con bastante facilidad. Admitieron la paz ofrecida por los intérpretes, y se aproximó una canoa manteniéndose paradas las demás. El jefe de la canoa preguntó qué iban buscando los nuestros por tierras extrañas. Se les respondió que deseaban oro, pero á cambio, no de balde ni violentamente. Regresó la canoa, y sus marineros contaron al cacique lo

que se había tratado: llamado el cacique vino gustoso, y ¡cosa digna de contarse, oh Padre Santo!, el cacique llamó á su camarero, le ordenó traer alhajas de su cámara, y le mandó ponérselas á nuestro pretor Grijalva.

2. Comenzó él poniéndole calzado de oro, botas, coraza y toda la armadura de hierro ó de acero que suele ponerse cualquiera cuando se arma de punta en blanco para salir á pelear; todo eso se lo regaló el cacique á Grijalba, de oro maravillosamente labrado. Grijalba le correspondió con vestiduras de seda, de lana y lino, y con otras cosas de las nuestras.

En el comienzo de este Yucatán, cuando pasaban de Cozumela, se encontraron con una lancha pescadora, en la cual había nueve indígenas inermes, pescando con anzuelos de oro, y les cogieron á todos sin temor. Á uno de ellos le conoció este cacique, y prometió á Grijalba enviarle al día siguiente tanto oro cuanto aquel hombre pesara; él se

negó á hacer la redención contra la voluntad de sus compañeros; retuvo al hombre aquel, y se marchó con ánimo de reconocer lo que había más allá.

LIBRO IV

CAPITULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Sacrificios de víctimas humanas.—2. Isla de amazonas.—3. Industria.—4. Costumbres.

COMO á unas cien millas, siempre á céfiro *(á Poniente)*, encontraron un gran golfo, en el que había tres islas pequeñas, y se dirigieron á la mayor. ¡Oh cruel maldad, Padre Santo! ¡Oh feroces almas de hombres! Prepárese Vuestra Santidad, no se le altere el estómago. Allí inmolaban niños y niñas á sus dioses: son inmorales: los simulacros que veneran son de mármol, algunos otros de barro.

Entre las imágenes de mármol hay un león con la cerviz agujereada, en la cual derraman la sangre de los infelices para que de allí corra á un estanque de mármol.

Vamos á referir las ceremonias con que inmolan la sangre de los desdichados. No los degüellan, sino que, abriéndoles el pecho, arrancan el corazón á la víctima infeliz, con cuya sangre caliente ungen los labios de los ídolos, y la demás la dejan correr al estanque. Después, en campo abierto, queman el corazón y las entrañas, y piensan que aquel humo es agradable á los dioses. Uno de los ídolos es masculino, que con la cabeza inclinada está mirando al estanque de sangre, como aceptando el sacrificio de las víctimas. Los morcillos de los brazos y de los muslos y las pulpas de las pantorrillas se los comen, especialmente cuando han sacrificado á un enemigo vencido en la guerra. Hallaron un arroyo de sangre cuajada, como saliendo de un matadero. Transportan desdichados de las islas vecinas

para semejante atrocidad. Vieron allí innumerables cabezas y cadáveres decapitados, y también enteros, la mayor parte cubiertos con velos.

Todas aquellas regiones abundan en oro y perlas. Andando por la isla uno de los nuestros, encontró dos vasijas de alabastro medio enterradas, elaboradas hermosísimamente y llenas de piedras preciosas de diferentes colores; una dicen que halló, que se la enviaron al Gobernador, y valía dos mil castellanos de oro. Llamaron á aquella isla del Sacrificio.

2. A los lados de esta Coluacana hay otras islas, donde sólo habitan mujeres sin trato de hombres. Piensan algunos que viven á estilo de amazonas. Los que lo examinan mejor, juzgan que son doncellas cenobitas que gustan del retiro, como pasa entre nosotros, y en muchos lugares las antiguas vestales consagradas á la diosa Bona. En ciertos tiempos del año pasan hombres á la isla de ellas, no para usos

maritales, sino movidos de compasión, para arreglarles los campos y huertos, con el cultivo de los cuales puedan vivir. Mas es fama que hay otras islas habitadas por mujeres, pero violadas, que desde pequeñas les cortan un pecho para que más ágilmente puedan manejar el arco y las flechas, y que pasan allá hombres para unirse con ellas, y que no conservan los varones *(que les nacen)*. Esto lo tengo por cuento.

3. Se aproximaron, pues, los nuestros á la costa de la tierra coluacana y negociaron en paz: el cacique les regaló un caldero de oro, brazaletes, collares, dijes y otras muchas joyas de diversos géneros; los nuestros, por su parte, le dejaron contento con las cosas de acá. Deseaban fijarse allí y fundar una colonia; pero el Pretor lo impidió, y sus compañeros de armas estaban entonces rabiosos contra él.

Esta provincia tiene edificios con torres, y quince poblaciones muy grandes, y atestiguan que en cierta

parte vieron algunas de veinte mil casas. Las casas no están contiguas del todo, sino separadas por huertos y corrales: muchas están distantes. Tiene plazas rodeadas de murallas, y en ellas celebran mercados y ferias: tienen calles arregladas, hornos y fogones, cal y ladrillo cocido; alfareros, carpinteros, artesanos, obreros de todas las artes mecánicas, los hay excelentes entre ellos. Este cacique se llama Tamasco, la región Palmaria: su corte, llamada Potenchiano, dicen que es población de quince mil habitantes.

Cuando los que admiten la paz en aquellas tierras reciben huéspedes nuevos, en pacto de amistad, con una navaja ó cuchillo de piedra se sacan una poca sangre de la lengua, la mano, el brazo ú otra parte del cuerpo, á vista del huésped. Los sacerdotes viven célibes é incorruptos. Qué cosa sea unirse, no lo sabe nadie hasta que se casa. Obrar de otro modo es delito capital. Las mujeres guardan admira-

ble castidad. Los poderosos, después de haber tomado una mujer, pueden todos tener cuantas concubinas quieran; pero á la mujer casada cogida en adulterio, su marido la vende al magnate principal, del cual los parientes de la mujer pueden rescatarla.

Ninguno que no esté casado puede juntarse en la mesa, ni comer en el mismo plato, ni beber en la misma copa, ni igualarse con un casado. En los meses de Agosto y Septiembre, por espacio de treinta y cinco días, se abstienen, no solamente de carnes, que las tienen muy buenas de aves y de caza, sino que tampoco comen pescado ni cosa alguna que tenga sangre: aquellos días los pasan con hortalizas y legumbres. Estuvieron allí algunos días *(los españoles)* comiendo muy bien.

CAPÍTULO V

SUMARIO: Prosigue Grijalba el costeo de Nueva España.

Se marcharon siguiendo la misma costa, y dieron con otro cacique, al que llamaron Ovando. Así que él comprendió que los nuestros lo deseaban, les trajo unas láminas de oro fundidas; el Pretor le hizo entender, mediante los intérpretes, que deseaba abundancia de aquel metal. Al día siguiente mandó traer un pequeño simulacro humano de oro, un abanico de oro y una mascarilla también de oro, de varia labor, y regaló también á los nues-

tros sartas de cuentas y abundancia de pecheras, y dijes y adornos de varios géneros, y piedras preciosas de varios colores, y los hartó de riquísimas viandas muy sabrosamente condimentadas.

Habiéndolos convidado en la playa, de seguida, hincando ramas verdes, hicieron, al mando del cacique, como un emparrado; á los familiares flojos en llevar ramas les pegaba el cacique con un cetro que llevaba en la mano, y los esclavos, con la vista baja, sufrían pacientemente cualesquier golpes.

Preguntado dónde se cogía tanta abundancia de oro, señaló con el dedo unas montañas próximas y los ríos que de ellas corrían. Están tan acostumbrados á los ríos y lagunas, que lo mismo es para ellos nadar que andar por tierra. Cuando les ocurre sacar oro, se zambullen en los ríos y salen con las manos llenas de arena, y, pasándola de una mano á otra, escogen el oro. En dos horas dicen que llenan de oro una caña como el dedo.

De los sahumerios y olores de estas tierras pueden contarse cosas deleitables y muelles, que paso por alto porque sirven más para la afeminación que no para las buenas costumbres. El Pretor no quiso admitir un niño de doce años que le ofreció el cacique, y admitió una niña elegantemente adornada; al muchacho lo desechó á disgusto de los compañeros.

De las piedras preciosas obtenidas de este cacique, escriben que una vale dos mil castellanos de oro. Por fin se separaron de él cargados de oro y de perlas. El pretor Grijalba envió una de las carabelas á su tío el Gobernador en la Fernandina, con noticias y el oro y las perlas recogidas.

Entretanto los demás cortaban la costa hacia Occidente; pero una nave, en que iba el subpretor Francisco Montejo, iba costeando casi junto á la orilla, y dos iban por alta mar á la vista. Maravillados los indígenas, tuvieron por milagro tal novedad. Se le acercaron á Monte-

jo trece canoas: hablaron por intérpretes, y se saludaron afectuosamente unos y otros; los indígenas les rogaban humildemente que desembarcaran, prometiéndoles grandes cosas si visitaban al cacique del país. Montejo respondió que no podía complacerles porque estaban demasiado distantes sus compañeros; los despachó contentos, haciéndoles algunos regalos de cosas nuestras que les agradaban.

Se encaminaron á aquella población célebre, acercándose á la playa juntamente las tres carabelas. Los naturales les prohibieron desembarcar, presentándose á los nuestros armados de escudos, arcos, aljabas llenas, anchas espadas de madera y astas chamuscadas; ellos disparaban sus flechas desde lejos, y los nuestros las balas de las bombardas. Asombrados del estruendo de nuestras armas y aterrorizados, echaron á huir y pidieron la paz. Faltaban ya provisiones á los nuestros, y las naves estaban en mal estado á causa de los largos viajes;

así, pues, se volvieron á la Fernandina, contento Grijalba de lo que se había hecho y descubierto, y disgustados sus compañeros.

LIBRO V

CAPITULO ÚNICO

SUMARIO: 1. Desordenada expedición á las islas Guanajas. — 2. Consecuencias del desorden. — 3. Industria.

AHORA tenemos que hacer una pequeña digresión, y tratar de otra navegación. Después volveremos á los nuevos territorios.

El propío Diego Velázquez, vicegobernador, casi al mismo tiempo que aparejaba aquella armada de las cuatro carabelas, destinó otra de una carabela acompañada de un bergantín, con cuarenta y cinco hombres. Estos trataron violenta-

mente á los naturales, que son idólatras é inmorales.

Próximas á la costa hay muchas islas pequeñas, á manera de continente, ricas por la fertilidad de su suelo y óptima calidad de la tierra: Guanaxa, Guanagua, Guitila. De una de éstas se llevaron trescientos indígenas inocentes de ambos sexos (á esta isla le pusieron por nombre Santa Marina); los metieron en la carabela, y tomaron rumbo á Fernandina. Dejaron allí el bergantín con veinticinco hombres, que se ocuparan en cazar más indígenas. El puerto que tomó la carabela se llama Carenas, y dista de la principal población de Cuba, que es Santiago, doscientas cincuenta leguas. Esta isla es muy larga hacia Occidente, y la corta el trópico de Cáncer.

2. Tomando la fortuna venganza de los que guardaban á los cautivos, bajaron á tierra algunos de aquéllos, quedando pocos. Aprovechando los isleños la ocasión de recobrar su libertad, tomando los

dardos de los nuestros cayeron sobre ellos y mataron seis: los demás se echaron al mar; los isleños se hicieron con la carabela, aprendieron á gobernarla, y se volvieron á su patria; pero no desembarcaron desde luego en la misma isla vecina; prendieron fuego á la carabela, se llevaron las armas, y en lanchas se marcharon con su gente. Atacando á los nuestros, que habían quedado con el bergantín, los derrotaron y mataron parte de ellos; los que quedaron con vida huyeron en miserable estado al bergantín. Cerca de la costa hay un árbol muy grande: en su parte más alta colocaron una cruz, y en la corteza superior de él inscribieron en español: *Vamos al Darien.*

Es el Darien un río á cuya orilla está situada una población principal del que se cree continente, llamada Santa María la Antigua. Habiendo sabido el hecho el Gobernador, mandó inmediatamente dos naves con soldados en auxilio de los que habían quedado; tarde lo su-

pieron: todo había acabado. Guiándose por la cruz se dirigieron á la playa, leyeron el rótulo escrito en el árbol y no se atrevieron á probar fortuna, principalmente contra hombres desesperados, que se habían retirado perfectamente armados, y se volvieron.

De la isla próxima se llevaron como liebres quinientos de ambos sexos, pensando que tenían derecho cumplido para hacerlo por la misma causa, porque estaban circuncidados *(recutiti)*. Lo mismo les sucedió á éstos cuando hubieron aportado á la Fernandina; atacaron ferozmente á una de las naves, y peleando denonados mataron á algunos guardias españoles; los otros se echaron al mar, y fueron nadando á la otra carabela que estaba cerca, y todos á la vez, con la carabela que les quedaba, embistieron á la que les habían quitado. Dudosa fué la victoria por espacio de cuatro horas; los bárbaros, hombres y mujeres, peleaban rabiosos por recobrar su libertad

y no soltar la presa cogida. Los españoles luchaban con todo brío, y por fin vencieron porque eran más ágiles en manejar las armas. Los bárbaros se tiraron al mar, y los alcanzaban con las lanchas: ya á filo de espada en la lucha, ya ahogados en el agua, cayeron unos ciento. Entre los españoles hubo pocas bajas, y los enviaron á la población y minas de Santiago.

Después se dirigieron á otra de las islas vecinas, que abundan allí más que en nuestro mar Jonio las Symplégades, cuyo conjunto llama el vulgo el archipiélago. Recibiéronles hostilmente: cuantos desembarcaron fueron muertos ó heridos. Juzgan que ésta es la isla adonde fué cierto Juan Pontes, capitán de una flotilla, y dejó alterados á los naturales y le hicieron huir. La había llamado la Florida por haberla descubierto en el día de la Resurrección. Los españoles llaman á este día Pascua Florida.

Dicen que vieron veintiséis islas, pero que ya antes las había pasado

de largo Colón, como hijitas y guardas de la Española y de Cuba, donde se rompen las tormentas del océano. En la mayor parte de ellas encontraron oro nativo en pepitas.

3. También llevan éstos varias joyas, y usan mascarillas, ya de madera dorada, ya de oro, primorosamente hechas. Por todas partes hay artífices habilísimos; una mascarilla se llevó Francisco Chieregato, Nuncio de Vuestra Beatitud ante nuestro César en España, y por ella se podrá colegir lo hábiles que son. Causa admiración ver la estructura de sus navajas. Las hacen de ciertas piedras amarillas y transparentes como el cristal, y con ellas raen no de otra manera que si estuvieran hechas de excelente acero; y lo que es digno de admiración, cuando el corte se pone obtuso ya por el uso, no las afilan con asperón ó otra piedra ó polvos, sino que las templan poniéndoles agua encima. Tiene también esta gente mil clases de instrumentos y objetos elegantes que sería largo de

contar, y tal vez fastidioso para Vuestra Beatitud, ocupada en graves negocios. Vuelvo, pues, al punto de donde nos hemos apartado.

Me vuelvo á Cozumela, Yucatán y Coluacana ú Olloa, tierras ricas y elíseas recientemente descubiertas, de las cuales me había apartado, donde se ha conocido cuánta importancia tienen aquellas regiones.

LIBRO VI

CAPÍTULO PRIMERO

Sumario: 1. Hernán Cortés sale para Cozumela.—2. Niños que allí se inmolaban.—3. Abolición de tales sacrificios.

Los españoles nuevos habitantes de la isla de Cuba aprestan, de acuerdo con el vicegobernador, una nueva armada de diez carabelas con quinientos hombres, y además tres bergantines, á manera de caballería ligera, de los cuales se sirven para explorar las costas bajas y los peligros de frecuentes escollos. Embarcaron dieciséis caballos, aptos

para la guerra. Eligieron por general gobernador y jefe de esta armada á Hernán Cortés, que era á la sazón pretor urbano *(alcalde)* de Cuba, y por subpretores á Alfonso Fernández Portocarrero, Francisco Montejo, Alfonso Avila, Alvarado, comendador espatense, Juan Velázquez y Diego Ordaz.

Siguieron la misma ruta desde el último cabo de Cuba hacia el Occidente. Tan pronto como Francisco Fernández, y después Juan Grijalba, llegaron á la vista de la isla de los Sacrificios, de que arriba hice mención, de improviso un fuerte torbellino les impidió tomar tierra; y habiendo cambiado de dirección, una gran tempestad los transportó á la Cozumela oriental de Yucatán. Esta isla tiene un solo puerto, al cual llamaron en latín San Juan de Porta. Consta de seis pueblos: sólo tiene aguas de pozo ó de cisterna, y carece de ríos y fuentes porque es llana, y no tiene más circuito que cuarenta y cinco leguas. Los indígenas huyeron á sus espe-

sos bosques, abandonando los pueblos por temor.

Entráronse los nuestros en las casas desocupadas y se aprovecharon de los alimentos del país, y encontraron adornos de las casas de varios colores, tapices, vestidos, colchas de algodón rústico, que llamaron hamacas. Tienen también, ¡oh Padre Santo!, libros innumerables. De éstos y las demás cosas que trajeron á nuestro nuevo César, hablaremos extensamente más abajo. Nuestros soldados recorrieron todo el país, pero en formación por si sufrían alguna acometida, y encontraron unos pocos indígenas con una mujer, á la cual exhortaron por medio del intérprete cubano, y los otros tres de Yucatán que los primeros españoles se habían llevado, á que hiciera venir á los caciques ausentes.

2. Los indígenas hallados con la mujer eran de su familia; y llamanlo ella á los caciques por medio de emisarios, vinieron; dieron palabra de amistad, y volvieron con-

tentos á sus casas, restituyéndoseles muchas de las cosas que se habían tomado. Averiguaron que eran idólatras é inmorales *(recutiti)*. Inmolan niños y niñas á los zemes, que son simulacros que ellos veneran de los espectros nocturnos.

Preguntando yo al piloto Alaminos, á Francisco Montejo y á Portocarrero, mensajeros que trajeron los regalos al Rey, de dónde sacan niños y niñas para inmolarlos, me han respondido que de las islas colaterales los llevan á vender á cambio de oro ú otras mercancías, pues en ninguna parte de todos aquellos vastos territorios sus habitantes sienten los afanes de la cruel moneda; y lo mismo dicen de las otras islas recientemente descubiertas, entre las cuales nombran dos, Biam y Sesta, y á falta de niños sacrifican perros, que los alimentan para comérselos como nuestra gente cría los conejos; esos que destinan para comérselos no ladran, tienen cara de zorra y los castran; para sacar crías guardan abundancia de

hembras y exiguo número de machos, como nuestros pastores lo hacen con las ovejas, y castrados crecen admirablemente.

3. Los nuestros les infundieron horror de los sacrificios humanos, haciéndoles ver su enormidad, y los bárbaros pidieron ley que seguir. Persuadiéronles fácilmente que hay un solo Dios, criador del cielo y de la tierra, dador de todos los bienes, en tres personas y una substancia. Consintieron que se hicieran pedazos los zemes; colocaron en el lugar sagrado de su templo la imagen pintada que los nuestros les dieron de la Bienaventurada Virgen; barren y friegan el templo y su pavimento; recibieron la cruz para adorarla en memoria del mismo Dios y hombre, clavado en ella por la salud del humano linaje, y en la cima del templo colocaron una grande de madera. Allí acuden todos y veneran humildemente la figura de la Virgen, Madre de Dios, con temor y reverencia.

Aquellos indígenas hicieron sa-

ber, por medio de sus intérpretes, que en la próxima isla de Yucatán había siete cristianos cautivos que habían arribado á ella arrojados por las tempestades. Sólo cinco leguas separan á esta isla y la de Yucatán.

CAPITULO II

Sumario: 1. Jerónimo Aguilar libertado del cautiverio. —2. Desdichada historia de Valdivia.—3. La madre de Aguilar.

El pretor Cortés destinó cincuenta hombres con dos carabelas para que los buscaran, y se llevaron consigo á tres de Cozumela con cartas suyas para los cristianos, si es que algunos se hallaban; puso al frente á Diego Ordaz, varón distinguido en la guerra, y les hizo ver la noble empresa que iban á hacer si traían á alguno de ellos. Les recomendó el asunto con ardor, como que esperaba obtener de los cautivos luz acerca de todas aquellas regiones.

Marcharon con buena estrella. Se les señalaron seis días para vol-

ver, y esperaron ocho deteniéndose en tierra. Sospecharon que habrían sido muertos ó detenidos los mensajeros de Cozumela que habían despachado á tierra, y sin más esperarles regresaron á juntarse con el Pretor en Cozumela. Sin esperanza ya de los deseados cristianos y los cozumelanos que había dejado, pensaba él en marcharse de Cozumela, y le detuvo la mar contraria. Mientras tardaban, he aquí que por la parte de Occidente vieron venir de Yucatán una canoa, en la cual iban los cozumelanos y un cristiano de los cautivos, que había vivido siete años entre los de Yucatán. Llamábase Jerónimo de Aguilar, de Écija, en Andalucía. Con cuánta alegría se abrazaron mutuamente, el caso mismo lo dice. Contó su infeliz suerte y la de sus compañeros, juntamente perdidos; escuchábanle con suma atención, y no me parece inconveniente ni molesto para Vuestra Beatitud el contar el suceso conforme acaeció.

2. En las Décadas anteriores se

hizo mención de cierto noble, Valdivia, enviado por los darienenses que habitaban el golfo de Uraba en el creído continente á la Española para que expusiera al almirante Colón, Virrey, y al Senado Real (á los cuales incumbía remediar á los del creído continente) la necesidad tan grande que tenían de todas las cosas.

Con mala estrella tomó este encargo el desdichado Valdivia. A la vista de la isla Jamaica, que está al lado meridional de la Española y de Cuba, un ciclón repentino arrojó á Valdivia en unos bajos de arena; á estos bajos voraces y ciegos los españoles les llaman víboras, y les cuadra este nombre porque en ellos encallan muchas naves y naufragan como los lagartos en la cola de la víbora. Abrióse la carabela; apenas Valdivia y treinta compañeros pudieron tomar el bote de la carabela, y sin velas ni remos los arrastró desdichadamente la corriente del mar, pues ya dijimos en las Décadas que allí los ma-

res tienen corriente perpetua hacia Occidente.

Trece días anduvieron errantes sin saber adónde iban y sin encontrar cosa alguna que comer; siete de ellos murieron de hambre y fueron alimento de los peces del mar. Los que sobrevivieron fueron transportados á Yucatán desfalleciendo ya de necesidad, y cayeron en poder de un cacique cruel. Mató al pretor Valdivia juntamente con algunos de sus compañeros; en seguida los inmoló á los zemes, y, por fin, convidando á sus amigos se los comieron. Éstos se comen sólo á los enemigos ó á los huéspedes que arriban allá; fuera de estos casos, se abstienen de comer carne humana.

Á este nuestro Jerónimo Aguilar y seis compañeros los guardaban para inmolarlos tres días después; pero, rompiendo de noche las ataduras, se escaparon de las manos del inhumano cacique y se refugiaron suplicantes con otro que era enemigo de aquél. Los admitió, pero en esclavitud.

3. Es un dolor oir lo que le pasó á la madre de este Aguilar. Apenas le llegó la noticia, de repente perdió el juicio en fuerza del dolor, aunque sólo entre nubes se le dijo que su hijo había caído en poder de los que comen carne humana. Si alguna vez ella ve carne asada ó puesta en el asador, alborota la casa, diciendo: «Ved aquí la madre más desdichada de todas las mujeres; ved trozos de mi hijo.»

Tomando, pues, Aguilar la carta del Pretor de manos de los enviados cozumelanos delante de su amo el cacique, que se llamaba Tasmaro, le contó lo que traían los de Cozumela. Habló mucho del poderío que tenía el Rey de aquellos que habían arribado á aquellas regiones, de la fortaleza de aquellos hombres, de lo buenos que eran para con sus amigos, así como terribles contra los que resistieran ó desecharan sus peticiones, é hizo temblar á Tasmaro, el cual rogaba á su esclavo hiciera de modo que no vinieran á su reino como enemigos, sino en paz. Agui-

lar le prometió la paz y que, si era menester, le auxiliarían y favorecerían contra sus enemigos. Con esto dejó ir á Aguilar, y le dió tres familiares que le acompañaran.

Después de este fausto suceso, gozoso Cortés por haberse salvado Aguilar, que le había de venir muy bien para intérprete, se marchó de Cozumela. Ahora, pues, vamos á referir adónde se encaminó aquella armada y lo que le sucedió.

LIBRO VII

CAPITULO PRIMERO

Sumario: 1. Prosigue Cortés su expedición.— 2. Batalla de Tabasco. — 3. Paz subsiguiente.

Se encaminaron al río que se había descubierto bajo la dirección del piloto Alaminos al mando de Grijalba. Su boca estaba obstruída de arena, como se lee del Nilo de Egipto cuando sopla el solano, y por eso no pudieron las naves mayores que los bergantines proseguir río arriba, por más que admite embarcaciones de ese porte. Con los bergantines y botes acercó

el Pretor á las playas doscientos hombres, y por medio de Aguilar ofreció la paz. Los indígenas preguntaron qué querían: «Cosas de comer», respondió Jerónimo Aguilar.

Hacia un lado de la ciudad había un gran espacio arenoso.

Los naturales les dijeron que fueran hacia él, y allí fueron. Al día siguiente les trajeron, según su costumbre, ocho gallinas de color obscuro, ni menores ni de peor sabor que los pavos, y cantidad de maíz suficiente para alimentar á diez hambrientos. Los naturales les intimaron que se fueran de allí, y al momento una gran multitud de ellos vinieron armados contra los nuestros, que no querían retirarse, preguntándoles segunda vez qué buscaban navegando por tierras ajenas. Los nuestros respondieron por medio de Aguilar que querían la paz y cosas de comer á cambio de otras, y oro si lo tenían.

Ellos respondieron que no querían ni paz ni guerra, y les intima-

ron de nuevo que se marchasen si no querían morir todos. Los nuestros replicaron que no querían irse sin tener la cantidad de comida suficiente para alimentar á los soldados que allí estaban. Señalaron los bárbaros el día próximo para traer víveres, pero mintieron. A los tres días les trajeron otro tanto de comida á los nuestros, que habían acampado y pernoctado en un arenal, y les mandaron en nombre de su cacique que se ausentaran. Los nuestros les dijeron que querían ver la ciudad, y más provisiones. Ellos se negaron, y volvieron la espalda murmurando.

2. La falta de víveres apuraba á los nuestros, y se vieron obligados á buscar lo necesario. El Pretor mandó á tierra subpretores con ciento cincuenta hombres, que se dirigieron por diferentes caminos á las aldeas. Los indígenas empezaron á maltratar á uno de los pelotones con que se encontraron. No lejos de allí estaban sus compañeros, que, oyendo el ruido, acudieron en su

ayuda. Por una parte, el Pretor colocó cañones en los bergantines y en las lanchas, y se acercó á la orilla con los soldados restantes y los dieciséis caballos para defenderla y para impedir que los enemigos bajaran. Los indígenas, apresurando la marcha y preparados para pelear, acometieron á los nuestros desprevenidos, y arrojándoles de lejos flechas y dardos, hirieron á unos veinte. El Pretor disparó los cañones contra los enemigos. Con el estrago de las balas, el estampido y el vomitar llamas de los cañones se desconcertaron, y los nuestros, sumergiéndose en el agua hasta la rodilla, los persiguieron cuando huían desbandados, y con ellos, ya aterrorizados, penetraron en el pueblo. Los indígenas, sin parar de correr, pasaron el pueblo y abandonaron sus casas.

Dícese que hacia la orilla del río se extiende una ciudad tan grande que no me atrevo á decirlo: de legua y media, dice el piloto Alaminos, y veinticinco mil ca-

sas. Otros reducen la magnitud y el número, aunque confiesan que es grandísima y célebre. Las casas, magníficamente edificadas de piedras y cal con industria arquitectónica, están separadas por huertos. A sus habitaciones se sube por escaleras de diez, y en algunas de doce escalones. A nadie es lícito recargar con vigas ó maderos la pared del vecino. Todas las casas están separadas con el espacio de tres pasos y cubiertas con techos de paja la mayor parte, y bastantes con láminas de piedra.

Cuarenta mil hombres dijeron los bárbaros que habían tomado parte en la lucha de aquel día, viéndose, sin embargo, vencidos por unos pocos por su nueva manera de pelear á caballo. Pues atacando los jinetes á los bárbaros por detrás, desbarataban los pelotones, matando é hiriendo á derecha é izquierda, como á rebaños descompuestos, sirviéndose de las armas de fuego. Amedrentados por el prodigio, los infelices se encon-

traban tan embarazados que ni tenían ocasión de usar sus dardos. Creían que eran una misma cosa el caballo y el hombre que lo montaba, como de los centauros lo cuenta la fábula.

3. Estuvieron en la población veintidós días; los nuestros pasándolo muy bien, y los bárbaros á la intemperie, hambrientos uno y otro día, sin atreverse siquiera á acercarse á los nuestros. Eligieron la parte más segura de la población, á manera de ciudadela resguardada, guardándola por la noche con centinelas, pues, temiendo á cualquier hora una acometida, no dormían. La población en que mandaba el régulo Tanosco se llama por los naturales Potanchano, y fué llamada por los nuestros Victoria, por la allí alcanzada. Cuentan maravillas de los palacios de recreo en el campo, con sus pórticos cubiertos, entablados á estilo nuestro.

Por fin, valiéndose de los intérpretes y de los prisioneros en la batalla, mandaron llegar al régulo y

algunos principales, haciendo por que vinieran inermes y suplicantes. Ellos obedecieron, y se volvieron cada uno á su casa.

Les prometieron la paz á condición de que se abstuvieran de los horrendos sacrificios de cuerpos humanos á sus manes y perniciosos demonios, cuyas imágenes adoraban, y á condición de que pongan la mira en nuestro Dios y Cristo, Criador del cielo y de la tierra, nacido al mundo de una Virgen y crucificado por salvar al género humano, y de que destruyan sus simulacros, declarándose también súbditos del rey de España. Ambas cosas prometió; se les instruyó cuanto lo permitía la brevedad del tiempo, y, dejándoles libres, se marcharon contentos de nuestros regalos. Del cielo pensaban que habían bajado estos hombres que, siendo tan pocos en número, se atrevieron á cerrar contra semejante muchedumbre; regalaron también á los nuestros algo de oro, y además veinte mujeres.

Arregladas así las cosas, marcharon de allí en busca de nuevas tierras de las mismas costas. Encontraron un golfo que había descubierto Alaminos al mando de Grijalba, y le llamaron Bahía de San Juan: los españoles llaman bahía al golfo. Se presentaron los indígenas en actitud del todo pacífica; á una milla de la costa había un pueblo de mil quinientas casas, según dicen, levantado sobre un cerro. Invitaron á los nuestros á que se hospedaran con ellos, ofreciéndoles la mitad de él si querían habitar perpetuamente con ellos. Opinan que, ó se habían aterrorizado con el ejemplo de Potanchano, que ya acaso les había llegado la noticia, ó que esperaban que á la sombra de tales varones tendrían favor y auxilio contra sus enemigos; pues también éstos padecen la perpetua y natural enfermedad de la rabiosa ambición de mando, como el resto del humano linaje. Los nuestros rehusaron establecerse para siempre, y lo admitieron por temporada.

Cuando los nuestros se volvían á la playa, iba detrás el pueblo; levantáronles con suma diligencia cobertizos de ramaje y chozas, defendiéndolas de la lluvia con muy seguro techado, y establecieron allí sus reales para reparar las fuerzas de la gente.

CAPITULO II

SUMARIO: Cortés hace explorar las costas mejicanas.—2. Presentes de Motezuma.—3. Determinan fundar una colonia.—4. Usos y otras noticias de los naturales.

EL Pretor encomendó al piloto Alaminos y á Francisco Montejo que procurasen explorar la parte occidental de la tierra aquella, mientras él cuidaría de los que estaban apurados del cansancio y curaría los heridos.

Quedó, pues, el Pretor en Potanchano con los demás, y á los expedicionarios les dió dos bergantines y cincuenta hombres.

Hasta este golfo era moderada

la corriente de las aguas; pero así que navegaron algo más abajo, hacia Occidente, cual si de altas montañas los arrastrara un torrente, así el ímpetu del mar los separó de sus compañeros cincuenta leguas. Dieron en un encuentro de las aguas; á mano izquierda se presentaba vasta llanura de mar, que recibía las olas que corrían al Occidente. Cual dos grandes ríos cuando se encuentran de frente, así parecía que las aguas que venían del Mediodía querían oponerse, como los poseedores se oponen á los enemigos que quieren hollar el derecho ajeno. Por el lado opuesto vieron tierra á lo lejos á mano derecha, á la izquierda no. Fluctuaban entre aquellos oleajes contrarios, agitábanles en diversas direcciones los remolinos que ya casi se los habían tragado; zozobraron largo rato sin esperanza de vida, volvieron proas, y luchando á vela y á remo contra la corriente que los había traído, apenas podían vencerla.

Cuando les pareció que habían

adelantado á lo menos dos leguas, encontraron que en una noche habían retrocedido cuatro. Vencieron por fin en aquella grave lucha con el favor de Dios. Veintidós días pasaron en aquel corto espacio de mar; por fin volvieron á sus compañeros, les contaron lo sucedido, y expresaron su parecer de que aquel cabo era la tierra de Coluacán y del creído continente, y que el territorio visto de lejos al frente, ó estaba unido á nuestro continente, ó á las regiones septentrionales hacia Bacalaos, de lo que hemos hablado extensamente en las Décadas. Eso está aún en duda. Algún día se descubrirá, oh Padre Santo. Esto me han contado, esto cuento.

2. Entretanto que Alaminos y Francisco Montejo investigaban estos secretos, el rey de la provincia, llamado Motezuma, por uno de sus próceres llamado Quitalbitor, que mandaba en el expresado pueblo, regaló á los nuestros muchos objetos de oro y de plata, y con piedras preciosas, labrados maravillosa-

mente. Determinaron enviárselos á nuestro nuevo César.

3. Deliberaron sobre fundar una colonia, y no contaron con el vicegobernador de Cuba, Diego Velázquez; hubo variedad de pareceres: unos decían que era desatino; la mayor parte opinó que sí, seducida astutamente por Cortés. Por esto se habla mucho contra Cortés sobre deslealtad, y algún día se sabrá más claramente: ahora dejemos eso á un lado. Decían que no había que contar con el Gobernador, puesto que el asunto se llevaba á un tribunal más alto, como era el Rey, y venció el pueblo. Tomaron provisiones de Quitalbitor.

A doce leguas de allí, en fertilísimo suelo, señalaron un sitio para levantar una colonia, y eligieron por Gobernador general al mismo Cortés; no falta quien piensa que fué contra su voluntad.

Él dió otros cargos, para el gobierno de la ciudad que se iba á edificar, á Portocarrero y Montejo, de los cuales hemos hablado bas-

tante en otra parte, y eligieron mensajeros que vinieran con los dones que habían de enviarse al Rey Cesar, bajo la dirección del mismo piloto Alaminos.

4. Trajeron cuatro de los principales del país y dos mujeres, que atendieran á sus maridos, según su usanza. Son gente algo morena; ambos sexos tienen perforada la parte inferior de las orejas, y llevan dijes de perlas y oro. Los varones taladran todo lo que media entre la margen extrema del labio inferior y la raíz de los dientes de abajo, como nosotros engastamos en oro las piedras preciosas que llevamos al dedo. En el agujero mayor de los labios fijan una lámina sutil de plata que por dentro sujeta la parte que sale afuera; lo redondo de tal joya es como el caroleno, y de gruesa es como el dedo.

No recuerdo haber visto jamás cosa más fea, y á ellos les parece que no hay debajo de la luna nada más elegante: ejemplo que nos enseña de cuántas maneras el humano

linaje se abisma en su ceguedad, y cuánto nos equivocamos todos. Se figura el etíope que el color negro es más hermoso que el blanco; nosotros pensamos de otra manera. El pelón cree que va mejor que el cabelludo, y el barbudo mejor que el imberbe. Es, pues, sugestión del capricho, y no dictamen de la razón, lo que induce al humano linaje á semejantes inepcias, y cada provincia tiene su gusto, como dice aquel: «Adoptamos cosas vanas, y desechamos las que son cómodas y seguras.»

De dónde sacan el oro, bastante se ha explicado ya; pero de la plata se maravillaron los nuestros. Les mostraron unas montañas altas cuyas cimas blanquean perpetuamente cubiertas de nieve, y en pocas temporadas del año dejan ver sus vértices por la densidad de las nubes y nieblas. Parece, pues, que las montañas llanas y suaves crían el oro, pero los montes ásperos y sus helados valles la plata. Tienen también latón, y entre ellos se en-

cuentran hachas de guerra y legones de cavar, pero hierro ó acero no. Vengamos, pues, á los regalos que se trajeron para el Rey, y comencemos por los libros.

LIBRO VIII

CAPITULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Libros y escritura de los mejicanos.—2. Su cronología.

HEMOS dicho que esta gente posee libros, y trajeron muchos, junto con los demás dones, estos nuevos colonos de Coluacán y los procuradores y mensajeros. En lo que ellos escriben son unas hojas de cierta delgada corteza interior de los árboles que se cría debajo de la corteza superior: creo que se llama *philira;* conforme lo vemos, no en el sauce ú olmo, sino en la de los palmitos

que se comen, que hay una tela dura que separa las hojas exteriores, á modo de las redes con agujeros y mallas estrechas, y las embetunan con unto fuerte. Cuando están blandas, les dan la forma que quieren y la extienden á su arbitrio, y luego de endurecida la embetunan, se supone que con yeso ó con alguna materia parecida. Es de creer que Vuestra Santidad habrá visto tablillas con una capa de yeso acribado como la harina, en las cuales puede escribirse cuanto se quiere, y que luego lo borran con una esponja ó paño para volver á escribir. De tablillas de higuera se hacen los libros que los administradores de las casas grandes llevan consigo por los mercados, y con un punzón de metal apuntan lo que compran para borrarlo cuando ya lo han trasladado á sus cuadernos de cuentas.

No solamente encuadernan los libros, sino que también extienden á lo largo esa materia hasta muchos codos, y la reducen á partes cua-

dradas, no sueltas, sino tan unidas con un betún resistente y tan flexible, que, en comparación de las tablas de madera, parece que han salido de manos de hábil encuadernador. Por donde quiera que se mire el libro abierto, se presentan dos caras escritas; aparecen dos páginas, y se ocultan bajo ellas otras dos como no se extienda á lo largo, pues debajo de un folio hay otros muchos folios unidos.

Los caracteres son muy diferentes de los nuestros: dados, ganchos, lazos, tiras y estrellas y otras figuras, escritas en línea como lo hacemos nosotros; se parecen mucho á las formas egipcias *(de escribir)*. Entre líneas hay trazadas figuras de hombres y animales, principalmente de los reyes y magnates, por lo cual es de creer que están allí escritos los hechos de los antepasados de cada rey, como ve-
os que se hace en nuestro tiem-
o, que muchas veces en las histo-
as generales y en los códices fa-
losos los impresores intercalan

las figuras de los que hicieron lo que allí se cuenta, para estimular á los que quieran comprarlos.

También las tablas de arriba *(las cubiertas)* las arreglan agradablemente de madera: cerrrados esos libros, parece que no son diferentes de los nuestros. También se cree que escriben en sus libros las leyes, los sacrificios, ceremonias, ritos, anotaciones astronómicas y ciertos cómputos, y los modos y tiempos de sembrar.

Comienzan el año cuando el sol se pone por las pléyades, y comprenden el año en meses lunares. Al mes le llaman por la luna; por eso, cuando quieren significar los meses, dicen *tonas:* á la luna, en su lengua, le llaman *tona;* mas á los días los designan por el sol, y así, cuantos soles tantos días: en su lengua el sol se llama *tonatico,* y en algunas partes de otra manera. Y sin guiarse por ninguna razón, distribuyen el año en veinte meses, y los meses en veinte días.

CAPITULO II

SUMARIO: 1. Sacrificios humanos en Méjico.—2. Y antropófagos.—3. Misterioso bautismo.

Los grandes templos que frecuentan los adornan con tapetes de oro y con joyas que llevan perlas. Al amanecer inciensan diariamente sus templos, y antes de comenzar las cosas hacen sus oraciones piadosas. ¡Cosa horrenda! También los habitantes de estas regiones, en sus sacrificios, inmolan por víctimas niños y niñas, al modo que arriba se dijo. Al tiempo de la siembra, y cuando espigan las mieses, el pueblo, á falta de niños, dedica y sacrifica á sus zemes esclavos comprados, cebados y

adornados con preciosas vestiduras; por espacio de veinte días llevan como en procesión á los que han de ser inmolados: cuando pasan por las calles, los plebeyos les saludan humildemente, como que han de ser en breve contados entre los habitantes del cielo. También hacen sacrificios á sus zemes con otro género cruel de piedad *(culto)*. Les ofrecen su propia sangre de la lengua, de los labios, de las orejas, algunos del pecho, del muslo ó las pantorrillas; muchos, hiriéndose con agudas navajas, se hacen sangre, y recogiéndola en la mano la rocían á lo alto hacia el cielo y por el pavimento del templo, y con eso creen que aplacan á los dioses.

De la villa *Rica*, la nueva colonia, dista doce millas por el Oriente un pueblo de cinco mil casas que los indígenas llaman con el nombre antiguo Zempoal, y con el nuevo Sevilla. Hallaron un cacique que tenía encerrados, para inmolarlos, cinco esclavos; y habiéndoselos quitado los nuestros, los reclamó ren-

didamente diciendo: «La perdición me traéis á mí y á todo mi reino si nos quitáis los esclavos que se habían de inmolar. Irritados nuestros zemes, permitirán que todas nuestras sementeras se las coman los gusanos, ó las destroce el granizo, ó las consuma la sequía, ó las inunden lluvias torrenciales por cesar los sacrificios.» Por temor de que los zempoalenses se rebelaran desesperados, eligieron los nuestros el menor mal, juzgando que por entonces no era tiempo de impedirles contra su voluntad que practicaran los ritos antiguos, y les devolvieron sus esclavos. Éstos, por más que los sacrificadores les prometían eterna gloria y delicias perpetuas, y la familiaridad con los dioses tras los días procelosos de esta vida, sin embargo, oían tristes esas promesas, y mejor quisieran ser libertados que inmolados.

2. A los sacerdotes les llaman *quines*, del número singular *quin*; viven célibes é incorruptos, y les veran con temor y reverencia. Los

huesos de los enemigos y de los prisioneros de guerra, después de comerse la carne, los atan en hacecillos y los cuelgan al pie de los zemes cual trofeos de la victoria, poniéndoles encima el nombre de los vencedores.

3. Otra cosa cuentan digna de notarse, y que ha de agradar á Vuestra Santidad. Cuando los niños y niñas tienen un año, parece que los sacerdotes los bautizan en los templos con piadosas ceremonias, echándoles agua en la cabeza en forma de cruz con un pucherillo. Las palabras no se les perciben; los actos y el murmullo sí se puede advertir. Pues tampoco ellos, como los mahometanos y los judíos, juzgan que se violan sus templos porque alguno de diferente ley asista á sus ceremonias sagradas.

De los libros, templos y ceremonias sagradas, se ha dicho bastante. Vengamos á tratar de los otros dones que se trajeron para el rey.

LIBRO IX

CAPITULO PRIMERO

SUMARIO: Muestras de maravillosa industria mejicana.

TRAJERON dos muelas como de mano, una de oro y otra de plata, macizas, de casi igual circunferencia, veintiocho palmos. La de oro pesa tres mil ochocientos castellanos; ya dijimos que el castellano es una moneda de oro que vale una cuarta parte más que el ducado. El centro lo ocupa, cual rey sentado en su trono, una imagen de un codo, vestida hasta la rodilla, semejante á un zeme, con la cara con que entre nosotros

se pintan los espectros nocturnos, en campo de ramas, flores y follaje. La misma cara tiene la de plata, y casi el mismo peso, y el metal de las dos es puro.

Trajeron también pepitas de oro en bruto, no fundidas, como garbanzos ó lentejas, cual muestra de oro nativo, y asimismo dos collares de oro, uno de los cuales consta de ocho cadenillas, que tienen engastadas doscientas treinta y dos piedras rojas, pero no de granate, y ciento ochenta y tres verdes. Son de tanta estimación como entre nosotros las esmeraldas notables. De la orilla del collar penden veintisiete campanillas de oro, que llevan intercaladas cuatro figuras de perlas, engastadas con oro, y de cada una penden dijes de oro.

El otro collar es de cuatro cadenas de oro, adornadas alrededor de ciento dos piedrecitas rojas, y ciento setenta y dos verdes, y veintiséis campanillas de oro elegantemente dispuestas. En medio del mismo collar van intercaladas diez

perlas grandes engastadas con oro, que tienen colgando ciento cincuenta dijes de oro primorosamente elaborados.

Traen unos doce borceguíes de cuero de diferentes colores: unos guarnecidos de oro, otros de plata, éstos de perlas, de color azul y verde, y todos con sus campanillas de oro colgando. Llevan *(como)* tiaras y mitras con varias joyas, engastadas y llenas de piedras azuladas que parecen zafiros. De sus casquetes, ceñidores y abanicos de pluma, no sé qué decir. Entre todas las alabanzas que en estas artes ha merecido el ingenio humano, merecerán éstos llevarse la palma. No admiro ciertamente el oro y las piedras preciosas; lo que me pasma es la industria y el arte con que la obra aventaja á la materia; he visto mil figuras y mil caras que no puedo describir; me parece que no he visto jamás cosa alguna que por su hermosura pueda atraer tanto las miradas de los hombres.

Las plumas de las aves que nos-

otros no conocemos, son brillantísimas; como á ellos les causarían admiración las colas de los pavos reales y de los faisanes, así á nosotros las plumas con que hacen los abanicos y los penachos, y adornan todas sus cosas elegantes. Hemos estado viendo los colores naturales que las plumas tienen: azules, verdes, amarillos, encarnados, blancos, y también morenos; todos aquellos instrumentos los hacen de oro.

Trajeron dos celadas cubiertas con piedras preciosas de color verde mar. Una de ellas rodeada de campanillas de oro, y con muchas láminas de oro también, y sostenidas las campanillas en dos bolitas del mismo metal. La otra, rodeada también de las mismas piedras preciosas, con veinticinco campanillas de oro, y en cuya cimera había un pájaro verde con cresta, cuyos ojos pico y pies eran de oro. Y á cada una de las campanillas las sostenía una bolilla de oro. Trajeron también cuatro tridentes de pescar, ador-

nados con plumas entrelazadas de varios colores, y cuyos dientes son de piedras preciosas unidas entre sí con hilillos de oro. Del mismo modo un gran número de cetros de piedras preciosas con dos anillos de oro. También un brazalete de oro, unos zapatos de piel de ciervo, cosidos con hilo de oro y con la suela blanca. Un espejo de piedra transparente, semi-azul, con marco de oro puro. Una esfinge de una como piedra diáfana engastada en oro, un gran lagarto y dos grandísimos caracoles, y dos ánades de oro y especies varias de aves, de oro. Cuatro múgiles *(peces)* de oro. Una vara de latón. Todas estas cosas con plumas de varias maneras maravillosas.

Vinieron adargas y escudos largos, veinticuatro de oro y cinco de plata. Una cetra entrelazada de variadas plumas, en cuyo frente hay una lámina de oro esculpida, donde se representa al ídolo Zeme. Rodean á esta figura otras cuatro, á manera de cruz, de láminas de

oro, y cabezas de varios animales, como leones, tigres y lobos, formados los animales de mimbres y tablillas con sus mismas pieles superpuestas, y adornados con campanillas de latón y con pieles de varios animales, enteras y perfectamente preparadas. Grandes colchas de algodón teñidas de color blanco, negro y amarillo, cual tablero de ajedrez, lo cual es indicio de que ellos usan también los cubiletes de tales tableros: una *(colcha)* que la cara la tiene negra, blanca y encarnada, y por dentro es lisa sin variedad; otra tejida del mismo modo, de otros colores, y tiene en medio una rueda negra con rayos, y entremezcladas plumas brillantes. Asimismo otras dos colchas blancas, alfombras, tapices y sayo de hombre, á usanza del país, y túnicas interiores y varios velos finísimos para la cabeza, y otras muchas cosas de más vista que valor, las cuales me parece que ya más bien fastidiaría á Vuestra Santidad refiriéndoselas, que no le agradaría.

CAPITULO II

SUMARIO: Si faltó Hernán Cortés á la disciplina respecto del gobernador de Cuba.

PASO también por alto innumerables detalles de los navegantes, de los trabajos, necesidades y peligros, y de los monstruos y muchas contrariedades que cada cual las explica en sus comunicaciones y se leen en nuestro real Senado de las cosas de las Indias. De entre muchos y varios indicadores de ellos y cartas particulares, he recogido esto poco.

Pero los que traen los regalos, y pretor Hernan Cortés, autor de

la colonia nueva que se ha de fundar en aquellas tierras extremas, el real Senado de Indias juzga que han obrado contra rectitud y justicia; como que, sin contar con el vicegobernador de Cuba, que con autoridad real les había enviado, han acometido una empresa ajena del mandato que tenían, y aunque sea para presentarse al Rey, han venido sin saludarle *(al gobernador de Cuba).*

Éste gobernador Diego Velázquez, por medio de su procurador, les apellida desertores, ladrones y reos de lesa majestad real, mientras ellos arguyen que han hecho al Rey un servicio mucho mayor, y que han venido á un tribunal más alto; y dicen que aparejaron la armada á su costa, y que el Vicegobernador nada les dió sino las mercancías, cual comerciante que hubiera de lucrar en ellas, las cuales arguyen que se las vendió muy demasiado caras. El Gobernador pide contra ellos pena capital, y ellos piden los cargos y el premio

de los trabajos y peligros que han arrostrado. Se ha diferido así el premio como el castigo, ordenando que sean oídas ambas partes.

CAPÍTULO III

SUMARIO: 1. Colonia de Santa María la Antigua en el Darién.—2. Pedro Arias, Gobernador.—3. Disensiones con Vasco Núñez de Balboa y dolorosa ejecución de éste.—4. Destitución del envidioso tirano Pedro Arias.

VENGAMOS ya á los darienenses que habitan en el golfo de Uraba del que se cree continente. Llevamos dicho que el Darién es un río que desemboca en el lado occidental del golfo de Uraba. En su orilla establecieron los españoles una colonia después de haber echado por fuerza de armas al cacique Cemaco. En cumplimiento del voto que hicieron cuando la batalla, le pusieron á la colonia el nombre de Santa María la Antigua.

2. Al fin de las Décadas dijimos

que el año en que cesé de escribir les habían enviado, al mando de Pedro Arias de Ávila, mil doscientos hombres á petición de Vasco Núñez de Balboa, que fué el primero que descubrió el mar austral, ignorado hasta el presente, y mandaba en el Darién. Arribado al Darién el gobernador Pedro Arias con amplios poderes del Rey, dijimos que varios capitanes fueron destinados por diversas partes con varios escuadrones de infantes. Lo diré en pocas palabras, porque todo esto es horrible y agradable nada. Desde que concluyeron mis Décadas no se ha hecho otra cosa que matar y ser muertos, asesinar y ser asesinados.

3. El Rey había nombrado Adelantado á Vasco: él no pudo sufrir mucho tiempo el mando de Pedro Arias. Estuvieron en desacuerdo; lo pusieron todo en confusión: intervino el católico obispo Juan Cabedo, predicador de la Orden franciscana; Pedro Arias prometió á Vasco su hija para esposa. No se encontró

modo de que se avinieran los jefes; tornáronse mucho más agrias las discusiones, y la cosa llegó al extremo que, encontrando Pedro Arias pretexto contra Vasco, haciéndole formar un proceso por los Pretores de la ciudad, le mandó cortar la cabeza, y juntamente á otros cinco principales.

Dice que Vasco y sus compañeros habían tratado de rebelarse en el mar austral, donde el mismo Vasco había construído una flotilla de cuatro embarcaciones para explorar las costas australes del creído continente, y que Vasco había dicho á los trescientos soldados que tenía consigo: «¿Y qué?, compañeros míos de tantos trabajos y peligros. ¿Hemos de estar siempre sujetos al mando de otro? ¿Quién puede sufrir ya la insolencia de este Gobernador? Prosigamos por estas costas adonde la suerte nos lleve, y entre tantas provincias elíseas de tan vasto territorio escojamos una, en la cual, libres ya, podamos vivir para nosotros mismos

el tiempo de vida que nos quede. ¿Quién podrá encontrarnos, ó, si nos encuentra, meterse con nosotros?» La cosa fué llevada al Gobernador. Pedro Arias llamó del Sur á Vasco, que le obedeció: lo encadenaron; negó Vasco haber pensado en semejante cosa; buscaron testigos de los desafueros cometidos; recogieron lo que se ha dicho al principio; le juzgaron digno de muerte, y le mataron. Así acabaron los trabajos y peligros que arrostró el infeliz Vasco, cuando él esperaba que lograría mayores títulos.

4. El mismo Pedro Arias, dejando á su mujer en Darién, se embarcó en una flotilla para explorar las costas. Aun no sabemos si ha regresado; fortuna no le falta. Ya se ha nombrado otro Gobernador, que se llama Lope Sosa, llamado para el Darién de las islas Afortunadas, donde ha sido Virrey por mucho tiempo. Cómo le sentará á Pedro Arias si vuelve, júzguenlo los hombres honrados. Nunca bajo su mando se ha hecho cosa alguna

digna de alabanza: unos le acusan de haber sido demasiado remiso desde el principio; otros de sobradamente indulgente y poco severo para corregir los yerros. Basta de esto.

LIBRO X

CAPITULO ÚNICO

SUMARIO: 1. Desastres de los españoles en el Darién. — 2. Despoblación de la Española.—3. Libertad de los indios—4. Fertilidad.

VOLVAMOS á lo que se ha quedado atrás tocante al grande y profundísimo río Dabaiba, que los nuestros llamaron Grande, que desagua en el último ángulo del golfo de Uraba por siete puertas, como el Nilo en el mar de Egipto, de lo cual hay mucho en las Décadas.

Por lo que contaron los indígenas, sus montañas son riquísimas de oro. Para investigar lo oculto de Dabai-

ba, Vasco y otros Pretores subieron cuatro veces río arriba en escuadrón formado, con embarcaciones de varias clases: la primera vez cuarenta leguas, después cincuenta, por fin ochenta, y otras veces lo cruzaron.

¡Oh qué gran maldad! Gente que va desnuda, derrotó siempre á los que van vestidos; los que no tenían armas á los armados, y *(alguna vez)* los mataron sin dejar uno, y en ocasiones los hirieron á todos. Pelean con flechas envenenadas, y donde ven que no está defendida la carne de sus contrarios, allí clavan fijamente la saeta. Tienen también astas arrojadizas, que á la hora de la lucha las tiran de lejos tan rápidamente que, cual nube, quitan el sol á los enemigos. Usan asimismo anchas espadas de madera endurecida, con las cuales, si se llega á las manos, luchan de cerca ferozmente, y alguna vez le hicieron muchas heridas al mismo Vasco. Así es que el río y el reino de Dabaiba se dejaron sin explorar.

2. Resta decir algo acerca de la Española, madre de las otras islas. Se ha rehecho su Senado añadiendo cinco jueces que den leyes á todas aquellas regiones.

Pero pronto cesarán de recoger oro en ella, aunque está llena de él, porque faltará quien lo excave; se han reducido á exiguo número los infelices indígenas de quien se han servido para explotar el oro. Desde el principio les consumieron duras guerras, y el hambre mató muchos más el año que arrancaron la raíz de yuca con que hacían el pan de los nobles, y se abstuvieron de sembrar el maíz que es el pan del pueblo; y á los demás las enfermedades de viruelas, hasta ahora desconocidas entre ellos, que en el año pasado, 1518, se cebaron en ellos como en rebaños apestados con hálito contagioso; también, para no mentir, la codicia de oro, que en excavarlo, acribarlo y escogerlo, después que habían hecho la siembra los ocupaban con demasiada falta de humanidad, cuando ellos

estaban acostumbrados á ociosos juegos y danzas, á pescar y á cazar hutias *(son pequeños conejos)*.

3. Ya se ha mandado por todo el Senado Real que, como libres, sean recogidos en pueblos y se ocupen en la agricultura y cuiden de conservar su raza, y que para el trabajo ese de las minas se traigan esclavos comprados de otras partes. Del hambre mortífera de oro ya hemos hablado bastante.

4. Es de admirar cómo crece todo en esta isla. Ya se han levantado en ella veintiocho prensas, en las que se extrae gran cantidad de azúcar; las cañas de azúcar se hacen en esta isla más altas y más gruesas que en ninguna otra parte. Dicen que se crían tan gruesas como el brazo, y de altas estado y medio de hombre; y lo que es más, en Valencia de España, donde cada año se saca muy grande cantidad de azúcar desde nuestros antepasados, ó dondequiera que cultivan la caña, cada raíz cría cinco ó seis cañas, ó cuando más siete; mas

en la Española veinte, ó á veces treinta.

Hay en ella abundancia inmensa de cuadrúpedos. La fiera sed de oro ha apartado á los españoles del cultivo hasta el presente. El trigo aumenta inmensamente; como que dicen que ha dado ciento por uno, y alguna vez más, donde se tiene cuidado de sembrarlo, en los collados ó en las lomas de las montañas, principalmente en las que miran al Norte; pero en las llanuras y en campo abierto se queda en paja por la demasiada pujanza y humedad. También prosperan las vides en las mismas partes. ¿Y qué diremos de los árboles que crían la caña canela, llevados de las islas próximas al creído continente (de los cuales hicimos mención en los libros de las Décadas)? Hay ya tanta abundancia, que dentro de algunos años nos darán los boticarios una libra en vez de una onza.

De las selvas coccíneas y demás productos excelentes de esta isla venturosa, y de los beneficios que

la Naturaleza ha derramado en ella, ya dijimos mucho en las Décadas. Pero me ha parecido bien repetir la mayor parte de ello, porque me parece que muchos lectores, apartando su atención del peso de negocios graves, la han aplicado á recordar estas cosas, y los labios no rehusan lo que bien saben con tal que la materia, de sí preciosa, se cubra con preciosa vestidura.

Esta materia merecía vestiduras recamadas de oro y engastadas de perlas, y yo le he puesto una capucha: échesele la culpa al Reverendísimo Gil de Viterbo, Cardenal benemérito de Vuestra Sagrada Sede Apostólica, que á mí, artista inepto, me mandó para hacer joyas forjar oro en una fragua de hierro.

FIN DE LA DÉCADA CUARTA

DÉCADA QUINTA

A Adriano VI, Pontífice Máximo.

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO

Sumario: 1. Dedicatoria.—2. Motezuma.—3. Pasa Cortés á Cempoal.—4. Victorias increíbles.

La Década cuarta de las cosas de las Indias la dediqué, Santísimo Padre y clementísimo Príncipe, á León X, Pontífice Máximo y munificentísimo primo hermano vuestro.

En ella hablé, con la mayor fidelidad é integridad que pude, de los hombres y de las islas y tierras desconocidas que se han descubier-

to en el océano desde el año de mil quinientos veinte del parto de la Virgen. Pero después se han recibido cartas de Hernán Cortés, Prefecto de la armada del César, escritas desde aquellas tierras que trataba de someter al poder de España, en las cuales cartas se contienen cosas nuevas é inauditas, y sobremanera admirables. Todo eso he explicado en esta quinta Década de mis comentarios con la mayor brevedad y veracidad posibles, guardando el orden de los acontecimientos y de los tiempos. La había dedicado á Adriano, Pontífice Máximo, vuestro predecesor; pero, habiendo muerto antes de recibirla, Vos, heredero de su dignidad, sedlo también de mis trabajos, y lo seréis de aquí en adelante de todo, si algo escribo que sea digno de recordarse. Así, pues, á Vuestra clementísima autoridad expresamente la dedico, para que, bajo vuestros felicísimos auspicios, vea la luz pública, y todos los hombres conozcan qué aumento tan grande

ha tenido, rigiendo Vos los destinos de la fe católica, el nombre cristiano, el cual Dios Optimo Máximo, como lo espero y pido, hará por su piedad y clemencia que se propague más y más. Ea, pues, continuad la obra comenzada; dad paz duradera á los Príncipes cristianos, principalmente al César y á los Reyes cristianísimos disidentes; enarbolad el lábaro de la salvadora Cruz contra los impíos, y para eterna memoria de Vuestro nombre y de Vuestra fama, dejad á las edades venideras monumentos que nunca los siglos puedan borrar.

2. Al fin del libro anterior, para volver ya á nuestro asunto, se hizo mención del potentísimo rey Motezuma, el cual, desde una populosísima ciudad llamada Tenustita, situada en medio de un lago salado, reinaba sobre muchísimas ciudades y régulos de provincias en vastísimo territorio, el cual envió grandes y magníficos regalos á nuestro César Carlos cuando se hallaba en la celebérrima ciudad de

Valladolid en España, por medio de Montejo y Portocarrero, varones españoles.

3. Cortés, entretanto, mientras esperaba la vuelta de sus enviados al César, á fin de que sus soldados no se enervasen por el ocio decidió proseguir la comenzada expedición. Pacificada, pues, aquella gran ciudad, que he dicho en el libro subsiguiente á las Décadas [1] estaba bajo el régulo Tavasco, y se llama Potenchian, y después Victoria, por la que consiguieron allí los nuestros contra un número inmenso de bárbaros, se dirigió Cortés al Occidente hasta ochenta leguas, y puso allí en el litoral una colonia á *(algunas)* leguas de otra ciudad llamada Cempoal, en las cercanías del río Grijalba, y media legua de un pueblecillo que había en un cerrete llamado Chianistan, y á esta colonia la llamó *Vera Cruz*, porque tomó allí tierra el día de la fiesta de la Cruz de Mayo. Después decidió Cortés ver por sí mismo lo

[1] Es la Década IV, que había publicado aparte.

que había oído de un rey tan grande como decían era Motezuma, y de aquella tan vasta ciudad.

Habiendo conocido los cempoalenses vecinos de Motezuma, rendidos por la fuerza y enemigos suyos, los pensamientos de Cortés, habido consejo se le presentaron. Así como los eduos y secuanos, después de vencidos los suizos, fueron suplicantes y llorosos á César, quejándose de la soberbia tiranía de Ariovisto, rey de los germanos, del mismo modo los cempoalenses se quejaron á Cortés de Motezuma, y mucho más porque, aparte de los graves tributos de las otras rentas provinciales que todos los años pagaban, se veían obligados á dar como tributo á Motezuma parte de sus esclavos, y en defecto de ellos sus propios hijos, para ser sacrificados á sus dioses. Pues he dicho ya, y esto es muy sabido de Vuestra Santidad, que en todas estas tierras se hacen sacrificios humanos, de lo cual abajo hablaré más largamente.

Prometieron, pues, los cempoalenses á Cortés darle rehenes en prueba de fidelidad, y soldados auxiliares valerosos en la guerra contra el tirano, porque esperan que, con la ayuda del Dios criador del cielo y de la tierra, que los nuestros les habían predicado, y habiendo hecho pedazos impunemente los simulacros de sus antepasados, que ellos antes adoraban, habían de alcanzar que la ciudad y toda la provincia, por otra parte felicísimas, se vieran libres de una tiranía tan cruel si Cortés quería compadecerse de su tan grande desdicha y poner remedio á tan atroces injurias. Dijeron también que no dudaban alcanzar victoria, porque creían que Cortés y los que le acompañaban eran enviados del cielo, siendo, como eran, muy humanos con los vencidos y tan vencedores de los que no querían su amistad, y que, siendo tan pocos en número, se atrevieron á esperar tal muchedumbre de guerreros, como fué la de los potenchianen-

ses; pues como Vuestra Santidad lo ha oído repetidas veces de los mismos que en ello estuvieron, y lo ha leído en las cartas de los jefes principales, los nuestros derrotaron en aquella batalla á cuarenta mil armados con solos quinientos infantes, dieciséis caballos y algunos cañones.

4. Hay que hablar aquí de una clase de hombres que son de ánimo tan menguado, que lo que ellos conocen no pueden hacer lo juzgan fábulas. Esos frunciran el ceño al saber que un número tan pequeño de soldados han derrotado á tantos miles de enemigos; pero dos cosas deberán pararlos: un ejemplo y una novedad.

¿Acaso no han leído que César, con tropas menos numerosas, batió á las numerosísimas de los suizos primero, después las de Ariovisto, y finalmente las de los belgas? ¿Acaso Jerjes, rey de los persas, que invadió la Grecia con tanta multitud de gente, acampando su ejército y poniéndose á comer, llegó á dejar se-

co el arroyo bebiéndose sus aguas, no le acabó del todo Temístocles en la batalla de Salamina con un ejército que no pasaba de doce mil griegos, hasta el punto de que apenas pudo salvarse el mismo general huyendo en una nave?

Tenían además los nuestros dos maneras de pelear jamás vistas ni oídas por aquellos bárbaros, y cuya sola vista les obligó á volver la espalda; eran á saber: el estruendo y el vomitar llamas los cañones con el olor de azufre, que ellos creían truenos y rayos traídos del cielo por los nuestros; y no les atemorizaba menos el acometer de los caballos, pues creían que era un solo animal el hombre y el caballo en que iba, como lo cuenta la fábula de los centauros. No siempre, sin embargo, vencieron los nuestros, que muchas veces les fué tambien adversa la fortuna, y alguna vez los bárbaros, no queriendo tener huéspedes, llegaron á exterminar escuadrones enteros de los nuestros.

CAPITULO II

SUMARIO: 1. Cortés sumerge las naves, y por qué. — 2. Prosigue hacia lo interior de Méjico. —3. Garay en la Florida.—4. Cortés funda á Almería.

PERO volvamos ya al camino que hemos dejado. Habiendo los cempoalenses hecho su discurso é interpretádolo Jerónimo Aguilar, que, arrastrado por una tempestad, había vivido como esclavo por espacio de siete años en poder de un cacique, y de quien se ha hecho larga mención en el libro subsiguiente á las Décadas, Cortés salió de Veracruz dejando allí ciento cincuenta hombres para defensa de la colonia, y llevándose solos quince caballos, trescientos de

á pie y cuatrocientos auxiliares cempoalenses.

Pero antes hizo sumergir todas las naves en que había transportado su ejército, bajo el pretexto de que estaban podridas. Declara él mismo que la verdadera causa de esto fué quitar á sus soldados toda esperanza de fuga, porque había decidido establecerse en aquellas tierras y procurarse allí perpetua morada; pero parte de los soldados sentían de otro modo, pues temían, por el ejemplo de muchos compañeros suyos que habían sido muertos por los bárbaros en muchas ocasiones, no les sucediera á ellos lo mismo cuando, siendo pocos, tenían que ir contra infinito número de hombres guerreros y armados. Además, la mayor parte eran familiares y amigos de Santiago Velázquez, vicegobernador de la isla Fernandina, que es Cuba, y deseaban volver al mando de su antiguo señor una vez exploradas aquellas tierras. La mayor parte de éstos, al tiempo que Cortés enviaba la

nave con los presentes al César sin contar con Santiago Velázquez, intentaron marcharse con un bergantín para darle aviso á éste de la partida de aquella nave, á fin de que, vigilando las travesías de mar y de tierra, la apresara. Cortés prendió á cuatro de ellos, y los castigó como reos de lesa majestad. Sus nombres son : Juan Escudero, Santiago Zermeño y Gonzalo Umbría, todos ellos pilotos, y Alfonso Peinado.

2. Sumergidas, pues, las naves, y atemorizados los demás con el escarmiento de estos cuatro para no pensar en marcharse, el día dieciséis de Agosto del año mil quinientos veinte se puso en marcha hacia aquella gran ciudad de la laguna, Tenustitan, distante del fuerte de Veracruz unas cien leguas hacia el Occidente. Los cempoalenses le dieron por guía tres de entre los principales de aquella ciudad, cuyos nombres son : Teuchio, Mamixo y Tamayo. Esta ciudad y su vecina Zacacamí le proporcionaron mil

trescientos hombres, que les servían á los nuestros para transportar sus bagajes á modo de acémilas, según es costumbre en aquellas tierras.

3. Ahora se deben contar las cosas que á Cortés le sucedieron en aquel viaje, no vayan á quedar olvidadas. Yendo de camino, le dijeron que una flotilla desconocida vagaba por aquellas costa, y entendió que sería Francisco Garay, vicegobernador de la isla de Jamaica, que buscaba también sitio para fundar una nueva colonia. Cortés le despachó mensajeros brindándole hospedaje en su colonia de Veracruz, y cualquier cosa que le hiciera falta: si lo hizo ó no por artería, algún día lo sabremos. Garay lo rehusó; y no sólo esto, sino que por ante escribano real y testigos le requirió á que le diese á él la mitad de todas aquellas tierras, y que señalara los límites divisorios de la jurisdicción. Se negó Cortés á lo que se le pedía, mandó cambiar de ropa al escribano y á los testigos enviados por Garay, y quitándoles sus an-

tiguos vestidos, les dió otros nuevos.

Garay no insistió más. Se marchó y fué á explorar otras tierras, aunque de la mismas costas; pues desde la Jamaica, cuyo gobierno se le había confiado, había hecho el año anterior largas excursiones marítimas con tres carabelas por aquellas tierras, que Juan Pontes, del que se ha hablado largamente en la Década primera, llamó la Florida y pensaba que era una isla. Pero las hizo con mal resultado, pues por dos veces fué derrotado por los naturales, muriendo la mayor parte de los suyos.

A Juan Pontes, el primero que descubrió la Florida, le sucedió lo mismo. Roto muchas veces por los naturales, recibió tales heridas que, volviendo á Cuba para curarse él y los suyos, murió de seguida. Pero Garay, explorando aquellas costas después de la muerte de Juan Pontes, dice que él ha averiguado que la Florida no es isla, sino que se halla unida por grandes vueltas á esta tierra tenustitana. Navegan-

do por aquellas costas, llegó Garay á un río que con ancho cauce desembocaba en el océano, y vió desde las naves numerosas villas cubiertas con tejados de paja. Ambas orillas del río están en poder de un cacique llamado Panuco, del cual aquella región toma el nombre de Panuca. Dicen que éste obedece y paga tributo al gran rey Motezuma : no se tuvo libertad de tratar.

Conforme se colige de un indicador de pergamino *(mapa)* que trajeron los dibujantes de Garay, tira á formar arco, de suerte que apartándose de Tenustitana *(Méjico)*, se inclina siempre al boreas *(Poniente)* hasta la parte saliente del arco. Después otra vez se inclina igualmente un poco hacia el Mediodía; de suerte que si la línea se prolonga desde la costa tenustitana á aquella parte de la misma región que Juan Pontes descubrió el primero por el lado septentrional de Fernandina, casi formará la cuerda del arco. Garay cree que ese

trecho es poco útil, porque vió señales de haber poco oro, y no puro. Hubiera deseado fundar una colonia, no lejos de la de Cortés, llamada Santa Cruz, pero se lo prohibió éste.

4. En aquel mismo lugar levantó el propio Cortés otra que llamó Almería, de la ciudad marítima del mismo nombre, del reino de Granada, librado pocos años antes por la guerra del poder de los moros.

CAPITULO III

Sumario: Prosigue Cortés su marcha hacia Méjico.

Así terminadas estas cosas, Cortés prosiguió su plan. Después de un camino de cuatro días, desde Cempoal llegó á una provincia llamada Sincuchimalar. Es una planicie con un solo municipio, situado en la ladera de un montecillo muy fortificado natural y artificialmente. No tiene otra subida que dos escalas de mano de muy difícil acceso. Es el asiento y residencia del cacique de aquella pequeña provincia, tributario del rey Motezuma. Es provincia muy productiva, con muchas villas y pue-

blos en la llanura á cada paso. Cada una se compone de trescientas ó cuatrocientas casas, aunque rústicas. La nobleza habita, como en todas partes, donde está el cacique. El cacique recibió en la ciudad á los nuestros con dulzura, y les dió bien de comer. Dijo que así se lo había ordenado Motezuma. Cortés le dijo que se lo diría á Motezuma y le daría las gracias, y que iba á visitarle por mandato de su Rey.

Separándose de aquel cacique, llegó Cortés á un monte altísimo que sirve de límite á aquella pequeña provincia. Dice él y los que vienen de allá que no hay en España unos montes de cumbres tan altas, en cuyo tránsito en el mes de Agosto tuvieron mucho frío por los hielos y las nieves endurecidas. Al descender de este monte llegaron á otro llano, cuya capital es una ciudad llamada Texunaco; es muy productiva, y tiene pueblos y campos. Todos están sujetos á Motezuma.

Salidos de este valle, por espacio de dos días recorrieron con mucho

frío y necesidad unas tierras estériles por falta de agua, y por lo mismo desiertas. A causa de aquella intemperie y de un torbellino inesperado de nubes con relámpagos y truenos, murieron algunos. De aquí subieron á un monte más benigno, en cuya cumbre había un templo dedicado á los ídolos. Ante sus puertas había un montón inmenso de leña. En ciertas épocas del año ofrecen á sus dioses montones de leña con víctimas para ser sacrificadas, pues creen ellos aplacar de ese modo las iras de sus irritados dioses. Los españoles llaman puertos á las aberturas de las cumbres de las montañas, y por esto llamaron á aquel paraje el *Puerto de los leños.*

Bajando de este monte, llegaron á otro valle habitado, y fértil: su cacique se llamaba Cacatamino. La casa del rey es de piedra y muy grande, con muchos cuartos y aposentos á estilo nuestro. Está situado en la amena orilla del río que corre por aquel valle. Recibió con

honor á los nuestros, y preguntándole si estaba sometido á Motezuma, respondió: «¿Y quién no, si Motezuma es el señor del mundo?» Pero, preguntado este cacique qué le parecía de nuestro Rey, confesó que era mayor, pues que el mismo Motezuma se sometió á él. Preguntando los nuestros si tenía oro, manifestó que sí tenía; pero que sin mandato de Motezuma no lo daría á nadie. No se atrevieron los nuestros á obligarle á que se les diese por no alterar de tan lejos á Motezuma.

Se presentaron á Cortés, movidos por la fama de los nuestros, otros dos caciques de las cercanías, trayendo cada uno un collar de oro, aunque de poco peso y de metal no puro. Uno de estos caciques mandaba en el espacio de cuatro leguas río arriba, y el otro á dos leguas río abajo. Dicen que las dos riberas de aquel río están llenas de casas con huertos y pequeños predios intermedios. La casa del régulo que vive río arriba dicen que es

notable por su grandeza, su elegancia y su seguridad, y hasta tiene un castillo que domina el tal palacio, con antemurales y muros con torres, muy bien construído é inexpugnable. Dicen que el pueblo de este régulo, cuyo nombre no me han dicho, tiene cinco mil casas: otros añaden hasta seis mil. Los nuestros fueron tambien muy bién recibidos de este príncipe, que está asimismo subordinado á Motezuma.

CAPÍTULO IV

SUMARIO: 1. Los trascaltecas.—2. Calzada notable.—3. Opuestos consejos de amigos y enemigos de Motezuma. —4. Entra Cortés por tierras trascaltecas.

DESDE la vivienda de este régulo había enviado Cortés cuatro mensajeros á una ciudad vecina por nombre Trascalteca[1], para explorar el ánimo de sus habitantes sobre si les agradaría que fuera allá, porque había oído que los trascaltecas eran muy guerreros y enemigos capitales de Motezuma. Por esta razón permaneció dos días con este cacique, esperando á sus emisarios. Motezuma

[1] El autor dice siempre Tescalteca, así como Muteczumá; pero he adoptado las formas corrientes de esos nombres.

nunca pudo atraerse á los trascaltecas para que recibiesen de él ley ninguna ó le obedeciesen; antes desde jóvenes tenían odio á Motezuma, hasta el punto de carecer por muchos años de sal y de algodón para fabricarse sus vestidos, por estar rodeados por todas partes de tierra de Motezuma, y no poderse proporcionar de otra parte lo necesario. Dicen que quieren mejor vivir en gran escasez de todo, pero independientes de Motezuma, que estar sometidos á su mando.

En esta ciudad dicen que hay muchos próceres, señores de las villas, de cuyos servicios usa la república trascaltecana como de jefes en la guerra. No quieren tener señores, y ¡ay de aquel á quien se le ocurriese el deseo de alzar la cabeza! Le acarrearía al tal una ruina mayor que los suizos á su Orgentorix, que deseaba el mando y aconsejaba otro tanto á los eduos y secuanos. Los trascaltecas son justos y rectos, como más tarde se echó de ver por lo que más abajo diremos.

Esperando, pues, Cortés á sus enviados, y viendo que ninguno de ellos volvía, salió de aquel pueblo; pero pasó ocho días por aquel valle y sus aldeas. Los cempoalenses entretanto tratan de convencer á Cortés de que procure conciliarse la amistad de la república de los trascaltecas, persuadiéndole que podría encontrar en ellos grande ayuda contra el poder de Motezuma si alguna vez intentara hacerle daño. Por esta razón dirigióse hacia Trascalteca.

2. En el camino encontró otro valle, en el cual atravesaba de una á otra falda de altísimo monte un muro de veinte pies de ancho, y alto estado y medio de hombre. En todo él sólo había una puerta de diez pasos de ancha, construída con varias revueltas, á fin de que no les pudiera acometer desprevenidos el enemigo en un ataque repentino. Esta muralla pertenecía á los trascaltecas, construída para que los de Motezuma no pasaran por aquel valle contra su voluntad.

3. Los naturales del valle dejado atrás, que acompañaban á Cortés como guías de los caminos, le exhortaban y amonestaban que no pasara por las tierras de los trascaltecanos, que eran falaces, desleales y enemigos de todos los extraños y de los huéspedes, y que se comen á los enemigos si cogen alguno. Decían que ellos guiarían á Cortes y á sus compañeros siempre por tierras de Motezuma, en las cuales, por mandato de éste, tendrían cuanto deseasen. Por el contrario, los jefes de los cempoalenses, Teuchío, Mamixo y Tamayo, y los principales de los zacataminos, que tenían mil guerreros y pensaban la mayor parte del mismo modo, le aconsejaban que de ninguna manera se fiase de los sometidos á Motezuma, que los motezumanos llevarían á los nuestros por sitios llenos de peligros y por pasos muy á propósito para emboscadas, y le instaban con empeño que se guardase de los fraudes de los de Motezuma. Prometían que ellos habían de guiar-

los por las tierras francas de los trascaltecanos.

Tomando en cuenta el consejo de los cempoalenses y de los zacataminos, emprendió el viaje por los campos de los trascaltecanos. Iba delante de los escuadrones en la marcha el mismo Cortés con los jinetes, de los que de trecho en trecho mandaba á dos que observasen como exploradores lo que se presentara, y volviéndose atrás les avisaran que convenía estar preparados. Á unas cuatro leguas, estos soldados de vanguardia vieron desde la cumbre de una alta colina hombres armados, que se escondían en la llanura siguiente, que ya pertenecía á los trascaltecanos.

Éstos, habiendo visto los caballos, aterrados de una visión horrible y de una cosa tan nueva, pensando que el caballo y el que lo montaba eran un mismo animal, huyeron ó simularon que huían. Los nuestros les hicieron señales de paz, y por señas y con la mano les llamaban en su fuga. Quin-

ce de la multitud se detuvieron. Tenían preparada una emboscada, y los dos soldados que precedían llamaron á los demás jinetes para que se dieran prisa. Poco más adelante salieron de los escondrijos como cuatro mil armados, y atacaron á los nuestros. En un abrir y cerrar de ojos mataron á flechazos dos caballos. Acudió nuestra infantería, acometió al enemigo, y acosados con las saetas y las balas de las escopetas, se declararon vencidos los enemigos. Mataron á la mayor parte de ellos, pero de los nuestros no hubo ningún muerto ni herido.

Al siguiente día enviaron á Cortés mensajeros pidiéndole la paz. Trajeron consigo dos de los enviados que Cortés había esperado tanto tiempo: pidieron perdón de lo hecho, y se excusaron. Dijeron que aquel día habían tenido soldados de fuera, á quien no habían podido contener; que esto se había hecho contra la voluntad de los jefes de aquella provincia; que ellos es-

taban dispuestos á pagar los caballos, prometiendo hacer lo mismo con cualquier otro daño que hubieren causado. Cortés admitió estas excusas.

CAPITULO V

SUMARIO: 1. Repetidas victorias de Cortés sobre los trascaltecas.—2. Se le rinden.

PROSIGUIENDO desde allí, acampó á tres millas en la ribera de un río, y no fiándose de los bárbaros, puso guardias de noche. Al amanecer se encaminó á la próxima villa. En ella, de los cuatro mensajeros que había enviado para sondear las intenciones de los naturales, encontró que dos habían sido cogidos por éstos y aprisionados, pero que, rotas sus ligaduras durante la noche, se escaparon. Habían sido condenados á morir al día siguiente. Esto lo contaron ellos.

Mientras estaba en esto, he aquí como mil guerreros que de improviso, llenando los aires con horrendo clamoreo, lanzaron desde lejos contra los nuestros piedras y toda clase de dardos. Cortés procuró apaciguarlos con palabras suaves, pero de nada servían. Les intimó por medio de los intérpretes que no molestaran á los nuestros; pero cuanto más pacíficamente obraba Cortés, con mas insolencia se portaban los bárbaros. Volvieron por fin la espalda, y llevaron poco á poco á los nuestros, que les seguían, á emboscadas ocultas donde había hombres armados en número de unos cien mil, según escribe Cortés. Saltaron los bárbaros, y rodearon por todas partes á los nuestros, y se peleó con éxito dudoso desde antes de medio día hasta la tarde.

En esta batalla, los cempoalenses, zacataminos, istalmastitanos y demás naturales que acompañaban á Cortés, se portaron valerosamente, obligados por extrema necesi-

dad; pues, rodeados como estaban en tierras de los de Trascalteca, no les quedaba camino alguno para escapar. Una sola esperanza les quedaba de salvación: desesperar de ella. Si hubiesen sido vencidos, los trascaltecanos harían con sus carnes espléndidos banquetes, pues los vencedores convierten á los vencidos en manjares. De donde ya empezaban los trascaltecanos á relamerse los labios con la esperanza del manjar cuando supieron que gente extranjera había entrado en sus dominios, pues confiaban en su número.

Pero les salió al revés. Cortés tenía seis cañones de montaña y otros tantos escopeteros, cuarenta flecheros, y mezclados con éstos trece caballos, instrumentos de guerra desconocidos de los bárbaros; y así, por fin, se disolvió aquella nube de bárbaros. Sin embargo, pensativo pasó aquella noche, sin dormir y con cuidado, en cierto templo de campo dedicado á la idolatría. Al hacer de día salió á campo raso con todos los

caballos, ciento de su infantería, y de los naturales trescientos istalmastitanos, pues la ciudad de Istalmastita había recibido á Cortés en paz y le había dado como auxiliares contra Motezuma trescientos hombres. También tomó de los cempoalenses y sus convecinos cuatrocientos, dejando á los restantes para guardar los bagajes y el campamento; recorrió toda la llanura de los enemigos, quemó cinco aldeas, y saqueó cuanto le vino á la mano: llevó al campamento cuatrocientos prisioneros.

Pero en el primer crepúsculo, al despuntar la aurora, he aquí que cae sobre el campamento un número tan sin número de enemigos, que parecía cubrir todos los campos. Escriben que el número de los que llegaron era de ciento cincuenta mil guerreros. Se peleó con mucho furor cerca de las fortificaciones del campamento. Dicen que se luchó por espacio de cuatro horas, con gran peligro de los nuestros; pero los bárbaros se retiraron sin

obtener resultado. Como nadie podía volver las espaldas, cada cual de tímida oveja sacó corazón de león.

Puestos en fuga los enemigos, Cortés, como un tigre con cría, se echó sobre los desleales, que se habían refugiado ya en sus casas á la desbandada. Despoblando, destruyendo y aprisionando ó matando á todos los que encontraba, llegó á una población de más de tres mil casas, según dicen, y lo pasó todo á sangre y fuego.

2. Hecho esto así, y llenos los naturales de gran temor, los próceres de aquella región enviaron legados á Cortés pidiendo perdón de lo pasado, y diciendo que prometían ser súbditos y aceptar cualesquiera leyes del gran Rey á que Cortés obedecía. En prueba de esto los enviados trajeron dones, para ellos honoríficos: crestas y penachos, adornos de guerra arreglados con gran arte, y el sustento necesario, con una gran cantidad de aves cebadas según su costumbre; pues hemos

dicho ya, y esto lo ha oído Vuestra Beatitud, que las aves que allí crían en lugar de nuestras gallinas, son ni menores ni de peor sabor que los pavos.

LIBRO II

CAPITULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Descubre Cortés la perfidia de los trascaltecas.—2. La castiga.—3. Los vence.

OÍDO lo que querían referir los mensajeros, acusó gravemente á los señores de ellos. Sin embargo, prometió que les concedería el perdón de lo pasado y les admitiría á su amistad á condición de que, en lo sucesivo, fuesen fieles en la obediencia al rey de España. Al día siguiente se le presentaron sin armas cincuenta de los principales para explorar las entradas de los campamentos bajo pretexto de amistad.

Observando Cortés que ellos miraban la situación de los campamentos con mirada fija y rostro medio alterado, concibió sospechas, y, separando de sus compañeros á uno de ellos, por medio de su seguro intérprete le sedujo y le exhortó á que dijera la verdad; él, ganado con promesas y halagos, lo descubrió: dijo que el principal de aquella provincia, llamado Quesitangal, estaba emboscado con grandes cuerpos de gente armada, que de improviso atacarían el campamento la noche siguiente; que por eso había enviado á sus compañeros, so capa de paz, á fin de que entendieran por dónde debieran atacar y por qué lado habría más fácil acceso á las chozas de ramaje que los nuestros habían levantado para no pernoctar al raso, de modo que, entrados en ellas, les prendiesen fuego, y cuando los nuestros estuvieran ocupados en apagar el incendio se echaran sobre ellos y los mataran. Dijo aquél que querían probar fortuna con el dolo y los ardides, vis-

to que con el valor bélico habían sido siempre vencidos con tan infeliz resultado.

2. Oído esto, quiso Cortés conocer el plan más exactamente. Separó á otros cinco de los mismos compañeros, les amenazó con el castigo, les ofreció tratarlos bien, y todos confesaron, sin discrepar, lo mismo que el primero. Antes de que corriera la noticia de lo indagado, prendió á todos los cincuenta. Habiéndoles cortado la mano derecha, les envió á sus señores con este encargo: «Decid á vuestros principales que no es de hombres esforzados ó egregios en el valor guerrero echar mano de estos ardides desleales. Vosotros, ministros de la perfidia, que vinisteis á nosotros como enemigos so capa de parlamentarios, pagad esta pena de vuestra iniquidad: os han escogido para autores de tamaño crimen, pero os volvéis con las diestras cortadas. Hacedles saber que nosotros estamos preparados en cualquier hora que vengan; ya nos acometan de noche, ya ven-

gan á la luz del día, aprenderán lo que son estos pocos á quien intentan perturbar.»

3. Marcháronse, lo contaron á los que vieron, y les enseñaron lo que padecían. Vino un aluvión de bárbaros por dos partes. Era la hora de la tarde. Cortés juzgó mejor maniobrar al descubierto, mientras con luz pudiera hacer ver á los bárbaros las torvas y para ellos desconocidas caras de los caballos y la violencia furiosa de los cañones, que no esperar á la noche, que lleva consigo mil peligros, especialmente para los que pisan ajenas tierras sin conocer los lugares, si es que tienen que mudarse de uno á otro. Al ver los caballos, y asustados de la furia y estruendo de los cañones, al primer encuentro volvieron la espalda los enemigos por las mieses que á la sazón abundaban en los campos: diseminados, buscaban donde esconderse. Las sementeras son maizales, como se ha dicho muchas veces. Cortés quedó dueño de andar libremente por

doquiera, pero no se atrevió á apartarse del campamento por espacio de algunos días.

Distante una legua del campamento tenía una ciudad enemiga, que al sonido del clarín[1] reunía muchedumbre innumerable de soldados; pues se atreve Cortés á escribir, y los que vienen de aquello mismo á decir, que consta de veinte mil casas la ciudad aquella de Trascalteca. Por fin, averiguando por sus exploradores que los habitantes de aquella gran ciudad estaban desprevenidos y sin temer nada, de improviso la invadió en la segunda vigilia de la noche, y los acometió dispersos y dormidos. Se apoderó del lugar más fortificado de la ciudad. Apenas amaneció se le presentaron los principales, pidiéndole humildemente que no les hiciera daño y jurando que obedecerían sus mandatos. Al arbitrio de Cortés, le llevaron abundancia de provisiones de la provincia.

[1] La palabra latina puede significar el clarin ó el cuerno.

CAPÍTULO II

SUMARIO: 1. Disgusto de los soldados de Cortés.—2. Su discurso animándoles.—3. Se le presentan los de Trascalteca.—4. Los de Motezuma le disuaden en vano de ir á Méjico.

VOLVIÓ vencedor al campamento, donde encontró que sus compañeros estaban disgustados con él porque los había llevado adonde no se podían volver; que no querían avanzar más con él; que de modo ninguno podrían escapar de que cualquier día los mataran sin dejar uno, viéndose rodeados por todas partes de guerreros tan feroces; que morirían de hambre ó de frío si se libraban de los dardos de los bárbaros. Además, que las vicisitudes de la guerra son inciertas, y que la victoria

no siempre está en mano de los hombres, y le exhortaban y suplicaban que se volvieran á la costa, donde habían dejado á sus compañeros, y le declararon que si se resistía le abandonarían.

2. Pero Cortés, que se había propuesto ir á la ciudad Tenustitana, la principal de todas aquellas regiones, juzgando que debía obrar con prudencia y blandura, mejor que emplear procedimientos severos, habló de este modo: «¿Qué es esto, camaradas? ¿Qué teméis? ¿No os consta que está con nosotros Dios, que nos ha concedido tantos sucesos felices? ¿Pensáis que no serán mejores y de más valer los que hemos de buscar? ¿No veis que está en vuestra mano el que se dilate inmensamente la fe de Cristo? ¡Qué reinos y de qué importancia ganaréis para vuestro Rey y para vosotros mismos, con tal que seáis constantes! Ya es poco lo que queda. Y aunque acaso, lo que no temo, hubiéramos de sucumbir, ¿qué mayor felicidad? ¿Pudo jamás hom-

bre alguno tener muerte más gloriosa? Acordáos, además, de que sois españoles, que suelen ser impertérritos y no estiman su vida en un bledo cuando se trata del servicio del Dios omnipotente ó se presenta ocasión de merecer gloria. Además, ¿adónde hemos de ir? ¿Qué hemos de hacer languideciendo de ocio en las costas? ¡Animo: cobrad ánimo, y someted conmigo estas naciones bárbaras á la ley de Cristo y á la obediencia de nuestro Rey! ¡Qué fama quedará en la posteridad por estas hazañas que jamás se ofrecieron á ninguno de los vivientes! En nuestra patria, nuestros vecinos nos darán más honra que jamás la tuvo Hércules en Grecia por su venida á España, de la cual quedan todavía monumentos. Son mucho más graves nuestros trabajos: también serán mayores los premios. Despertad, pues, y con ánimo valeroso emprended conmigo la empresa comenzada sin dudar de la victoria.»

Hecho este discurso, los capita-

nes manifestaron que Cortés había perorado bien. Asintió el pueblo, que es más movedizo que las grandes olas, que, así como adonde el viento sopla allí van, él escucha y habla en cualquier sentido.

3. Aplacados los ánimos de los soldados, se presentaron á Cortés unos enviados del caudillo general de aquella región, el cual se llamaba Centegal, y le pidieron perdón de lo pasado por haber tomado las armas contra nosotros. Exponían que no se maravillase, pues ellos no habían reconocido nunca rey ni habían estado sometidos á nadie, y que habían estimado tanto la libertad que desde antiguo habían sufrido mucho por no someterse á Motezuma, y principalmente que se habían visto privados de vestidos de algodón, y de sal para condimentar la comida, porque no podían obtenerlos prohibiéndolo Motezuma, pero que si ahora se admite su amistad prometen hacer lo que se les mande. Fueron todos perdonados y admitidos. La ciudad aquella

Trascalteca distaba seis leguas del campamento, y los ciudadanos pidieron que se fuera allá. Cortés lo rehusó un rato; pero al fin, vencido por los ruegos de los principales de la ciudad, accedió.

4. Pero hay que intercalar otra cosa antes de pasar adelante en las cosas de Trascalteca. Habían venido á Cortés seis familiares amigos de Motezuma con ricos dones: le llevaron varias joyas y varias vestiduras de oro por valor de mil castellanos de oro; también vestidos de algodón pintados de mil colores. Estos, habiendo entendido que Cortés se proponía visitar á Motezuma y su ciudad, le rogaron en nombre de Motezuma que abandonara tal pensamiento, porque aquella ciudad, que está en el agua, por su naturaleza carece de todo, y que, si no se llevaban de afuera, serían difíciles las provisiones correspondientes á tales hombres. De oro, plata, joyas y de todas las otras cosas, prometieron los enviados que Motezuma le enviaría á

Cortés la cantidad que pidiera, dondequiera que se estableciese.

A lo cual respondió Cortés que no podía de modo ninguno convenir en lo que le pedían, puesto que su Rey le tenía mandado visitar aquella ciudad y á su rey, é investigarlo todo con diligencia, á fin de que pueda poner en conocimiento de Su Majestad, por medio de enviados, lo que sea.

Obtenida esta respuesta, pidieron que, con permiso de Cortés, pudieran enviar á Motezuma uno de ellos con aquella respuesta. Se les dió permiso para enviarlo, y fué uno de los seis colegas. Volvió á los seis días; llevó de parte de Motezuma diez alhajas de oro del mismo peso y muy lindamente labradas. Llevó también en hombros de esclavos, porque no tienen otras acémilas, mil quinientas vestiduras, más preciosas que las primeras mil.

También aquí se maravillarán los que son de espíritu estrecho y creen que es fábula lo que ellos

nunca antes han oído ó es superior á sus fuerzas. A éstos les responderemos en su lugar, cuando se hable de la hacienda de Motezuma. Bastante hemos divagado de los trascaltecanos.

CAPITULO III

SUMARIO: 1. Noticias de Tráscala.—2. Idem de Guazucingo.—3. Opuestas intrigas de mejicanos y trascaltecas.—4. Cortés rinde con amenazas á los de Chiurutecal.

DIGAMOS qué tal es y cuán grande Trascalteca. Y en primer lugar, como arriba indiqué, democrática en parte y en parte aristocrática, como en algún tiempo la república romana antes de que se convirtiera en violenta monarquía, admite próceres como ya dije, pero rehusa señores.

Escribe Cortés, y dicen los que han venido, que la ciudad es mucho mayor que Granada, y más poblada y abundante de todas las cosas con que se vive. Usan el pan de maíz, y tienen también aves, caza,

y pesca de río, marítima no, pues dista demasiado del mar; dicen que más de cincuenta leguas. Tienen asimismo varias legumbres. Dentro de los muros, que son de piedra, las casas son de piedra, altas y fortificadas: como que siempre están en sospecha de los enemigos continuos y vecinos. Frecuentan los mercados y las ferias; se visten y usan de calzas, les gustan las joyas de oro y las perlas; los penachos y copetes de plumas de varios colores, los estiman mucho como ornato bélico. Los entretejen todos de oro, y se venden á cada paso en los mercados. Se vende leña para quemar, llevada á cuestas por hombres, y también madera para labrar vigas, maderos, tablas, así como ladrillos, piedras, cal, y tienen excelentes arquitectos y alfareros. No tenemos nosotros vasija alguna que en arte aventaje á las que ellos hacen.

También tienen herbolarios que venden hierbas medicinales, y usan los baños, y se ha echado de ver

que tienen orden y leyes con que se gobiernan. La amplitud de aquella provincia en redondo tiene noventa leguas, y su capital es esta ciudad Trascalteca, rodeada de pueblos, pagos, aldeas, con muy fértiles montes y valles, con mucha población, y ésta de hombres guerreros por la cercanía de Motezuma, su enemigo perpetuo.

2. Junto á esta provincia hay otra región que se llama Guazucingo. Se rige del mismo modo que Trascalteca, á modo de república. Todos son enemigos de los ladrones: á los que cogen los llevan atados por las plazas, y los apalean hasta matarlos. Son muy atentos.

Durante el tiempo que los seis embajadores de Motezuma estuvieron siempre al lado de Cortés, se esforzaron por persuadirle que no se hiciera amigo de los trascaltecanos, ni se fiara de tales hombres pérfidos y trapaceros. Por el contrario, los de Trascalteca *(le decían)* que los de Motezuma eran tiranos y que, si se fiaba de ellos, le precipitarían en

alguna ruina. Cortés se gozaba en silencio de semejante disensión; conocía que le había de ser provechoso el odio mutuo de ellos, y á unos y otros les tenía afable conversación.

Los enviados de Motezuma instaban por que Cortés se desentendiera de los trascaltecanos, y fuera á una ciudad solo distante cinco leguas del territorio de Motezuma y llamada Chiurutecal. Desde allí decían ellos que se podría tratar más fácilmente cuanto hubiera de hacerse con Motezuma. Por el contrario, los trascaltecanos le avisaban á Cortés que le tenían preparadas emboscadas, ya en el camino, ya en la misma ciudad de Chiurutecal; en el camino, porque los de esa ciudad habían cortado por muchas partes los caminos para poner en peligro á los caballos, é indicado otros caminos separados del curso antiguo; y en la ciudad, porque habían cerrado las calles en muchos sitios y las habían pertrechado con parapetos, y que los habitantes

habían reunido, en sus solares, torrecillas y ventanas que dominaban las calles y vías públicas, gran cantidad de piedras para matar con ellas á los nuestros cuando entraran. De que los de Chiurutecal llevaban mala idea contra los nuestros, daban los trascaltecanos como prueba que nunca se le habían presentado como lo habían hecho los de Guazucingo, que distaba más.

4. Con estas noticias, Cortés envió á los de Chiurutecal quejas de su injusticia y negligencia. Al saber el recado de Cortés, le enviaron embajadores, pero plebeyos y gente de ninguna importancia, á que le dijeran que no habían ido aún porque tenían que pasar por tierras de enemigos, pero que estaban en buena disposición respecto de él. Conocida la ofensa de que los principales se hubieran desdeñado de ir á él, despidió con amenazas á aquellos vulgares, con orden de que si en tres días no se le presentaban los magnates de aquella ciudad, iría contra ellos como enemigo, y les dijo que

experimentarían lo que él suele hacer cuando se irrita si demoraban acercarse á él para prestar homenaje al rey de España, á quien pertenece el imperio de todas aquellas tierras. Vinieron; Cortés dijo que admitiría las excusas formuladas con tal que cumplieran lo prometido; y prometieron que harían de buena voluntad lo que se les mandara, y que él lo conocería, así como que habían mentido los de Trascalteca, y ofrecieron pagarle tributos según su orden si iba á ellos.

CAPITULO IV

SUMARIO: 1. Marcha Cortés hácia Chiurutecal.—2. Descubre la traición preparada.—3. Lucha y victoria.—4. Paces.

Así permaneció largo rato, vacilando entre varios intentos. Por fin resolvió probar fortuna, y, complaciendo á los de Motezuma, emprendió el camino hacia Chiurutecal. Pero los trascaltecanos, oída su resolución y viendo que de nada servían sus consejos, dijeron que de ningún modo permitirían que Cortés se confiara en manos de los motezumanos, de suerte que pudieran ellos libremente hacerle daño; que ellos tenían que ser agradecidos á un hombre que tanta benignidad ha-

bía usado con ellos, y, tras innumerables yerros de ellos, les había admitido por amigos, cuando podía haber acabado con ellos por completo en merecido castigo. Hicieron instancias para darle, á modo de cohorte pretoriana, cien mil hombres armados. Se opuso Cortés, mas de nada sirvió que se opusiera. Con aquella falange de casi cien mil, puso el campamento aquella noche á la orilla de un río que encontró. Desde allí, reteniendo para guardia suya dos mil, despidió á los demás, dándoles las debidas gracias como correspondía.

Cuando los nuestros se acercaban, les recibieron los sacerdotes de Chiurutecal, saliendo buen trecho, según su usanza, con cantares de niños y niñas, y tocando tambores y clarines. Una vez entrados, les hospedaron y alimentaron con bastante comodidad, aunque no con viandas delicadas ni abundantes.

2. Entendieron algo del cierre de las calles y de las barricadas y de

las piedras preparadas, como se lo habían avisado los de Tlascalteca. Entonces llegaron nuevos enviados de Motezuma, que hablaron al oído á los ciudadanos de Chiurutecal, pero no á Cortés. Los nuestros preguntaron qué habían tratado con los mensajeros: los de la ciudad no respondieron nada más; por lo cual, concibiendo Cortés sospechas, y acordándose del consejo de los tlascaltecas, por medio de Jerónimo Aguilar, que entendía también los idiomas de estas tierras por haber estado cautivo mucho tiempo cerca de allí, interrogó á un joven enviado.

Lo que supo fué esto: los de Chiurutecal dijo él que habían sacado fuera á todos los niños, ancianos, mujeres y bienes al ir los nuestros, pero declaró que no sabía más acerca de sus intentos. Se descubrió la traición, pero hay que contar cómo. Con una mujer de Chiurutecal haía una joven de Cempoal, que haía seguido á su marido, ó tal vez ı amigo. La mujer chiurutecana ıbló á su huésped cempoalense de

esta manera: «Amigo, vente conmigo.—¿Adónde?, dijo él.—Fuera de la ciudad y lejos de aquí, respondió.—El forastero la preguntó la causa que la determinaba. Ella le contó que aquella noche vendría una muchedumbre innumerable enviada por Motezuma, y mataría á cuantos encontraran dentro de las murallas. «Porque me da lástima de ti te descubro esto; no te detengas si no quieres acabar los años tranquilos de tu juventud, juntamente con los demás, de una muerte cruel.»

3. La joven se lo descubrió á Aguilar; puesto Cortés á inquirir el negocio, conoció que era verdad. Hizo presentar á los principales de Chiurutecal: mandó á su gente estar preparados, arma al brazo. Descubrió el plan á los capitanes para que, dada la señal con un tiro, se echaran sobre los autores del crimen, que él había llamado y los tendría reunidos en la sala de su hospedaje. Vinieron los magnates de la ciudad; los apresó, descubriéndoles primero

el asunto: montó á caballo, y salió. Encontró rodeadas de gente armada las puertas de su casa: era la muchedumbre de los ciudadanos, que, armada, esperaba á los que iban á venir. Cerró con ellos: antes de que llegaran los otros, se luchó terriblemente por mucho tiempo (cinco horas dice él). Al fin derrotó á los bárbaros desleales.

Se volvió á la casa designada; llamó á sí á los ciudadanos presos, y preguntándoles por qué se portaban así, respondieron que los había engañado Motezuma, que aquello se había hecho sin querer ellos; prometieron que, si los perdonaba, serían perpetuamente súbditos y no obedecerían más á Motezuma.

Los cempoalenses y los tlascaltecanos auxiliares se portaron aquel día bravamente por el odio que tenían á la tiranía de Motezuma. Cortés perdonó á los ciudadanos, y mandó que llamaran é hicieran volver á las mujeres, niños y demás. Así se hizo; la ciudad se llenó de su oblación.

4. Después de esto, trabajó por que los de Tlascalteca y de Chiurutecal se reconciliaran y avinieran, que antes estaban en desacuerdo y por obra de Motezuma se profesaban mutuamente odio á muerte.

Está la ciudad aquella de Chiurutecal en una llanura fértil, y tiene, según escriben, dentro de los muros veinte mil casas hechas de cal y canto, y otras tantas en los arrabales; en otro tiempo había sido república. Motezuma la había rendido por la fuerza y sometídola á su autoridad. Ambas ciudades nos obedecerán á nosotros con gusto.

Éstos son más ricos y visten mejor que sus vecinos los de Tlascalteca. Los de Chiurutecal riegan gran parte de su llanura por excavaciones guiadas. Está *(la ciudad)* bien defendida con murallas y torres. Escribe Cortés que desde un templo alto contó de paso más de cuatrocientas torres, levantadas por las calles de la ciudad, todas las cuales hacían oficio de templos. Tiene esta región tierras á propósi-

to para pastos, lo cual dice que no ha encontrado hasta ahora en ninguna parte por allá, porque las demás están tan llenas de pueblos que apenas queda campo para sembrar.

CAPITULO V

SUMARIO: 1. Acrimina Cortés á Motezuma.—2. Responde con regalos y excusas.—3. Insiste Cortés en pasar á Méjico.—4. El volcan de Popocatepec.

HABIENDO salido así estas cosas, llamó ante sí á los enviados de Motezuma, les echó en cara las arterías inicuas de su amo, y que no era propio de un príncipe distinguido, cual pensaba que era Motezuma, el obrar con dolo y andar en maquinaciones insidiosas por mano de otro. Declaró Cortés que ya no guardaría la palabra de amistad que antes había dado por medio de mensajeros, supuesto que Motezuma había urdido tan traidoras maquinaciones en contra de lo jurado. Los embajado-

res, medio muertos, dijeron que su amo no había pensado ni sabido nada de aquello, y que el tiempo descubriría lo que decían, y que Motezuma siempre había sido cumplidor de su palabra; que los de Chiurutecal habían inventado aquellas cosas para librarse de la ira de Cortés.

2. Dicho esto, los embajadores suplicaron á Cortés que les permitiera enviar á Motezuma uno de su compañía para contarle lo que se hacía. Diósele permiso, y volviendo á los pocos días, trajo regalos dignos de un rey : diez bandejas de oro, mil quinientos vestidos de algodón, como él escribe, según su costumbre. (Ya dije otra vez, por satisfacer á espíritus estrechos, que diría con más claridad de dónde ese rey saca tantos vestidos al hablar de su hacienda.) Además muchos comestibles, pero en especial vino del que usan los reyes y próceres, diferente del que bebe el pueblo, pues hacen muchas clases de vino; el general, para el pueblo, de maíz;

otros mejores de varias frutas; pero de ciertas almendras, de que usan en vez de moneda, otro admirable. De esta almendra hablaremos más abajo [1].

Motezuma, pues, por medio de aquel familiar suyo y de otros embajadores recientes, afirmó que no sabía nada de aquellas cosas que los de Chiurutecal dijeron de él mintiendo, para excusarse ellos; que algún día comprendería que había entre ellos verdadera amistad, y que Motezuma no acostumbra á negociar por medio de fraudes. Sin embargo, en medio de esto suplica una y otra vez que desista del propósito de ir á su ciudad por la carencia de todo; porque, edificada en el agua, por su misma naturaleza estaba necesitada de todo; que para sus habitantes sí tenía lo bastante por el antiguo comercio con la comarca, pero que si venían huéspedes quedaría pobre y necesitada.

3. Cortés dijo que no podía ac-

---

1 Es el cacao.

ceder á eso porque así se lo tenía mandado su Rey. Al saber la resolución de Cortés, le manifestó por medio de embajadores que le esperaría en la ciudad, y que haría todo lo posible para que nada faltase, y envió á la mayor parte de los magnates que acompañaran á Cortés.

4. Salió, pues, hacia la ciudad tenustitana, ansioso de verla. A las ocho leguas encontró un monte cubierto de cenizas en verano y con dos cimas, expedito por todas partes, que se llamaba Popocatepec, lo cual significa monte humoso, porque en la lengua de ellos *popoca* es humo, y *tepeque*, monte; de cuyos vértices sale perpetuamente humo, soplando fuerte y dirigiéndose derecho á las nubes, cual nube obscura se eleva con vapor craso; de modo que el humo forma el volumen de una casa grande y se lanza al aire con tanto ímpetu que, por más que el aire se conmueva por vientos fuertes, el humo, sin embargo, no se tuerce. Maravillado de esto Cortés, envió

diez españoles de valor, guiados por los indígenas, que investigaran, si podían, la causa de cosa tan grande. Obedecieron, y subieron al monte lo más cerca que pudieron. No fue posible acercarse á la última cumbre por las densas cenizas, pero se aproximaron de modo que sintieron rugir las llamas que salían y el estruendo del humo fiero y formidable, con perpetuos torbellinos que recorrían el monte, de suerte que el mismo monte temblaba y parecía querer hundirse.

Pero dos de los enviados, más atrevidos que los demás, se propusieron ganar la cumbre por más que les disuadían los naturales, y subieron hasta ver aquella ancha boca. Dicen que tiene de ancha legua y media. Aterrorizados del estruendo de las sañudas llamas, se volvieron con suerte feliz; se apartaron al crecer el ímpetu de la llama, que entonces salía más moderada ; pero tras brevísimo intervalo, con inaudita erupción de piedras volvió rabiosísima, y á no ser que

por fortuna encontraron en el camino un sitio algo cóncavo, en que se guarecieron mientras pasaba la lluvia aquella de piedras (pues no siempre arroja piedras el monte aquel), habrían perecido. Los naturales se admiraron tanto de esto, que de todas partes acudían á verlos con dones, como á unos semidioses.

Una cosa ¡oh Padre Santo!, no se ha de pasar por alto. Piensan los indígenas que los reyes que en vida gobernaron mal, moran, aunque temporalmente, entre aquellas llamas, donde purgan las manchas de sus maldades en compañía de los demonios.

CAPITULO VI

SUMARIO: 1. Prosigue Cortés, aunque mal guiado.—2. El hermano de Motezuma sale á recibir á Cortés con valiosos regalos. —3. Le preparan emboscadas. —4. Otro precursor de Motezuma. —5. Moradà deliciosa á lo romano.

DESPUÉS de esta investigación, los embajadores de Motezuma conducían á Cortés por donde los de Tlascalteca le habían disuadido *(de que fuera)*, pues aquel camino tenía pasos molestos, fosos y lagunas con puentes estrechos, donde fácilmente podría ser derrotado un ejército, porque no pueden pasar por aquellos lugares en columna. Tomó, pues, otro camino algo más largo y más penoso, porque iba por tierras pedregosas, por valles profundos de altas montañas humeantes,

de los cuales, cuando ya salían, desde los collados frente á las montañas vieron un valle muy grande; es Colúa, en el cual está la gran ciudad Tenustitana.

Es notable este gran valle por dos lagunas, la una dulce, de las cuales hablaremos más extensamente después. En él está la ciudad (tiene el valle sesenta leguas de circuito, según ellos dicen).

Los embajadores de Motezuma que acompañaban á los nuestros, como intentaran guiarlos por el otro camino, preguntados respondieron que no negaban ser más cómodo éste; pero como se tenía que ir andando un día por las tierras enemigas de los guazucingos, y porque acaso habrían faltado provisiones, por eso habían aconsejado el otro.

Aquí debe advertirse que los guazucingos y los tlascaltecanos eran dos repúblicas unidas con pactos y animadversión contra Motezuma. Por eso las encontraron pobres; como que, rodeados por un enemigo

tan poderoso, no tenían comercio con ninguna otra nación; y así, pasando sólo con los productos de sus provincias, vivían miserablemente por no doblar la cerviz á ningún rey. Pero á Cortés, como esperaban que con su ayuda podrían algún día andar libremente, le hicieron pactos de amistad, y en señal de ella le regalaron algunos esclavos y vestidos á su usanza, aunque pobres, y de lo necesario para comer en bastante abundancia, sólo para un día.

Ya el sol volvía la espalda, y aún no habían salido completamente de las gargantas de aquellos montes; le llevaron á un palacio de campo construído para recreo veraniego, y tan grande que aquella noche se hospedó en él todo el ejército con bastante comodidad; pues hecho el recuento, encontró consigo, entre cempoalenses, tlascaltecanos, guazucingos y chiurutecalenses, más de cuatro mil, y de sus españoles apenas trescientos. Sino que, como ya se ha dicho, para res-

ponder á lo que dicen espíritus pobres y estrechos, los cañones y los caballos, géneros desconocidos, lo hacían todo, más que el número de los combatientes. De comer no faltó: los administradores motezumanos proveían bastante bien por dondequiera que iban los nuestros. Aquí tiritaron de frío por la proximidad de altas montañas, y así hubo necesidad de grandes hogueras.

2. Aquel día fué á ver á Cortés el hermano de Motezuma con la mayor parte de los próceres. Le llevaron de regalo en nombre de Motezuma tres mil castellanos de oro, egregias joyas, mezclando, sin embargo, la súplica de que se vuelva y se detenga donde le plazca, que Motezuma le pagará los tributos que Cortés determine con tal desista de ir á la ciudad, rodeada de agua, donde necesariamente se ha de sufrir, en particular con tanta muchedumbre, falta de todo, como que por su naturaleza nada produce, y que de modo ninguno ni en

ningún tiempo faltará á la obediencia del Rey de quien se dice enviado.

De nuevo Cortés repitió á Motezuma, con toda la suavidad que pudo, que lo haría con gusto por complacer á un rey tan grande si se lo permitieran las órdenes del suyo; que no debían pensar que su ida hubiera de serles molesta, sino útil y honrosa; que iría cuando no pudiera menos de hacerlo, y que si después de eso su estancia hubiera de molestar á Motezuma, se volvería de seguida, una vez pactada alianza y arreglados los asuntos entre ambos; lo cual se haría con mucha más claridad y comodidad viéndose, que no por mensajeros alternativos.

3. Dice Cortés que mientras en esto estaban no cesaron los indígenas de preparar emboscadas, y que las selvas de las montañas que dominaban el palacio estuvieron aquella noche llenas de gente armada. Pero él se jacta de haber sido siempre tan cauto que fácilmente se desen-

redó de los ardides y dolos de ellos.

Partiendo de allí hacia la ciudad de la laguna, se encontró con otra ciudad terrestre de veinte mil casas, según dicen, llamada Amaquemeca, cuya provincia lleva el nombre de Chialco. El régulo de aquel lugar, de la jurisdicción de Motezuma, por espacio de dos días dió á los nuestros buena y abundante comida, y regaló á sus huéspedes tres mil castellanos de oro, joyas, como dijimos poco antes, y cuarenta esclavos.

4. Á cuatro leguas de allí, dió con una laguna dulce mucho menor que la salada. En su orilla hay una ciudad, mitad en el agua, mitad en seco, y allí junto un monte alto. Allí se le presentaron á Cortés doce hombres, de los cuales al principal lo llevaban en hombros en una litera. Tenía veinticinco años : cuando bajó de la litera, corrieron los demás presurosamente, quitando toda la basura y las piedras, y, si había paja, limpiándola por donde iba á pasar para saludar á Cortés. Des-

pués de haberle saludado en nombre de Motezuma, le suplicó que no echara á incuria ó negligencia del rey el que no hubiera salido á su encuentro, diciendo que estaba enfermo y que ellos habían sido enviados para acompañarle, pero que si tenía á bien cambiar su propósito de ir, les sería muy grato. Él les agasajó con buenas palabras y algunos regalillos nuestros que les gustaban, y se fueron contentos.

Siguiendo sus huellas Cortés, encontró otro pueblo de mil quinientas casas, construído en el agua de la laguna dulce. Se va á él y se vuelve en lanchas. Las de éstos son unilígneas, como lo he dicho muchas veces de las canoas de los isleños, y las llaman *acales*. Marchando por medio de aquella laguna, encontró un camino arreglado, de altura de una asta, el cual conduce á otro pueblo distinguido que tiene dos mil casas. Aquí le recibieron á Cortés honoríficamente, y los del pueblo deseaban que pasara entre ellos la noche; opusiéronse los prín-

cipes de Motezuma que le acompañaban, y le condujeron aquella tarde á una ciudad mucho mayor, que toca ya la orilla de la laguna salada, y se llama Iztapalapa. Pertenece á la jurisdicción del hermano de Motezuma, distando tres leguas del pueblo anterior, llamado Tacatepla.

De Iztapalapa dista tres leguas otra ciudad llamada Coluacán, su provincia Colúa, cuyo nombre los nuestros pusieron al principio á toda la tierra, porque era el que desde lejos habían oído que tenía. Iztapalapa tiene, según dicen, ocho mil casas, excelentes en su mayor parte: Coluacán no es mucho menor. Con el hermano de Motezuma estaba el régulo de Coluacán, el cual hizo también á Cortés valiosos regalos.

5. El palacio del régulo de Iztapalapa dicen que está admirablemente fabricado de cal y piedras, y que el arte de carpintería está adelantado allí; que son regios los pavimentos y lo interior, y las habitaciones, con grandes salones, las ponderan á boca llena. Aquella

casa tiene huertos muy bien cultivados, con varios árboles y verduras, y hierbas floridas y de buen olor. Hay también muy grandes estanques con muchas clases de peces, en los cuales nadan varias especies de todas las aves acuáticas; se puede bajar hasta el suelo profundo de las lagunas por gradas de mármol traídas de lejos. Hay maravillosos paseos, rodeados con redes de cañas para que nadie pueda entrar libremente en las eras, ni á *(coger)* las frutas de los árboles. Aquellas cercas están construídas con mil comodidades, como en las casas de purpúreos y delicados cardenales, de mirto ó de romero de mar; también de boj, como se ve en otras muchas partes, todo hermoso de ver.

De estas cosas refiere muchas menudencias, que ya me fatigan con su prolijidad. Dejando lo demás, introduzcamos ya á este hombre, Cortés, en la ciudad Tenustitana, y á los sólo por una parte deseados abrazos de Motezuma.

LIBRO III

CAPITULO PRIMERO

Sumario: 1. Maravillosa calzada de Méjico.—2. Motezuma sale á recibir á Cortés.—3. Sacrificios horrendos.

Desde Iztapalapa se va á Tenustitana, residencia del gran rey Motezuma, por un muro de piedra que tiene la anchura de dos picas, levantado en la misma agua, hecho á mano con arte y con gusto increíble. Este muro hace el oficio de puente, pues la misma Iztapalapa está edificada, alguna parte en el lago salado, y o demás en tierra. El un lado de aquel puente tiene adheridas dos iudades, edificadas en el agua par- de ellas, y el otro una. La pri-

mera de ellas que se encuentra el que va, se llama Mesicualcingo; la segunda es Coluacán, de que poco antes hemos hablado; la tercera es Uvichilabusco. La primera dicen que tiene más de tres mil casas; la segunda seis mil; la tercera cuatro mil; todas con magníficos templos de los ídolos, y con torres.

Estas ciudades juntas al puente hacen la sal que usan todas las naciones de aquellas tierras. La congelan del agua salada de la laguna, guiándola por arroyitos á una tierra apta para coagularla. Después de coagularla la reunen en pelotas ó forman panecillos, para llevarla á los mercados y ferias á cambio de cosas extrañas. Unicamente los entregados á Motezuma participaban la ventaja de aquella sal; pero los que rehusaban obedecerle, de modo ninguno; por eso los tlascaltecanos, los de Guazucingo y también otros muchos, guisaban sin sal, porque, según lo hemos dicho, eran refractarios al imperio de Motezuma.

Muchos de estos muros sirven de puentes desde los lugares terrestres á las ciudades del agua, y á veces se enlazan como caminos diferentes. A este muro, que parte de Iztapalapa, se le une otro de diferente lado de la ciudad. En el empalme hay levantado un castillo con dos torres inexpugnables. Desde allí se va por uno de los caminos á la ciudad, que dista legua y media. En estos muros ó puentes, de trecho en trecho, hay puentecillos de madera, movibles, que cuando hay alguna sospecha de guerra se levantan. Me parece que esos cortes los hacen también por los portazgos para evitar defraudaciones, como en muchos lugares que gozan de tranquila paz vemos que de noche se cierran las puertas de la ciudad por este solo motivo. Levantados los puentes, resultan pozos de agua que pasa, pues dan paso á las aguas, que allí tienen flujo y reflujo, como se dice. Esto es una maravilla de la naturaleza, Padre Santo, á juicio mío y de los que di-

cen que no puede suceder lo que ellos no hayan leído en otra parte.

Esta ciudad lacustre, ó el sitio de la misma laguna salada, dista del mar más de setenta leguas, y hay entre medias dos trechos de altas montañas y dos grandes valles entre una y otra montaña, y, sin embargo, la laguna experimenta el flujo y reflujo del mar, si no mienten; pero por dónde el mar tenga la entrada ó la salida, no lo sabe nadie. Cuando viene el flujo, la laguna salada se derrama en el álveo de la dulce por las gargantas de los dos collados; y cuando el reflujo, vuelve de la dulce á la salada, y no por eso la dulce se altera de modo que no se puede beber, ni tampoco la salada se endulza. Basta de lagunas, muros, puentes y castillos.

2. Vengamos ya á un espectáculo agradable para los españoles, porque hace mucho que lo deseaban, tal vez no para los tenustitanos discretos, porque se temen que estos huéspedes vengan á perturbar su elísea tranquilidad, á diferencia del

pueblo al cual nada le deleita tanto como tener ahora cosas nuevas á la vista, sin cuidarse de lo futuro. Hasta este empalme le salieron al encuentro á Cortés, desde la ciudad, mil varones adornados al estilo de su patria, y saludaron á Cortés haciendo cada uno su ceremonia, que es tocar el suelo con la mano derecha, y de seguida besar, en señal de respeto, la parte de la mano con que han tocado la tierra. Todos éstos eran nobles palaciegos: detrás de ellos vino por fin el tan deseado rey. El camino aquel, como ya lo dije, tiene legua y media, otros dicen dos leguas de largo, pero tan derecho que, echando una línea, no puede sacarse más recta; si uno mira por el filo del camino desde el mismo castillo del que partió Cortés hacia Motezuma, verá facilmente la entrada de la ciudad.

El rey iba por medio del dicho puente, y detrás la demás gente por las orillas, en formación, guardando entre sí distancias iguales, todos descalzos. Traían á Motezuma

sostenido por los brazos de los príncipes, uno de los cuales era su hermano, el señor de Iztapalapa, y el otro uno de los principales, no porque necesitara de tal ayuda, sino que es costumbre de ellos guardar esta consideración á los reyes, que parezca les sostienen con sus fuerzas los próceres. Al aproximarse Motezuma, Cortés se apeó del caballo que montaba. Fué á abrazar al rey, pero se lo impidieron los príncipes que iban á su lado: entre ellos no es lícito tocar al rey. Los que venían por los lados en pelotones formados, dejaban sus sitios para saludar á Cortés cada uno con su ceremonia, y de seguida cada cual se volvía á su lugar para que no se trastornase el orden.

Después de hechos los alegres saludos, volviéndose Cortés se quitó el collar de poco valor que llevaba puesto, y se lo puso al rey en el cuello; pues eran cristales de varios colores, parte diamantes, parte perlas y piropos de cristal; pero le agradó á Motezuma el regalo,

que compensó con otros dos collares de oro y perlas, con caracoles y cangrejos de oro pendientes de ellos. Después de hecho el recibimiento á todos los que le habían salido al encuentro, volvieron la cara á aquella ciudad grande, y que debe tenerse por un portento. Con el mismo orden que habían venido se volvieron todos por las orillas de aquel puente admirable, dejando el espacio del medio á Motezuma y á los nuestros solamente.

3. ¡Oh maldad digna de considerarse, y horrible de decir! A los dos lados exteriores del mismo puente había cercanas torres magníficas, sitas en el agua, todas las cuales servían de templos: en ellos se inmolaban á cada paso en sacrificios, con increíble horror, ó esclavos comprados con dinero, ó los hijos de los sometidos, destinados para eso en vez de contribución. La mayor parte que al pasar comprendieron la cosa, declararon que se les partían las entrañas.

CAPÍTULO II

SUMARIO: 1. Alojamiento de Hernán Cortés.— 2. Discurso de Motezuma cediéndole el Imperio. — 3. Contestación de Cortés.

LLEGARON por fin á un palacio muy grande, morada de los antepasados de Motezuma, preparado con regio ornato. Allí Motezuma instaló á Cortés en una estancia regia, sobre un trono de oro, y regresó á otro palacio. Mandó dar á todos los compañeros de Cortés abundante, rica, regia comida, y hospedarlos en habitaciones acomodadas para cada uno. A las pocas horas Motezuma, habiendo comido, volvió á ver á Cortés, llevando camareros y los necesarios familiares carga-

dos de vestidos de algodón tejidos de oro y colores vivísimos. ¡Cosa increíble! Pero abajo diremos cuán creíble es. Seis mil vestidos dicen los que los vieron. Escribe el propio Cortés que llevaron juntamente muchos regalos de oro y de plata.

2. Junto al tribunal de Cortés, había preparado otro tablado igualmente adornado. En él Motezuma, después de llamar á sí á todos los próceres de los reinos, dijo el siguiente discurso, según se comprendió mediante los intérpretes á quien entendía Jerónimo Aguilar:

«Varones egregios en valor guerrero y benignos con los humildes, deseo y espero que sea feliz vuestra venida. Sea venturosa vuestra llegada á estas tierras.» Después, volviéndose á sus próceres, dijo: «Por relación de nuestros antepasados sabemos que nosotros somos de fuera. Cierto gran príncipe traído en una flota, más allá de lo que pueden recordar todos los vivientes, conlujo á nuestros mayores, no se sabe si voluntariamente ú obligado

por las tempestades, y dejando á sus compañeros se marchó. Vuelto á su patria, quisiera él que regresaran los que había traído; ya se habían construído casas, y uniéndose á las mujeres del país, habían procreado hijos y tenían domicilios fijos muy tranquilos; rehusaron volverse nuestros antepasados y no escucharon lo que decía, pues ya habían elegido de entre sí un senado y príncipes del pueblo por cuyo consejo se rigieran, y cuentan que se marchó amenazándoles. Nunca, hasta estos tiempos, se presentó nadie reclamando el derecho de aquel caudillo. Os exhorto y amonesto, próceres de mis reinos, que el mismo homenaje que me guardáis á mí se lo deis á este capitán de un tan gran Rey, y los tributos á mí debidos se los paguéis á su arbitrio.»

Mirando después á Cortés, añadió: «Pensamos, pues, por lo que he dicho que el Rey de quien os decís enviados trae origen de aquel otro, por lo cual seáis bien venidos; descansad tranquilos de vues-

tros trabajos, que he sabido los habéis pasado inmensos desde que entrasteis en estas tierras; cuidad vuestros cuerpos, ya debilitados: vuestros son todos los reinos que poseemos. Tú, caudillo principal enviado á esto, quienquiera que seas, impera en todos los reinos que me han estado sometidos. Por lo que toca á lo que han contado de mí los cempoalenses, tlascaltecanos y guazucingos, con razón debe tomarse como proveniente de ánimo hostil: la experiencia hará ver que han mentido. Han charlado que mis casas eran de oro, de oro y de junco, y los muebles de oro, y que yo era un dios, no un hombre. Tú mismo estás viendo que mis casas son de piedra y de tejidos de hierbas fluviales, y de algodón los muebles. Confieso que tengo joyas de oro reunidas en tesoros. Tuyas son: haz de ellas el uso que quieras en nombre de nuestro gran Rey. Tocante á lo que te han dicho que yo no soy hombre, sino inmortal, mira mis brazos y mis piernas; tú

verás si son ó no de carne y hueso.» Y al decir esto, se descubría casi llorando los brazos y las piernas.

3. Luego que acabó de hablar, le consoló Cortés y le dió esperanza de que todo se arreglaría bien. Después de esto se marchó Motezuma bastante alegre de cara: si se iría de buen humor, el que alguna vez haya gustado el mando juzgue si admite compartícipes; y si alguien jamás recibió gustoso huéspedes á la fuerza, dígalo quien lo haya experimentado. Por la cara de los príncipes llamados, que lo oyeron con la vista fija en el suelo, se puede comprender lo agradable que les sería aquella reunión, pues recibieron con lágrimas, suspiros y sollozos lo que se había hecho, y vacilaron buen rato silenciosos: por fin prometieron seguir los mandatos de Motezuma; pero que no habían podido menos de conmoverse con tan grande y tan repentino cambio. Disuelta la junta, se fué cada uno á su casa. Contemos ahora lo que resultó de aquella reunión.

CAPÍTULO II

SUMARIO: 1. Traición de Coalcopoc.—2. La explota Cortés para imponerse á Motezuma.—3. Éste se traslada al palacio de Cortés.—4. Prisión y castigo de Coalcopoc.

A Motezuma, á sus subordinados y amigos, les salió todo muy mal, como abajo se dirá; mas para el aumento de nuestra religión muy bien, pues esperamos que dentro de poco aquellos sanguinarios sacrificios se quiten de en medio, abrazando los mandamientos de Cristo.

Así pasaron tranquilamente seis días, pero todos los que siguieron espués fueron calamitosos, tanto ¡ue jamás sucedió mayor desdicha ninguno del pueblo, que no sólo ningún rey. Pues transcurridos

aquellos seis días, ya porque así sucediera, ya porque de ese modo quisiera Cortés tomar pretexto, dijo que acababa de recibir cartas del Prefecto del fuerte, que dijimos dejó en la guarnición de la colonia de Veracruz, en las cuales le comunicaba que Coalcopoc, régulo de la provincia en que Cortés había fundado la colonia con el nombre de Almería, había hecho una cosa fea y del todo intolerable. Refirió aquel Prefecto que Coalcopoc le había enviado mensajeros á decirle que el rey Coalcopoc no había ido aún á saludarle y rendirle el homenaje debido á tal Rey, como el que tienen Cortés y sus compañeros, porque tenían que pasar por tierras de enemigos suyos, de quien temían alguna molestia, y por eso pidió que el Prefecto le enviara algunos españoles de los suyos que le acompañaran en el camino y le guardaran; pues, según decía, esperaba que los enemigos no se atreverían á maquinar nada contra él acompañándole los españo-

les. El Prefecto creyó al mensajero, y envió á Coalcopoc cuatro españoles que le acompañaran al venir á verle por tierras amigas suyas, y contrarias á Coalcopoc.

Yendo los enviados, fueron sorprendidos dentro del territorio de Coalcopoc: los salteadores mataron á dos, los otros dos escaparon traspasados de heridas. Juzgando el Prefecto que se había hecho por plan de Coalcopoc, para tomar venganza marchó allá. Tenía sólo dos caballos y algunos escopeteros, unas bombardas y gente de á pie. Se llevó consigo cincuenta de sus compañeros, aunque llamando como auxiliares á los vecinos y enemigos de Coalcopoc, y acometió á la ciudad de éste. En el ataque los coalcopocanos mataron á siete españoles y á la mayor parte de los auxiliares. Al fin fué vencida y saqueada la capital de Coalcopoc, muriendo y siendo presos muchos ciudadanos. Coalcopoc se libró huyendo.

2. Aprovechando Cortés esta

ocasión, determinó debilitar al infeliz Motezuma por temor de que cambiara la fortuna ó que, fastidiado de la insolencia de algunos españoles que él no podía refrenar, particularmente estando ociosos y hartos, temiendo también que la prolongada molestia del hospedaje desesperase ya á los que los hospedaban, se fué á Motezuma: díjole que le habían escrito y referido que Coalcopoc, subordinado á él, había hecho aquello contra el Prefecto del fuerte de Veracruz, no solamente con conocimiento de Motezuma, sino por su mandato. Cortés dijo que no lo había creído; pero que, sin embargo, para quitar toda sospecha del ánimo del gran Rey, á cuyos oídos fingió que había llegado la noticia, era menester que Motezuma se trasladara al palacio que habitaba el mismo Cortés, para que pueda escribir que lo tiene en su poder, aunque no quiere que se cambie nada del régimen de la ciudad y los reinos.

3. Motezuma, aunque compren-

dió que su autoridad se iba hundiendo, no obstante consintió en lo que se le pedía. Mandó que le trajeran la litera para pasar en ella. Tamaña novedad levantó rumores entre el pueblo, y comenzaron á amotinarse. Motezuma mandó dejar las armas y guardar silencio, persuadiendo á todos que lo hacía espontáneamente. Los próceres y familiares acompañaron á su señor con lágrimas en los ojos.

4. A los pocos días le pidió que hiciera venir á Coalcopoc y á los cómplices de su crimen para castigarlos, á fin de poder así justificar su inocencia *(la de Motezuma)* ante su gran Rey. Obedeció Motezuma. Llamando algunos familiares de su confianza, les entregó un sello secreto en prueba de su última voluntad, mandándoles que, llamando á los pueblos sometidos más próximos, procurasen traerle por la fuerza, si se negaba á venir. Vinieron Coalcopoc, un hijo suyo y quince de los principales. Al principio negó haber hecho aquello con

acuerdo de Motezuma. Cortés, habiendo preparado en una plaza muy espaciosa una gran hoguera, mandó quemar á Coalcopoc y á los demás, junto con el hijo, á la vista de Motezuma y de toda su populosísima ciudad, habiendo sido sentenciados por traidores. Mas ellos, cuando vieron que los llevaban al suplicio, confesaron que se lo había mandado Motezuma.

CAPITULO III

SUMARIO: 1. Motezuma preso.—2. En busca de las minas de oro.

POR lo cual Cortés, que andaba buscando ocasión para apoderarse del imperio de Motezuma, le echó grillos, reteniéndole en su casa, y le increpó en tono amenazador. Entonces el infeliz Motezuma, abatido por tal novedad, se llenó de miedo, se acobardó, y ya no se atrevía á levantar la cabeza, ni á pedir auxilio á los suyos. Sin embargo, le soltó al punto y le afeó gravemente el hecho, y él, como un manso cordero, confesó que había merecido la pena. Parece que sufre resig-

nado estas reglas, más duras que las de la gramática que se dictan á niños imberbes: todo lo soporta tranquilo para que no se alboroten los ciudadanos y los próceres. Cualquier yugo le parecía más suave que las alteraciones de su gente, como si se rigiera por el ejemplo de Diocleciano, que mejor quiso tomar veneno que volver á coger las riendas del Imperio que había dejado.

Después Cortés habló á Motezuma, diciéndole que esperaba guardaría la fidelidad que había prometido, respecto de obediencia y demás pactos hechos en nombre del gran Rey de España, y que por eso, como cumpla su voluntad, puede si quiere volverse al palacio en que antes brillaba como rey. Cortés se lo ofreció, y él lo rehusó diciendo que no podía menos de verse estimulado por sus próceres y atormentado de mil molestias, que estaban en disposición de promover tumultos, y que conocía les rechinaban los dientes porque había recibido á Cortés y á su gente, en

particular con aquella caterva de oficiales enemigos. Declaró que vivía con los nuestros más tranquilo y más seguro que no en medio de semejante torbellino de los suyos. Sin embargo, salía alguna vez á pasear á los palacios maravillosos de recreo que había construído, de los cuales hablaremos más extensamente abajo. De este modo vivieron mucho tiempo bajo un mismo techo uno y otro: Cortés recibido como huésped, y Motezuma que lo recibió; pero ahora era al revés.

Siempre que por la tarde volvía, no se dirigía al palacio antiguo, que era el mayor y su morada, sino al de Cortés. Cuando bajaba de la litera, hacía regalos juntamente á todos sus acompañantes, y á los españoles, y gustaba del trato de éstos, á los que llamaba y hablaba con rostro placentero y palabras dulces.

2. Estando así las cosas, Cortés le pidió á Motezuma le enseñara dónde estaban las minas de donde él

y sus antepasados sacaban el oro. Motezuma dijo que le agradaba, y sin tardanza mandó llamar á los más expertos y aventajados en aquel arte. Fueron enviados varios por varias partes, con españoles designados por Cortés para que le contasen lo que vieran. Los primeros fueron enviados á las minas de la provincia llamada Zuzulla, que dista ochenta leguas de la corte Tenustitana; recogieron oro sin trabajo de tres ríos, pues los españoles no llevaron consigo instrumentos aptos para limpiarlo, y los indígenas no hacen tanta estima del oro que procuren buscarlo de otro modo que escogiendo los granos mayores de oro, de entre los menuditos, en la arena que sacan. La tierra que media en el espacio de *(las ochenta)* leguas dicen que está llena de poblaciones magníficas.

A otros los envió á la región llamada Tamaculapa, cuyos habitantes son más ricos, y van mejor vestidos que los zuzulanos, por tener una tierra mas fértil. Destinó

dos á otra llamada Malinaltepec, que está más cerca del mar y dista sesenta leguas de la corte lacustre: allí sacaron oro de un río grande. Otros fueron á una región montañosa llamada Tenis. Aquí hay guerreros feroces: tienen picas de treinta palmos aptas para pelear. Su régulo, que se llama Coatelimac, es inmune de las leyes de Motezuma, y dijo que los españoles podían pisar su territorio, pero los motezumanos de modo ninguno.

Así es que Coatelimac recibió placentero á los españoles, y les dió de comer muy bien. Esta región Tenis es notable por ocho ríos que todos crían oro. Este cacique envió á Cortés mensajeros, ofreciéndose él y todas sus cosas. Otros fueron destinados á la provincia que se llama Tachintebec: en ésta encontraron dos ríos que crían oro, y una región á propósito para fundar una colonia.

CAPÍTULO IV

SUMARIO: 1. Motezuma levanta una factoría á ruego de Cortés, y facilita un puerto.—2. Ofrecimientos del cacique de Guazacalco.—3. Sublevación de Catamazín.

CUANDO se hubo enterado Cortés de la bondad de esta tierra de Tachintebec, pidió á Motezuma que en nombre de nuestro gran Rey erigiera allí una casa en la cual se refugiaran los que fueran á recoger oro. Parecióle bien, y mandó á los arquitectos reales que estuvieran dispuestos. Fué tanta la diligencia de sus ministros, que en el espacio de apenas dos meses levantaron un palacio capaz de cualquier gran príncipe, y para toda su real familia, de modo que nada les faltara. Al mismo tiempo que edi-

ficaban la casa, sembraron en un momento muchísimos celemines de granos de maíz, con que hacen el pan, y muchos fréjoles y varios géneros de legumbres, y dos mil árboles de los que crían la almendra monetaria *(cacao)*, de los cuales en otra parte hemos hablado más latamente. Por desvarío tendrán los hombres de menguado ingenio eso de que se coja de los árboles moneda.

Fuera del edificio mayor levantaron otros tres destinados á los servicios del palacio, y grandes estanques de agua dulce, donde se cría abundancia de peces y aves acuáticas, ánades en particular, que de una vez mandó echar quinientas por que les sirven más por las plumas, con que hacen muchas clases de velos desplumándolas todos los años al entrar la primavera. Añadió también mil quinientas gallinas, que son mayores que nuestros pavos y no menos buenas, como otra vez lo dije, para que las comieran entonces, y para que cria-

ran en adelante. Además, todos los instrumentos que se emplean en el cultivo de los campos y en las faenas rústicas.

Escribe Cortés que aquel palacio en tan breve tiempo construído, si se pudiera vender, valdría más de veinte mil castellanos de oro, y que en España no hay ninguno como él. Lo que me dicen eso digo.

Preguntado después Motezuma dónde habría un puerto bueno para nuestras naves, respondió que no lo sabía, porque nunca había tenido cuidado de cosas de mar; pero que le daría dibujada toda la costa para que él escogiera sitio á su gusto, y envió con españoles algunos maestros conocedores de aquella costa: recorrieron varias partes.

2. En la provincia de Guazacalco, cuyo cacique es enemigo de Motezuma, aquél admitió á los españoles, pero no á los motezumanos; dijo que había oído hablar de la excelencia y valor guerrero de los nuestros desde que sojuzgaron á los de Potenchian, y que desde en-

tonces estaba deseando la amistad de los nuestros; dijo que les deseaba feliz venida, y les mostró la gran desembocadura de un río que dicen es profundo, y por tanto capaz de grandes embarcaciones.

Allí se comenzó á erigir una colonia á ruego del cacique, que hizo construir á sus subordinados seis casas al estilo de aquel país, prometiendo más si era menester, é invitó á los españoles á que se quedaran allí siempre si querían establecerse en su territorio, y aun dentro de la ciudad si lo preferían. En señal de su anhelada amistad envió á Cortés regalos, aunque no magníficos, y mensajeros que le ofrecieran homenaje. Volvamos á los asuntos de Motezuma.

3. Detenido Motezuma ó, por hablar con más verdad, reducido á decorosa servidumbre, Catamazín, súbdito y pariente de Motezuma, dueño de la provincia Hacoluacana, cuya capital es Tescuco, se emancipó, declarando que desde entonces no obedecería ni á Cortés ni á Mote-

zuma, y se levantó soberbiamente contra los dos. Este domina en cuatro ciudades, por lo cual se llama Nahautecal, porque *nahau* es cuatro y *tecal* señor, aunque bajo el mando de Motezuma, como Vuestra Beatitud sabe que sucede en nuestros reinos de Europa: en Alemania bajo los emperadores, en España y en Francia bajo los reyes hay potentados, aunque sometidos á los césares y reyes con los territorios en que mandan.

La principal de aquellas ciudades, llamada Tescuco, dicen que tiene treinta mil casas, y que es notable por sus egregias murallas, sus magníficos templos y edificios. Las otras dicen que son de tres mil y cuatro mil hogares, con villas, pueblos y aldeas ricas y dotadas de fértil suelo.

Cuando los mensajeros le invitaban á la paz en nombre de Cortés, respondió con altanería: «¡Y qué! ¿pensáis que nosotros somos tan cobardes que nos queramos semeter á unos advenedizos como vosotros?»

Y acusó seriamente al rey Motezuma porque se había entregado tan cobardemente en poder de los nuestros; dijo que si iban sabrían quién era él, y agitando los brazos añadió: «Que vengan cuando quieran.»

CAPITULO V

SUMARIO: 1. Motezuma se encarga de someter á Catamazín. — 2. Autoriza una derrama propuesta por Cortés. —3. Productos de ella.

CUANDO le contaron esto á Cortés, deseaba atacar á Catamazín; pero Motezuma le aconsejó que no lo hiciera. Que sobrevendría una catástrofe si aquel rey venía á las manos, por ser Catamazín poderoso y señor de egregios guerreros, y que la victoria sería dudosa y, si venciese, sangrienta. Opinaba que debía echarse mano de astucia y ardides. Dijo que le dejaran á él esta empresa, que él le bajaría los humos fácilmente á Catamazín, que quería reprimir su temeraria insolencia, lla-

mando á sus nobles caudillos asalariados.

Estos caudillos tenían intimidad bajo Motezuma con Catamazín y sus familiares, y sobornando á éstos, mandó procurasen prender á Catamazín y presentárselo á la fuerza, y, si vieran que era menester, le matasen. Hay muchos rodeos, es larga la historia; basta saber cómo se llevó á cabo. Los caudillos pusieron por obra fácilmente lo que les había mandado su señor, se apoderaron de noche de Catamazín, que estaba descuidado y sin temor ninguno; con lanchas lo llevaron de su propia casa, que está en la orilla del lago salado, á la corte lacustre tenustitana: se lo entregó á Cortés, y aprisionándole y poniéndole grillos, sustituyó en el reino á su hermano Cacuscazín, que obedecía á Motezuma. Esto deseaban los pueblos de aquellas ciudades, porque Catamacín los gobernaba con demasiada soberbia, y ni su hermano se atrevía á vivir con él porque era por demás obstinado y terco.

2. Pasados pocos días, Cortés aconsejó á Motezuma que á los próceres que, habiendo oído el discurso de su rey sobre prestar obediencia al gran Rey de las Españas, habíanse vuelto á sus tierras, se enviaran mensajeros que pidiesen á cada uno de ellos una parte de las cosas que poseyesen para enviarlas al gran Rey de las Españas, porque estaba metido en edificar cierta gran mole sin término, y en ansiedad por haber emprendido su construcción.

Accedió Motezuma á la demanda. De sus próceres, familiares y amigos, como sucede en las casas de los reyes por el trato que tienen interiormente, envió dos ó tres á cada caudillo, con los cuales mandó Cortés otros tantos españoles. Es ya tanto el miedo que tienen, que, con oir tan solamente el nombre de los españoles, ninguno sabe ni balbucir ni pensar sino de lo que se le manda.

3. Recorrieron por diversas partes cincuenta, sesenta, ochenta, ciento y más leguas, y recogieron y

trajeron muchos dones. Fué tanta la abundancia de oro, que escribe Cortés que de lo recogido la quinta parte debida al Rey ascendió á treinta y cuatro mil castellanos de oro, y ya sabe Vuestra Beatitud que un castellano excede en un cuarto al ducado.

Además del oro, que se había de fundir, trajeron muchas preciosas joyas de gran peso y valor y muy hermosamente formadas, en las cuales el arte vencía á la materia, pues tienen habilísimos operarios de todas las artes, principalmente los que trabajan en oro y plata, lo cual de ninguna manera es desconocido de Vuestra Beatitud pues que ha visto no pocas, y alguna vez admiró su arte cuando estaba entre nosotros antes de ocupar el sublime trono. También dice Cortés que trajeron una cantidad no despreciable de piedras preciosas. Pero de la plata recogida, escribe Cortés que el quinto del Rey hizo más de cien libras octunciales, que los españoles llaman marcos.

De los muebles, tapetes, vestidos y adornos de camas refieren cosas increíbles, pero dignas de creerse cuando un hombre tal se atreve á escribirlas al César y á los senadores de nuestro colegio de Indias, añadiendo además que calla muchas cosas por no ser molesto hablando de tantas. Lo mismo dicen los que han regresado á nosotros desde allí. Las cosas que ha recibido del mismo rey Motezuma son tan admirables por su valor y arte, que juzgo debe no decirse hasta que las veamos. Vimos con Vuestra Beatitud en la célebre ciudad de Valladolid las primeras que vinieron, y que hemos descrito en la Década cuarta. Escribe que enviará muchas de ellas dentro de poco. Dicen los que vienen que aquellas primeras son muy inferiores en número, calidad y precio.

CAPITULO VI

SUMARIO: 1. Relación que Cortés envía de Méjico. 2. Acueducto y puertos. — 3. Comercio.

DESCANSABA Cortés, y no sabía qué hacer con tantos y tan felices sucesos. Confiesa que, contemplando el poder de Motezuma, la amplitud del imperio, el orden de su hacienda, su elegancia y abundancia, no sabe por dónde echar, ni cómo comenzar su narración.

Sin embargo, dice que quiere empezar por aquella provincia en que están aquellas lagunas y la inmensa ciudad tenustitana, y otras muchas. De las demás, después. Dice que la provincia se llama

Messica *(Méjico),* rodeada de altas montañas. En esta planicie están situadas aquellas dos lagunas, dulce una y salada la otra, como ya se ha dicho. Dicen que esta planicie tiene un ámbito de setenta leguas, que ocupan en su mayor parte las lagunas.

Estando colocada la ciudad tenustitana, domicilio del gran rey Motezuma, en el centro de la laguna salada, por cualquier parte que á ella se vaya dista de tierra legua y media, y á veces dos leguas, y la laguna está cubierta de día y de noche de lanchas que van y vienen. Se va también como desde los cuatro lados por cuatro puentes de piedra, hechos á mano, en su mayor parte perpetuos y sólidos, aunque abiertos y cortados á trechos con vigas levadizas echadas en aquellas puertas, á fin de que las aguas en el flujo y reflujo tengan libre el paso, y para que se puedan elevar fácilmente si les ocurriera algo adverso. Dicen que aquellos puentes tienen dos picas de ancho. De éstos

hemos descrito uno en el encuentro de Motezuma con Cortés. Por él fórmese idea de los demás.

2. Por uno de los puentes se trae á la ciudad un acueducto, pero sin obstruir el puente : toda la ciudad bebe de él. Á trechos hay sitios destinados á los cuestores regios que guardan las lanchas que llevan á vender el agua á los aguadores por la ciudad. Allí exigen el tributo. Este acueducto tiene dos álveos. Cuando se ensucia por el musgo del agua que corre, dirigen al otro la corriente hasta que el primero quede limpio. Así sucesivamente limpiados, beben en toda la ciudad agua purificada. Dicen que la cabida de este acueducto iguala al tamaño del cuerpo de un buey.

Pero ¡qué diré de los numerosos puentes que hay en la misma ciudad, por los cuales los vecinos se comunican entre sí! Son de madera, todos anchos, de manera que pueden pasear juntos diez hombres. Dicen que son muchísimos, y no se debe pensar menos, pues los ca-

minos son en su mayor parte de agua, y hay otros terrestres, como puede verse en nuestra insigne república de Venecia.

3. Dicen, además, que hay muchas otras ciudades, fundadas ya en una y otra laguna, ya en sus orillas, ya en la misma agua, como en Venecia. La misma ciudad tenustitana dicen que tiene cerca de sesenta mil casas, á lo cual, si son verdaderas las demás cosas que cuentan, nada se puede objetar. Hay en ella plazas muy espaciosas, principalmente una, rodeada por todas partes de pórticos. A ella acuden mercaderes y otros negociantes.

Hay allí buenas tiendas de todo lo vendible: de vestidos, de comida y de ornatos, tanto guerreros como civiles, muy cómodos. Se pueden contar cada día en los mercados y las ferias sesenta mil compradores, que en lanchas llevan de sus pueblos á la ciudad los productos de su patria, y se traen algo extranjero. Como entre todos nosotros, la gente del campo, con bu-

rros ú otras bestias de carga ó carros, de sus aldeas ó campos llevan á los pueblos vecinos ó ciudades lo que con trabajo ó diligencia han recogido, como leña, paja, vino, trigo, cebada, aves y otras cosas así, para por la tarde llevarse de vuelta con qué remediar su necesidad ó su apetito.

Y hay allí otra cosa que les viene muy bien á los comerciantes y á todos los forasteros. No hay una plaza ni encrucijada de dos, tres ó cuatro calles, en que no haya figoneros. Encuéntranse allí á todas horas y momentos comidas asadas y cocidas de aves y cuadrúpedos. Bueyes, cabras y ovejas no tienen. Las carnes que usan son de cachorros, que, como ya dijimos, los castran y ceban para comerlos, y de ciervos tienen gran abundancia y son diestros cazadores; liebres y conejos, tórtolas y tordos y becafigos, perdices, francolines y faisanes, cría también aquella tierra.

Entre las aves domésticas, patos, ánades, pavos, que los nuestros lla-

man gallinas, los cría cada uno en su casa, como entre nosotros lo hacen las mujeres del campo. Ya dije alguna vez que se parecen en lo grande y en el color de la pluma á las pavas, pero nunca he descrito sus costumbres. Las hembras ponen veinte huevos, á veces treinta, de modo que el número siempre se está aumentando. Los machos están siempre en celo, y por eso son muy ligera comida. Delante de las hembras se están siempre mirando, y, como nuestros pavos machos, con las colas levantadas en forma de rueda; están todo el día paseándose y cruzando delante de sus amadas hembras, como lo hacen también nuestros pavos, y después de dar cuatro pasos ó pocos más, á cada momento, arrastrándose, hacen ruido cual enfermo de alta fiebre cuando del frío le rechinan los dientes. Ostentan en las plumas del cuello diversos colores; á su arbitrio, brilla ahora azul, luego verde, después encarnado, según el vario movimiento de la pluma,

cual elegante joven enamorado que quiere agradar á su amiga.

Una cosa me contó cierto sacerdote, Benito Martín, gran indagador de aquella tierra, que dice la aprendió por experiencia, y que á mi espíritu le es difícil creerla. Dice que crió muchas bandadas de de estos pavos, y que con gran anhelo observó la generación de ellos. Cuenta que al macho le embarazan ciertos impedimentos de las piernas, de modo que apenas puede tomar la hembra para juntarse como algun conocido no la sujete con la mano, y que ni la hembra rehusa que la cojan, ni el macho se espanta de acercarse; así que ve que tienen á su amada, va de seguida y hace su negocio en manos del que la tiene. Así lo cuenta él, pero los compañeros declaran que eso sucede rara vez. Tienen gran abundancia de huevos de estos pavos, de gansos y de ánades, ya se quieran crudos, ya condimentados de diversos modos ó puestos en tortas.

También hay entre ellos abundancia de pescados de río y de estanque, de mar no, pues está muy lejos, y los negociantes los logran crudos, asados, cocidos, conforme quieran. De las frutas nuestras, tienen cerezas, ciruelas y manzanas de varias especies, pero muchos géneros desconocidos para nosotros. Mas para el apetito sensual se venden vivas toda clase de aves de rapiña, y sus pieles enteras rellenas de algodón, de modo que el que las mira cree que están vivas.

Cada calle tiene separadamente sus artífices. A los herbolarios y boticarios los estiman mucho para cuidar de la salud. Tienen también muchos géneros de verduras, lechugas, rábanos, mastuerzo *(nasurcium),* ajos, cebollas y otras muchas además. Mieles y ceras recogen algunas de los árboles, y las nuestras de abejas.

De aves y cuadrúpedos, y pescados, y otras cosas de comer y sensuales, ya basta. Con qué dinero

se adquiere esto, es muy hermoso el oirlo; ya lo ha oído Vuestra Beatitud, y yo lo he escrito otras veces.

LIBRO IV

CAPITULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Cacao-moneda y chocolate primitivo.—2. Comercio é industria. —3. Tribunales.—4. Trasportes y herramientas.

YA dije que la moneda corriente de ellos es cierto fruto de unos árboles parecido á nuestras almendras, que le llaman *cacao*. Tiene dos utilidades: sirve de moneda, y la almendra aprovecha para hacer una bebida. Por sí no vale de comer, porque es algo marga, aunque tierna como la almendra; pero triturándola se guarda para hacer esa bebida, y echando en agua una porción de aquel polvo

y revolviéndola un poco, resulta una bebida digna de un rey.

¡Oh feliz moneda que da al humano linaje una bebida suave y útil, y á sus poseedores los libra de la tartárea peste de la avaricia, porque no se la puede enterrar ni guardar mucho tiempo!

Hacen también otra multitud de bebidas, como acontece comúnmente en la tierra natal de Vuestra Beatitud con las cervezas y la sidra, machacando y cociendo en cubas ó hidrias el grano de maíz y frutas, y aun algunas hierbas, de las cuales bebidas hay próximas á los mercados tabernas de figoneros, en las que preparan comidas.

Eso que jamás se había oído de la moneda, lo supo Vuestra Beatitud antes que marchara de España; pero aún no sabíamos cómo aquel árbol se planta, se cría y crece: mas ahora todo lo sabemos mejor.

Aquellos árboles se crían en pocos lugares, pues se necesita una región cálida y húmeda dotada d

cierta benignidad de clima. Hay caciques cuyas contribuciones y rentas son únicamente el fruto de esos árboles; á cambio de él se hacen con lo necesario, digo, con esclavos, vestidos y lo conducente al ornato y demás. Los mercaderes les llevan mercancías de varias cosas y sacan abundancia de esos frutos, de que gozan las demás provincias. Así corren esas almendras para que de ese modo todos los comarcanos participen de eso. Así sucede en todas partes, pues los que tienen aromas, oro, plata, acero, ó hierro, ó plomo ú otro metal nativo, con eso que su patria les da consiguen lo extranjero que desean, yéndose por las tierras de otros que necesitan de aquellas mercancías, ó por la humana flojedad les parece que necesitan de ellas, y trayéndose lo que conocen que ha de agradar á sus conciudadanos para hermosear la naturaleza con esta variedad de cosas. Así se vive en el mundo. Así tiene que decirse.

Pero ahora debe referirse cómo

se crían estos árboles. Se plantan al abrigo de cualquier otro árbol, á fin de que, como el niño en el seno de su nodriza, estén libres de los ardores del sol y de la furia de las tempestades; pero después que crece de manera que pueda extender sus raíces, y ya endurecidas pueda gozar del sol y del aire, se corta ó se arranca el árbol protector. Basta ya de la moneda. Lo cual, si no lo quieren creer las almas vulgares y estrechas, pido que no se les obligue á ello.

2. Se vende también en las plazas y mercados tenustitanos todo lo concerniente á la construcción y ornato de las casas: maderas, leñas, combustibles, cal, yeso y ladrillos, y piedras labradas para tal uso. Se venden asimismo vasijas de barro de muchas clases, hidrias, cántaros, fuentes, copas, marmitas, platos, barreños, sartenes, escudillas, pucheros y toda clase de vasijas labradas.

De acero é hierro carecen. Abundan el oro, la plata, el estaño, el

plomo y el latón. Ya quiera uno toda clase de metal en bruto, ya fundido, ó forjado, ó trabajado, ó bien cualquier joya, la encontrará preparada. Cuanto ven con sus ojos los artífices, son tan diestros que lo forjan y lo cincelan tan bellamente que emulan á la misma naturaleza. No hay forma de ave, ni cabeza de cuadrúpedo ó figura, que no tenga Motezuma imágenes muy semejantes á las vivas, y cualquiera que las ve de lejos juzga que están vivas, lo cual no difiere mucho de lo que sabe Vuestra Beatitud, pues vió no pocas en el regalo que trajeron, antes de encaminarse de España á Roma.

3. Hay otra cosa que no debe callarse. En el espacioso campo de la plaza mayor está la gran casa senatorial. Allí se sientan perpetuamente con autoridad diez ó doce varones ancianos para juzgar como jurisconsultos de los asuntos que ocurran. Asístenles ministros lictores con sus cetros para ejecutar lo que manden; también están los

ediles, que cuidan de los números y las medidas. Si usan de pesos, no se ha sabido aún.

4. Otra cosa hay digna de admiración. Dije que en aquella ciudad rodeada de la laguna salada hay abundancia de todo, siendo así que no tienen bestias de carga, mulos, ni asnos, ni bueyes, que arrastren carros ó carretas. Muchos preguntarán, con razón, cómo llevan aquellas cosas, principalmente las grandes vigas y piedras á propósito para hacer los edificios, y otras cosas como ésta. Sepan que todo se lleva en hombros de los esclavos, y no deja de ser admirable que, careciendo de hierro y de acero, fabriquen todas las cosas tan linda y elegantemente. Sepan que todo se forma y se trabaja con piedras.

Al principio de este tan gran descubrimiento logré una piedra de ésas del mismo Cristóbal Colón, Prefecto marítimo, que en español se llama Almirante, que me la regaló. Era de color obscuro de esmeralda, atada alrededor en un palo muy

duro, que le servia de mango. Con todas mis fuerzas di con ella yo mismo en unas barras de hierro, é hice mella en ellas, sin estropearse ni lastimarse por ninguna parte la piedra. Con estas piedras, pues, hacen sus instrumentos para ejercitar las artes de picapedreros y carpinteros, y de platería y orfebrería.

CAPITULO II

SUMARIO: 1. Construye Cortés en Méjico cuatro bergantines.—2. El templo principal.—3. Colegio.—4. Ídolos y sacrificios horrendos.—5. Antropofagia.

DESPUÉS de esto, temiendo Cortés lo que suele acontecer en el flujo y fragilidad de las cosas humanas, es á saber, que cambian los volubles pensamientos de los hombres, y pensando que podía suceder que los tenustitanos, por más que Motezuma tratase de impedirlo, ó cansados de la larga molestia del hospedaje, ó tomando cualquier otro pretexto, se levantaran y tomaran las armas, viéndose rodeado de agua y de puentes cortados, construyó en la laguna salada cuatro

pequeñas embarcaciones de dos remos, que llaman bergantines, á fin de que, si sobrevenía cualquier necesidad, pudiera de una vez sacar á tierra veinte compañeros con los caballos.

Construídos los bergantines, juzgándose ya seguro con la ventaja de ellos, determinó examinar los secretos de aquella ciudad, que son de alguna importancia; primeramente visitó los templos acompañado de Motezuma; al modo que entre nosotros cada santo tiene su iglesia dedicada, así entre ellos hay en cada calle templos dedicados á sus ídolos.

2. Pero oiga Vuestra Beatitud las cosas que se refieren del templo mayor y de los ídolos principales. Dice que el templo más ilustre es cuadrado; cada lado tiene una puerta muy grande, á las cuales corresponden en derecho aquellas cuatro calles admirables, arregladas, que hacen oficio de puentes desde el continente. La grandeza del templo aquel ocupa tanto sitio

como un municipio de quinientos vecinos: está defendido con muros de piedra altos y perfectamente construídos, circunvalado también de muchas torres y levantado á modo de fuerte alcázar.

3. Entre las muchas torres dice que hay cuatro mayores y mucho más capaces que las demás, porque están en ellas los palacios y habitaciones destinadas á los sacerdotes superiores. A las primeras habitaciones se sube por cincuenta gradas de mármol. Como he dicho, éstas son las casas de los sacerdotes que tienen cuidado de los sacrificios. Los hijos de los principales de la ciudad se cierran allí de siete años, y no salen nunca ni asoman la cabeza hasta que, llegados á la edad núbil, los educan para contraer matrimonio. Durante aquel tiempo no se cortan nunca el pelo, se abstienen siempre de todo lujo, y en cierta temporada del año de comer lo que cría sangre, y mortifican su cuerpo con frecuentes ayunos para que el siervo no se insolente y dé

coces á su señora la razón. Van vestidos de negro.

Alguna de esas torres escribe que es más alta que la de las campanas de Sevilla, que es altísima, y concluye que en ninguna parte ha visto edificios mayores ni mejores, ó más artísticamente labrados. Pregúntenme los curiosos si él ha visto algo fuera de España.

4. Pero acerca de los ídolos es cosa tremenda de decir lo que refieren y cuentan los que vienen, aparte del simulacro marmóreo de Uvichilabuchichi, el más grande de sus dioses, de la estatura de tres hombres, que no envidia al Coloso de Rodas. Cuando alguno, movido de piedad para con alguno de sus númenes, determina dedicarle un simulacro, procura recoger una gran cantidad de semillas aptas para comer trituradas y reducidas á harina, que sea bastante para el grandor de la imagen que proyecta.

¡Oh cruel maldad! ¡Oh barbarie horrenda! Junto á la harina que van á amasar despedazan niños ó

niñas ó esclavos hasta reunir tanta sangre cuanta sea suficiente para hacer la masa, en vez de agua caliente. La cual *(masa)*, mientras está húmeda y blanda, esos carniceros infernales, sin que se les revuelva el estómago, la ponen bastante compacta, y como el alfarero con el barro ó el cerero con la cera, un caprichoso maestro que llaman para esta obra nefanda hace un ídolo.

He dicho otra vez, si no recuerdo mal, que no matan las víctimas degollándolas, sino que, metiéndoles el cuchillo por las costillas cercanas al corazón, les sacan el corazón vivos, y viendo ellos su miserable suerte; y así los inmolan, untando los labios de los dioses con la sangre de junto al corazón, y el corazón lo queman, y piensan que así se aplacará el odio de los dioses. Los sacerdotes les han persuadido de esta monstruosidad.

5. Muchos preguntarán, y con razón, qué se hace con los miembros y las carnes de las infelices víctí-

mas. ¡Oh asco nefando! ¡Oh náusea repugnante! Como los judíos en otro tiempo, en la ley antigua, comían los corderos inmolados, así ellos comen las carnes humanas, tirando solamente los pies, las manos y las vísceras. Forman varios simulacros de los dioses para varios efectos: para alcanzar victoria si se va á dar batalla; por la salud, por la abundancia de frutos y otras cosas parecidas, al arbitrio de cada uno.

CAPITULO III

SUMARIO: 1. Sufragios de víctimas humanas.—2. Cortés destruye los ídolos.—3. Su discurso.

VOLVAMOS á Cortés, que recorre aquel gran templo. En los palacios que antes hemos dicho que están en los templos, había grandes simulacros de grandes dioses; en los palacios había obscuras habitaciones, á las cuales se entraba por estrechas puertas sólo accesibles á los sacerdotes. Grandes salones adornados con enormes simulacros estaban dedicados á los príncipes por sepulcro; los más pequeños de lo interior estaban dedicados como túmulos á nobles y nacidos en buena

posición; según cada uno podía, así daba cada año víctimas humanas para sacrificarlas.

Entre nosotros el pobre ofrece á los santos una candelita, el rico ofrece un cirio, muchos no ofrecen más que incienso, otros cuidan de los templos que se levantan, como nosotros con nuestro incienso y nuestra cera aplacamos á Cristo y á sus santos, pero ofreciendo el fervor del corazón.

Sucedió que, andando el rey y Cortés por los salones abiertos del templo grande, algunos de los familiares de Cortés se entraron, á disgusto de los guardas, en aquellos sagrarios estrechos y obscuros con antorchas encendidas, vieron los muros teñidos de color rojo, y por observar lo que era los rayaron con las puntas de sus puñales. ¡Oh corazones de fiera! No solamente las paredes estaban rociadas con sangre de víctimas humanas, sino que encontraron sangre sobre sangre hasta el espesor de dos dedos. ¡Oh náusea repugnante! De los

agujeros hechos con los puñales dicen que salía un hedor infernal é intolerable, de la sangre podrida que había oculta debajo de la reciente.

2. Pero entre tantas cosas horribles ocurrió una digna de júbilo. Todo lo que había en los salones Cortés lo mandó desmontar, y en seguida hacer pedazos, y así destrozado tirarlo finalmente por lo alto de las escaleras; sólo dejó un coloso de mármol porque era demasiado grande y no se podía quitar fácilmente.

Alterados por esto vehementemente, ya Motezuma que estaba allí, ya todos los cortesanos, se quejaron diciendo: «¡Infelices y desdichados de nosotros! Airados los dioses, nos quitarán las cosechas con que nos alimentamos, y nos moriremos de hambre, y nos sobrevendrán, como otras veces ha sucedido por no haber aplacado á los dioses, todo género de enfermedades; ni estaremos seguros de nuestros enemigos si tenemos alguna guerra,

ni bastante seguros de los alborotos del pueblo, que si sabe esto se levantará furibundo.»

3. Y respondió Cortés á todo esto: «¿Hay algo tan malvado, algo tan necio? ¿Juzgáis vosotros dioses á los que han sido formados por manos de vuestros subordinados? Pues lo que hacen vuestros hombres, ¿tendrá más dignidad que los hombres mismos? Lo que tu artífice, ¡oh Motezuma!, ó acaso un sucio esclavo, ha hecho con sus manos, ¿será más digno que tu majestad? ¡Qué ceguedad es ésta vuestra! ¡oh qué loca crueldad, que por causa de estos insensibles simulacros dais muerte cada año á tantos cuerpos humanos! ¿Qué saben ellos, que ni ven ni oyen?

»A Aquel, á Aquel conviene adorar, que hizo el cielo y la tierra. Este es de quien proceden todos los bienes, y á quien son muy desagradables vuestros sacrificios.

»Además, es ley sancionada por nuestro Rey, del cual confesáis que desciende el que trajo á estas tic-

rras á vuestros antepasados, que todo el que hiere con hierro á un hombre ó mujer, á hierro muera.»

Luego que Cortés dijo estas cosas por medio de sus intérpretes, Motezuma, con el rostro pálido y temblándole el corazón, respondió: «Atiende, ¡oh Cortés!: hemos observado y ejercitado hasta ahora estas sagradas ceremonias que nos dejaron nuestros antepasados; pero nos alegramos de oirte que nos hemos equivocado tan grandemente y que esto de ninguna manera ha de agradar á nuestro Rey, siempre que se lo podamos persuadir al pueblo. Nuestros mayores dejados *(aquí)*, encontraron acaso que los habitantes de aquellos tiempos guardaban estos ritos, y hemos seguido la costumbre de nuestros suegros y de nuestras esposas, y no debes admirar el que nosotros hayamos caído en estos errores, si es que son errores. Promulga la ley, y nosotros trataremos de abrazarla con todas nuestras fuerzas.»

Oído esto, Cortés respondió que

hay un Dios trino en personas y uno en esencia, que crió los cielos y la tierra, el sol y la luna, con el ornato de las estrellas que rodean toda la tierra para utilidad de los hombres, y que por esto el matar á los hombres le era odioso, «el cual formó de la misma materia al esclavo y á todos los que tienen rostro humano, ya á mí, ya á ti, ya á éstos. Nacido entre nosotros de una mujer virgen, padeció por la salvación del género humano, lo que más largamente os enseñarán á ti y á éstos, sabios que han de venir. La bandera y la señal de la victoria de este Dios, es la imagen de esta cruz. Conviene en todo tener delante la cruz y la imagen de su madre Virgen»; y diciendo esto Cortés, convirtiéndose de jurisconsulto en teólogo, sacando la pequeña cruz y la imagen de la Virgen que llevaba en el pecho, la presentó para adorarla.

Así, quitada la máscara á tales monstruos, hizo Motezuma que, presente él mismo, los ministros del

templo lo barrieran y lo limpiaran muy bien, para que no quedase señal ninguna de tantas manchas de sangre. Basta ya de la sórdida religión tenustitana.

CAPITULO IV

SUMARIO: 1. Las casas grandes.—2. Educación cortesana.—3. Ceremonias á lo divino.—4. Regia molicie.—5. Regalos casi divinos.

CONTEMOS algo de las moradas de los próceres, y de las egregias casas de otros ricos. Dice Cortés que no ha visto en España palacio, ya sea de algún rey, ya de algún príncipe, al cual no se le iguale la más humilde de entre setenta casas: dice que todas aquellas mansiones, formadas con edificios de piedra y de mármol, labrados con arte arquitectónico, con pavimentos de muchas clases, con columnas de jaspe y mármol diáfano, que rodean los soportales ó grandes pórticos cubiertos de azoteas.

Añade que debe creerse todo lo que de esto se diga, afirmando que son poco menos que milagrosas, porque los reinos de Motezuma son potentísimos, en los cuales una gran multitud de próceres mandan en varias regiones, como á la sombra de la corona cesárea hay muchos nobles, duques, condes, marqueses, y otros títulos. Todos ellos, según antigua costumbre, frecuentan el palacio de Motezuma en ciertas épocas del año, y no pueden menos de hacerlo. Cada uno desea con gran empeño sobrepujar á sus compañeros en la estructura de sus palacios.

2. Las moradas de éstos las compararía á las estancias de los Cardenales en Roma, cerca de los Pontífices. Pero esto se diferencia mucho; pues los Cardenales, al edificar, cuidan sólo de sí propios, no haciendo caso de los venideros; mas éstos, según el mandato de Motezuma, miran por su longísima posteridad, pues envían sus hijos á casa de Motezuma, principalmente los primogénitos, para que se eduquen,

de los cuales hay una gran abundancia; de modo que todos los días, al salir el sol, se pueden ver, por los salones y sitios oportunos de Motezuma, más de quinientos de estos nobles jóvenes paseándose, con cuyos familiares y pajes se llenan en aquel tiempo, hasta la hora de comer, tres grandes salones y plazas que hay delante de las puertas del palacio. A todos éstos se les da de comer del peculio de Motezuma. Dice que las despensas no se cierran en todo el día, y que cada uno puede pedir bebida á los despenseros.

3. Al rey, sin embargo, nadie le ve sino cuando sale de sus habitaciones reservadas, para comer ó cenar, al gran salón que dice Cortés no tener noticia de ningún otro tan grande. Sentado él, se le presentan trescientos jóvenes vestidos á estilo de palacio, que traen cada uno los platos de diversas viandas, con carbones debajo en el invierno, para que no se enfríe la comida.

Estos nunca se acercan á la mesa,

la cual está rodeada de una cerca, y dentro de ella hay uno solamente que toma cada plato de manos de aquéllos, y se lo acerca al príncipe que está comiendo. Motezuma da, según antigua costumbre, por su propia mano, de las viandas á seis ancianos que tienen autoridad. Mientras él come, todos están descalzos.

Los pavimentos están cubiertos con esteras. Si por ventura ocurre que llama á alguno, se acerca el llamado con el cuerpo inclinado y con el rostro mirando á tierra, ni levanta nunca la cabeza hasta que no se haya apartado lejos retrocediendo hacia atras; nunca es lícito retirarse volviéndole la espalda. Nadie suele mirar al rey de frente. Con los ojos bajos y la faz inclinada á la derecha ó á la izquierda sus familiares y servidores, y hasta los mismos príncipes, escuchan lo que el rey responde, por lo cual echaron en cara á Cortés que á los españoles que había traído les permitía mirarle cara á cara. Contestó que

no era así costumbre entre nosotros, y que nuestro Rey, con ser tan grande como es, no estima tanto su mortalidad que quiera ser adorado con tanta reverencia. Agradó la respuesta.

Además, en presencia de Motezuma, en cualquier estado que aparezca, hay silencio absoluto en medio de tanta muchedumbre; de suerte que cualquiera pensaría que ninguno de aquéllos tiene respiración.

4. Cada vez que come ó cena se lava las manos en ambos lados, y se las enjuga con lienzos blanquísimos, y el que una vez usó jamás otro lo toma en la mano; todos sus utensilios tienen que quedar intactos. Lo mismo pasa con los vestidos. Cuando se levanta de la cama se viste de una manera, con que sale y se da á ver; cuando después de comer se vuelve á acostar, se muda de vestido; cuando sale otra vez para cenar, toma otro; y el cuarto cuando vuelve, y lo lleva hasta acostarse. Que cambia cada día de

tres vestidos me lo han contado de viva voz la mayor parte de los que vuelven *(de allá)*; comoquiera que sea, todos convienen en el cambio de vestidos, en que los una vez tomados se amontonan en el ropero para no verle otra vez la cara á Motezuma; pero en otra parte diremos cómo son esos vestidos, pues son ligerísimos.

Con estas advertencias no es maravilla que arriba se haya hecho mención de tantos vestidos que dió. Porque contando los años y sus días de que goza en paz, particularmente Motezuma, y las veces que cada día se muda de ropa, cesará toda admiración.

5. Pero los lectores preguntarán, y con razón, para qué recoge tal montón de vestidos. Sepan que Motezuma, á sus familiares ó á los soldados beneméritos, cuando van á la guerra ó vuelven victoriosos, suele darles una porción de vestidos como donativo, ó en vez del estipendio que hubiera de aumentárseles; al modo que Augusto, señor del

mundo, más poderoso que este Motezuma, á los que realizaban alguna hazaña mandaba aumentarles un donativo de pan que daba vergüenza, hasta que, advirtiéndole Marón que aquel exiguo donativo de pan daba á entender que era hijo de un panadero, entonces, aunque se escribe que le agradó la ocurrencia al César, se ha de creer que éste se avergonzó de que se adivinara, puesto que prometió que cambiaría de costumbres y daría á Virgilio en adelante regalos dignos de un gran rey, y no del hijo de un panadero. En vasijas de barro comió y bebió Motezuma, por más que tenía innumerables alhajas de oro, de plata y de perlas; porque apenas se llevaron las de barro, platos, platillos, fuentes, pucheros y otras vasijas semejantes, ya no vuelven más.

CAPITULO V

SUMARIO: 1. Quintas á estilo romano.—2. Las de Motezuma.

AHORA diremos un poco de los palacios y casas de campo. Cada uno de los próceres, á más de las casas de la ciudad, tienen otros no vulgares de recreo, levantados en algún campo á propósito, y junto á ellos huertos y jardines frutales, y varios géneros de hierbas, rosas y flores de buen olor, y no falta arte en el cuidado de las eras, ni en tejer alrededor las cercas de cañas, no sea que alguno éntre de repente á echar por tierra ó llevarse sus delicadas delicias.

También tienen todos en sus huertos estanques, donde nadan bandadas de diversos peces, y hay muchedumbre de aves acuáticas que nadan por encima. Si, pues, cada uno de los próceres tiene su casa de éstas, corresponde que no se quede atrás Motezuma, que es su Emperador. Este tiene tres grandes edificios en sitio retirado, para alivio de las molestias del verano.

2. En una tiene gran número de hombres monstruosos, enanos, jorobados, canos, que nacieron con una sola pierna ó con dos cabezas: hay criados destinados á cuidar de ellos.

La segunda está destinada á las aves de rapiña, donde están los buitres, águilas y demás clases de rapaces y carnívoras. Cada ave tiene su celdilla á propósito, en un gran cobertizo, con dos palos fijos, uno fuera para que tomen el sol, otro dentro para dormir. Las celdas están separadas con sus carrizos entre medias, y el cobertizo está todo por arriba con redes de made-

ra, de modo que cada ave, en su jaula, disfrute del cielo y vuele sin escaparse. Hay criados designados para ellas, no sólo para darles de comer, sino que hay cierto número de albéitares asalariados, que saben curar con arte médica los varios géneros de enfermedades que les vengan á las aves.

Lo de las aves acuáticas es admirable: allí están todas las que viven en el mar encerradas en estanques salados, y las que frecuentan las aguas dulces en estanques dulces, y en ciertos tiempos del año, vaciando el agua vieja y limpiando cuidadosamente las piscinas, se les echa agua nueva. A cada clase de aves, según su naturaleza, los criados les echan de comer, peces, hierbas, grano de maíz, que les facilitan los ecónomos y administradores de Motezuma. Alrededor de aquellos estanques hay anchos pórticos que sostienen encima postes de mármol, alabastro y jaspe. Hay otras azoteas desde las cuales Motezuma, cuando va, pueda observar

los actos y las riñas de todas las aves, principalmente al echarles de comer.

La tercera casa está destinada para los leones, tigres, lobos, zorras y otros rapaces de este género, encerrados también en sus jaulas y compartimientos. A estos animales feroces se les alimenta con pavos, de los que arriba hablamos bastante.

Aquellos edificios tienen domicilios para que, si el Rey quisiera pernoctar en ellos con su familia, lo pueda hacer cómodamente. Así lo dicen, y así lo digo. Yo lo que escriben ó cuentan de público lo creo, porque me parece que no se atreverían temerariamente á decir cosa falsa, y porque he aprendido á creer que pueden hacerse las cosas que son posibles y no milagrosas, y dicen que omiten muchas cosas por no molestar demasiado con largas narraciones los oídos del César y de sus magistrados.

CAPÍTULO VI

SUMARIO: 1. Todo el Imperio sometido á España.—2. Motezuma no quiere separarse de Cortés.—3. Angustias de éste por la imprudentísima expedición de Narváez.—4. Altanería de Pánfilo.

IENTRAS los nuestros investigaban así estas cosas, se enviaron mensajeros á las varias regiones del territorio de Motezuma, acompañados de españoles para que en nombre de su rey hicieran saber á los próceres de aquellas tierras que habían de obedecer al gran Rey de las Españas, y en su nombre á los caudillos por él enviados. Desde el Oriente hasta los últimos límites de aquellas tierras, que los terminan por Yucatán (pues juzgan que el Yucatán, que es lo primero que ven los que

van de Cuba, es isla, y aún no se sabe de cierto), dicen que hay tanto terreno que casi es como tres veces España; como que desde la ciudad de Potenchián, por otro nombre Victoria, dijimos que dista más de cien leguas la Tenustitana, y Potenchián y sus fronteras se extienden más allá, á Yucatán y á la bahía llamada Figueras, descubierta tiempo ha.

Los enviados hacia el Occidente encontraron una ciudad, también muy grande, llamada Cumatana, que, según dicen, dista como doscientas leguas de Tenustitana: y el régulo de esta ciudad, cuyo nombre no sé, y todos los que hay entre medias, y también los orientales hasta los de Potenchián, que, excepto aquellas pocas repúblicas de que hemos hablado con bastante latitud, obedecían á Motezuma, ahora ya unos y otras se han sometido á los nuestros.

2. Cortés exhortó muchas veces Motezuma á que se volviera á su palacio antiguo; pero lo rehusó di-

ciendo: «A ninguno de los dos nos conviene que nos separemos; porque mis próceres, como otras veces lo he dicho, teniendo en más su pro que nuestra tranquilidad, reclamarán sin parar para que, alborotado el pueblo, te hagan guerra; por eso unidos estaremos más seguros de su insolencia y ambición.» Sin embargo, fué algunas veces á aquellas casas por esparcimiento, y por la tarde se apeaba de la litera en casa de Cortés. Y cuando volvía, nadie le miraba de frente; tanta es la reverencia que le profesan que no se reputan dignos de su mirada. Esa superstición les viene á aquellos pueblos de sus antepasados.

3. ¿Y qué? ¿Y qué? Aun por tercera vez. ¿Y qué? Los blandos halagos de la madre fortuna, dando vueltas su rueda, se han tornado en los acostumbrados bofetones de madrastra. Dice Cortés que entró en aquella ciudad de la laguna e ocho de Septiembre del año 1519 que pasó allí muy placentero invier no y la mayor parte de la primave-

ra hasta el mes de Mayo del año siguiente, en el cual tiempo Diego Velázquez, vicegobernador de Cuba ó Fernandina, aparejaba una armada que fuera contra Cortés, por cuanto, sin contar con él y en contra de su voluntad, según arriba referí, se había resuelto á establecerse y fundar colonias en aquellas tierras. De la armada hablaremos poco más adelante : de Cortés ahora.

Mientras así estaba con Motezuma, de día en día esperando con la boca abierta el regreso de los mensajeros Montejo y Portocarrero, que había enviado con regalos al César, los naturales motezumanos del litoral le avisaron que se habían visto naves en alta mar ; pensó que era la de sus mensajeros, y se alegró.

Pero al punto la alegría se tornó en tristeza. Pasaré aquí por alto muchas menudencias que los griegos y los judíos, como qué siempre se vieron dentro de estrechos límites, insertarían en las historias si es hubieran sucedido á sus conciu-

dadanos; pero nosotros, en medio de tal amplitud de asuntos, omitimos no pocas cosas.

En suma. Era la armada de Diego Velázquez de dieciocho naves, ya carabelas con espolón, ya bergantines de dos remos, dotada de ochocientos infantes, ochenta jinetes, diecisiete cañones, como más abajo se verá.

4. Al frente de esta armada puso Velázquez un joven llamado Pánfilo de Narváez. Cortés le envió mensajeros á Pánfilo que le rogaran viniera como amigo, para que no trajera la perturbación á tan felices comienzos. Pánfilo le respondió que tenía órdenes del César para que desempeñara el cargo de capitán general de todas aquellas tierras, y mandó decir á Cortés que entregara el mando y se le presentara rendido y sin armas, para que, examinados sus actos, fuera juzgado por él ó por Diego Velázquez que le enviaba.

Cortés dijo que obedecería á la patentes reales si las mostraban al

magistrado que había dejado en la colonia de Veracruz; pero que, si no era verdad que tenía los despachos reales, se saliera de la provincia en que él había determinado establecerse, no á tomar de paso lo que encontrara, porque entiende que esto es servicio del César; que no traiga la confusión con su llegada á los grandes comienzos; que se alzarán y se rebelarán contra los cristianos todos los bárbaros ya vencidos que bajo su dirección obedecen al César y respetan su nombre, como lleguen á entender que los españoles están discordes y con tendencias opuestas.

LIBRO V

CAPÍTULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Hernán Cortés sale de Méjico en busca de Pánfilo de Narváez.—2. Le prende.—3. Feliz aventura del magistrado Ayllón.

SE discutieron mucho de una y otra parte estas cosas por medio de enviados, y no se hizo nada; Pánfilo insistía en su propósito. Entretanto, algunos de los sometidos á Motezuma le llevaron dibujadas en una tableta de corteza aquellas naves con sus cañones también y los caballos, y veintiocho arcabuceros y ciento veinte arqueros, todo lo cual estaba en tierra á la vista.

Cortés, pues, al tener noticia de esto, no sabiendo al principio qué partido tomar, estaba en brasas. Veía que, si no hacía caso, la autoridad del nuevo enemigo manifiesto tomaría fuerza, ya entre los españoles, ya entre los bárbaros. Por otra parte, era muy duro abandonar una cosa tan grande, pues temía lo que sucedió: una erupción de los bárbaros contra su gente. Por fin pensó que lo mejor sería dirigirse á Pánfilo, confiando en la autoridad que él tenía entre los que venían con Pánfilo en la isla de Cuba cuando era prefecto de la justicia *(juez)*.

Dejando guarnición en el palacio en que tenía á Motezuma, le habló á éste en estos términos: «Rey mío, Motezuma, ahora se presenta la ocasión de tu felicidad futura. Si en este tiempo el Rey encuentra que has sido leal, todas las cosas te saldrán fausta y felizmente. Me marcho á ver qué es esto: procura que en mi ausencia no ocurra novedad. A tu lealtad encomiendo los espa-

ñoles que dejo en obsequio tuyo.» Motezuma prometió toda ayuda, y dijo que tendría á los españoles como parientes. «Vete con buena estrella; y si ellos tocan mi frontera con ánimo hostil, avísamelo y los mandaré debelar y echar de mis tierras.»

Dejando, pues, guarnición, y haciendo á Motezuma y á su hijo algunos regalos agradables, emprendió el camino en busca de Pánfilo, que se había situado en Cempoal y había seducido á sus ciudadanos en contra de Cortés. Andaba con ánimo de perturbar cuanto encontrara.

2. Dirigióse á él Cortés. Dejando á un lado rodeos, llamó á su Alguacil, que es el ejecutor de la justicia, á quien el latino llama soldado como en

Rarus venit in coenacula miles.

Le envió delante con ochenta soldados, y usando de su derecho de Pretor le mandó prender á Pánfilo. Seguía de refuerzo él con los otros ciento setenta. Así, pues, con doscientos cincuenta hombres atacó

á Pánfilo, no desprevenido porque le habían dado aviso sus espías. Pánfilo se había pertrechado en la torre alta del templo de aquella ciudad, y había colocado en las gradas de la escalera ocho bombardas. Este Pánfilo, más terenciano que Héctor de Troya, con ochocientos soldados *(que tenía),* es cercado, atacado y preso. Juzgamos que sus soldados no se atrevieron á alzar la cara contra Cortés, que siendo Pretor urbano en Cuba les había infundido miedo alguna vez; también creemos que antes la astucia de Cortés seduciría á los principales, para que en el momento de obrar no desenvainaran sus espadas. Aquí se murmura contra Cortés mucho, que algún día se sabrá. Comoquiera que sea, resistiéndose un poco Pánfilo, le sacaron un ojo. Así á este Pánfilo, que poco antes brillaba con dos ojos, se lo llevó tuerto con sus principales compañeros los centuriones que habían sido fieles á su caudillo, que se comprende fueron pocos.

3. Había seguido á Pánfilo cierto Licenciado Ayllón, distinguido jurisconsulto y uno de los senadores de la Española. Este, en nombre del senado de la Española, que da la ley á todas aquellas partes, había mandado á Diego Velázquez que no enviara aquella armada contra Cortés, no diera ocasión á un mal tan grande; este asunto le decía que debía resolverse por autoridad del Rey, no por las armas, y había venido á decir esto mismo á Pánfilo; con todas sus fuerzas trabajó por apartar de tal intento á los promovedores de la armada. No obedeció entonces el terenciano Pánfilo, sino que, echando grillos al propio senador, lo enviaba á Cuba en una nave á Diego Velázquez, inventor de la tal armada.

Fué tal la maña del Licenciado, que, ganando á los marineros, llevó él presos á la Española en la misma nave á sus guardias. Así se hacen las tortillas en el regazo de la fortuna. Estas son cosas menudas; vengamos á las gordas.

CAPÍTULO II

SUMARIO: 1. Reforzado Cortés, vuelve á Méjico y encuentra sublevada la ciudad.—2. Salidas infructuosas denuncian la gravedad de la situación.

TODOS los que habían seguido á Pánfilo se unieron á Cortés, reconociéndole por Pretor urbano. Envió las naves á Veracruz para que hicieran saber la victoria á la guarnición de aquella colonia. Con los restantes se encaminó á Tenustitán, y despachó delante un mensajero que diera noticia de lo sucedido á Motezuma y á los que había dejado allí. Este enviado recibió muchas heridas en el camino, y apenas escapó llorando; volvió con la noticia de que estaba todo revuelto en la ciudad Tenus-

titán, que se habían sublevado los bárbaros, que habían quemado los cuatro bergantines aquellos de que arriba hicimos mención fabricados para defensa de los nuestros, y que, sitiada nuestra guarnición, se hallaba en el último extremo muy apretada á hierro y fuego, y que habían interceptado todas las provisiones. Añadió que habrían perecido todos si no se hubiera opuesto Motezuma, á quien tampoco obedecían ya los de la ciudad.

Acercóse Cortés á la orilla de la laguna salada con su acompañamiento, y mandó una canoa unilígnea para explorar lo que pasaba. Salióle al encuentro otra en que iban un mensajero de Motezuma y otro de los soldados españoles sitiados, para notificarle á Cortés el apuro de los nuestros. Se puso en claro que aquello se hacía contra la voluntad de Motezuma. Los mensajeros le exhortaban á que se diera prisa; el enviado decía que con su venida esperaba Motezuma que se aplacaría la promovida sedición.

Así, tomando unas canoas, pasó apresuradamente el día 24 de Junio al palacio en que estaba la guarnición, y Motezuma lleno de ansiedad por aquel tumulto. Se encontró levantados los puentes de madera que á trechos cortan los de piedra. Al principio creyó que era por temor, pero muy lejos de eso: habían resuelto morir primero que sufrir por más tiempo tales huéspedes que retenían á su rey bajo apariencia de guardar su vida, ocupaban su ciudad, conservaban á expensas de ellos, para su vergüenza y ante sus ojos, á sus antiguos enemigos los tlascaltecanos, guazucingos y otros además; que consumían las provisiones difíciles de lograr, porque, rodeados de agua, necesitan naturalmente de todo; que no cesan de injuriarles, les imponen tributos, cualquier cosa preciosa que encuentran entre ellos la apetecen y por la fuerza ó con ardides procuran hacerse con ella; que finalmente habían roto las imágenes de los dioses y les habían quita-

do los antiguos ritos y ceremonias.

Alborotados por estas causas los príncipes de la ciudad, y con ellos los próceres de fuera que gozaban de familiaridad con su rey, y en la casa de éste educaban desde niños á sus parientes é hijos, resolvieron con entusiasmo rabioso exterminar aquella gente, como los labradores suelen arrancar los cardos de las mieses. Sin orden del rey, antes resistiéndose con todas sus fuerzas, acometieron la empresa de atacar al palacio, matar á los soldados ó consumirlos de hambre. Por lo cual los nuestros se veían ya reducidos al último extremo si no hubiese venido Cortés, con cuya llegada volvieron á tomar poco á poco el aliento que ya se les iba, no quedándoles esperanza alguna. Habían fortificado el palacio á manera de castillo, y lo dominaba una alta torre de templo cubierta de pinos alrededor. Desde los pinos y las defensas hacían graves daños á los nuestros, tirándoles piedras y dardos.

Cuando los bárbaros entendieron que había venido Cortés con tropas auxiliares y juntádose con los suyos, comenzaron á pelear con más ferocidad y rabia: negra nube de piedras y dardos, y la espesura de las flechas y de todo género de armas arrojadizas, les cubría el cielo á los nuestros: llenaba los aires el griterio que levantaban hasta las estrellas, porque era innumerable el número de obstinados combatientes.

2. Contra los que peleaban en lo llano, envió Cortés desde el castillo un capitán con doscientos españoles: hizo algún estrago en los bárbaros; pero rodeado de tal muchedumbre, no pudo romper el escuadrón de ellos. Difícil le fué la vuelta al castillo, pero salió abriéndose paso con las espadas. Entre los muertos fué él herido gravemente y dejó muertos á cuatro de sus camaradas.

Cortés cayó por otra parte sobre los contrarios; poco daño les hacía, porque, así que habían tirado las piedras y los dardos, se refugiaban

en las torrecillas que los españoles llaman azoteas, que están construídas en abundancia por toda la ciudad. Atroz fué la lucha por mucho tiempo. Cortés se vió precisado á retirarse de ella al castillo, lo que apenas pudo hacer, no sin peligro, habiendo muerto muchos de sus compañeros por la violencia de las piedras y de varios géneros de dardos.

CAPITULO III

SUMARIO: 1. Los mejicanos estrechan el sitio de Cortés.— 2. Ochenta bajas de españoles en un día.—3. Cortés herido hace testudos inútilmente.—4. Muere Motezuma de una pedrada de los suyos.

VUELTO Cortés al castillo, renovaron los bárbaros el ataque: por todos los lados buscaban por dónde entrar ó arruinarlo. Arrimados á las puertas, se empeñaban en prenderle fuego. Los defensores, con las balas de las bombardas, á tiros y flechazos, traspasaban á muchos de los asaltantes; pero los sobrevivientes se adelantaban tenazmente por los cadáveres de sus compañeros s. era menester, renovando la lucha. Dicen que duró desde la aurora hasta la tarde. Este trabajo era in

tolerable para los nuestros, porque se veían precisados á estar todos sobre las armas todo el día; mas para ellos era mucho más ligero, porque á cada cuarto de hora, en lugar de los cansados, muertos ó heridos, ocupaban los puestos otros sanos y de refresco, y no venían menos contentos al peligro que de él se apartaban los cansados: tanta es ya la ofuscación del odio concebido. Se exhortaban alternativamente á arrojar de los propios lares á estos huéspedes, diciendo que no puede haber vida tan hermosa como es hermoso y honorífico el luchar por sacudir tal yugo de la cerviz ó morir por la libertad de la patria. Así, durante todo el día, como lobos rabiosos alrededor del redil, insistían en la lucha: por la tarde cesaba ésta. Pero durante toda la noche movían tan fuerte gritería, que con su ruido ensordecían la vecindad: ni dentro del castillo podían oirse unos á otros; tanto era el retumbo de los gritos.

2. Cuando los bárbaros se re-

tiraron aquel día, pasando lista vió Cortés que habían sido heridos ochenta de los suyos. Al día siguiente, que fué el 24 de Junio, acudieron más gravemente que de costumbre, y se emprendió una lucha atroz. Enfiló contra los enemigos trece cañones de campaña, y puso al frente los arcabuceros y arqueros. ¡Oh maravillosa valentía! Aunque de cada cañonazo caían traspasados diez, á veces doce de ellos, y saltaban sus miembros por el aire, no por eso cejaban. A estilo de los germanos y suizos, al punto cerraban la falange por cualquier parte que habían abierto brecha las balas. Al otro día, obligado por la suma necesidad de todo, se propuso probar fortuna al descubierto. Salieron como leones rabiosos los españoles estimulados por hambre cruel, se echaron sobre los enemigos, mataron á muchos y tomaron algunas casas contiguas al castillo. De los puentes de madera que cruzan las vías ganaron algunos más por la tarde, y se vol-

vieron los nuestros con no menos hambre.

3. Herido Cortés y cincuenta compañeros, apretando más y más la necesidad, en particular la penuria de trigo, se vieron obligados á inventar ardides, con los cuales hicieran más daño al enemigo y pudieran atraerlo á la paz. Construyó durante la noche tres máquinas de guerra, de madera, cubiertas de tablas á modo de caja cuadrada, lo que en el arte bélico se llama *testudo,* instrumento capaz de veinte guerreros. Poniéndoles ruedas, las sacaron: los que iban dentro eran arcabuceros y arqueros. Las guiaban por la espalda los leñadores con hachas y azadones, pensando que podrían derribar las casas y los parapetos enemigos. Pero desde las azóteas que dominaban las calles, tiraban tantas piedras y dardos á las testudos, que les rompieron la cubierta, y así fué preciso volverse arrastrándolas al castillo.

4. Mientras esto sucedía, el desventurado rey Motezuma, á quien

tenían consigo los nuestros, pidió que le llevaran á la vista de los combatientes, que él procuraría desistieran del ataque: le llevaron con mala suerte á un terrado descubierto frente adonde más se apiñaban los que atacaban. Cayó sobre los defensores semejante torbellino de piedras, que ninguno asomó la cara que no se retirara contuso. Allí Motezuma, rey poderosísimo, hombre bueno de su natural y bastante discreto, encontró el fin miserable de su grandeza y de sus placeres. Herido por los suyos de una pedrada, exhaló su alma, señora de tantos reinos y que infundía temores á tantos pueblos. Los nuestros entregaron á los de la ciudad el cuerpo para que lo enterraran. No saben ya más. Pues no pudieron hacer más que pensar cada uno en salvar su vida.

LIBRO VI

CAPITULO PRIMERO

Sumario: 1. Cortés al habla con sus obstinados sitiadores.—2. Resuelve tomar la ofensiva.—3. Salidas infructuosas.—4. Toma él mismo la torre.

Al día siguiente, llamando al sitio en que había sucedido la calamitosa desgracia de Motezuma á los caudillos de la guerra, los principales de la ciudad y los parientes del rey, entre los cuales estaba su hermano el señor de Iztapalapa, les arengó Cortés, les aconsejó, exhortó y amonestó que prefirieran la paz á la guerra, que si no desistían borraría de raíz aquella su tan

egregia é ilustre ciudad, su capital principal y suelo natal, que le daba lástima de la futura desventura de los que una vez había admitido por amigos.

Ellos respondieron que era en vano todo lo que Cortés hablara: declararon que querían tenerlo, no por amigo, sino por enemigo cruel; que no admitirían la paz ofrecida sino á condición de que, saliéndose con su tropa fuera de sus fronteras, les dejara libre su patria. Cortés les instó que se abstuvieran de nuevos daños y graves perjuicios. Ellos expusieron con tesón que antes morirían todos que sufrir semejante yugo; por tanto, le intimaron que pensara en retirarse y no esperase en vanas palabras. Decían que les sería dulcísima la muerte con tal que quitaran aquella servidumbre de las cervices de sus hijos y demás posteridad. Por el contrario, Cortés les expuso de nuevo lo que habían padecido las demás naciones que rechazaban su amistad, y prometía perdonar los yerros pasados.

Ellos repitieron que no querían su amistad, que no querían perdón, y aun añadieron que no dudaban de acabar con los españoles sin dejar uno, á hierro ó por hambre, y hacían ver que les sería fácil siendo tanta la muchedumbre de desesperados deseosos de morir; que nada les importaba la muerte de mil con tal que cada millar de ellos se pague con uno de los nuestros. Declararon que todos estaban firmes en esta resolución, y así, que se fuera en buena hora por donde había venido; y con tono amenazador le amonestaban que con tiempo mirara por sí y por su gente, y le rogaban y encarecían que les dejara gozar libremente de las costumbres y máximas heredadas de sus mayores.

2. Cortés, como que dentro de poco iba á perecer de hambre con toda su gente si no dominaba la violencia de los bárbaros, pues se veían ya en extrema necesidad, se vió precisado á sacar de la necesidad más alta fortaleza. También se re-

celaba que, si intentaba retirarse como se le pedía, le interceptaran el paso entre las calzadas cortadas, lo cual era fácil destruyendo, quitando ó levantando los puentes de madera. Añadíase la sospecha de que los principales de la ciudad no ignoraban que él tenía amontonados inmensos tesoros que ellos codiciaban, y no sin razón; pues confiesan los nuestros que entonces tenía recogida de todas aquellas tierras la suma de setecientos mil ducados en oro, plata y piedras preciosas. Por esto aquella noche tomó la resolución de disponerse al combate y probar lo que la fortuna de la guerra hubiera determinado.

3. Rehizo aquellas testudos que hemos mencionado. Al hacer de día salió con ánimo de destruir primero las azoteas, desde las cuales hacían daño á los nuestros tirándoles piedras y cosas semejantes, y después ocupar los puentes si podía.

Poniendo ruedas debajo de las máquinas, las arrastraban los que iban dentro. Seguían de cerca las

bombardas, que por tres lados las guardaban, como tutores, arcabuceros y arqueros con sus escudos, y les acompañaban juntamente pelotones de tres mil tlascaltecos y guazucingos.

Desde las primeras azoteas que atacaron, les arrojaron á los nuestros semejante nube de dardos y piedras, que no pudieron hacer uso de los cañones. Muerto uno y heridos muchos, se volvieron tristes al castillo. También desde la alta torre-templo, que dominaba el castillo, les hacían daños sin cuento. Los nuestros intentaron atacarla: se sube á la cima por más de cien escalones de mármol: los bárbaros que la defendían hicieron rodar á los nuestros por las escaleras, con lo cual los nuestros desmayaron, y los enemigos, ensoberbecidos, apretaban el sitio mucho más gravemente, y renovaban la lucha.

4. Cortés envuelto en tan grande calamidad, viendo que morían pronto si no ganaban la torre, porque mientras la tuvieran los enemi-

gos no podían ni sacar el dedo, tomó él un escudo del castillo, siguiéronle los más esforzados cubiertos asimismo con sus escudos, y acometieron á la torre resueltos ó á tomarla ó á morir en aquella demanda. Aunque tomaron este empeño con manifiesto peligro de la vida, les valió sin embargo la osadía. Los enemigos se empeñaban en defender los escalones, los nuestros en subirlos, y hubo ardua refriega. Por fin los nuestros se salieron con su intento, ganaron la torre y obligaron á sus defensores á tirarse desde arriba. En aquella torre, destruyendo los ídolos, habían colocado una imagen de la bienaventurada Virgen; los enemigos la habían quitado. Mandó quemar la torre aquella con otras tres, para que desde ellas no hicieran más daño al castillo.

Cuando los bárbaros perdieron aquellas torres, se desanimaron. Saliendo los nuestros la noche siguiente, quemaron trescientas casas en una calle próxima al castillo, y en otra la mayor parte, desde las

cuales le molestaban. Así, cuándo matando, cuándo destruyendo, y á veces recibiendo heridas, se trabajó por ambas partes muchos días y noches en los puentes y en las calles.

CAPITULO II

SUMARIO: 1. Perfidia de los mejicanos.—2. Resuelve Cortés salirse de Méjico.—3. Retirada costosa.

Por fin los próceres de la ciudad, con fingido temor, enviaron mensajeros á Cortés para tratar de la paz, diciendo que le obedecerían con tal que les otorgara perdón de lo pasado. Cortés contestó que le agrababa. Tenía detenido en el castillo á uno de los sacerdotes que era muy autorizado, y le rogaron que le dejara libre para tratar mediante él. Le puso en libertad y, creyéndoles, dejó de tener cuidado: sentóse á comer, cuando de repente vienen con precipitación avisos frecuentes comu-

nicando que los enemigos armados han interceptado los puentes. Cortés había rellenado ciertos espacios que los puentes de madera solían cubrir, á fin de que, si quitaban los puentes, pudieran los caballos transitar expeditamente por aquel macizo. Pero vino aviso de que habían sacado los ladrillos y tierra y todos los materiales, y que otra vez los puentes estaban intransitables y despejados los espacios aquellos; de suerte que, no ya los caballos, sino los de á pie, no podían pasar.

Saltó de la mesa, echó la caballería sobre los bárbaros, y se lanzó en medio de los enemigos, hiriendo y matando á derecha é izquierda en largo trecho; pero se arrepintió de haberse apartado tanto. Al regresar de la lucha, encontró que á la espalda estaba todo repleto de guerreros apiñados, desde el agua con lanchas, de frente y por los lados, y ocupando todo el intervalo del puente: por la espalda, los que huyendo se habían librado, le hos-

tigaban tenazmente; también le apretaban desde las torrecillas de uno y otro lado. Muchos cayeron heridos de las piedras y los dardos; también Cortés recibió una herida grave en la cabeza: pocos salieron ilesos, y éstos tan cansados que ni podían levantar los brazos.

Y luego, cuando se recogieron en el castillo, no encontraron comida tan bien condimentada con que repararse, ni acaso mendrugos de áspero pan de maíz, ni agua potable: en vino ó carne no había que pensar.

2. Así, tristes todos, pidieron á Cortés que les sacara de allí; pues cualquier día, ó morirían á manos de los bárbaros, ó sucumbirían de hambre. Escuchóles, y movido de los ruegos de los soldados y de la situación extrema en que se veían, convino en marcharse.

Preparó unas vigas para echar puentes, porque no había piedras. Con ánimo de salirse secretamente una noche, repartió los tesoros hasta la suma de setecientos mil du-

cados. Al contador, tesorero y demás ministros del Rey les asignó el quinto, diciéndoles que cuidaran ellos de él. Lo demás lo dividió para sacarlo en las grupas de los caballos.

Tenía consigo á un hijo de Motezuma y dos muchachas en rehenes, y otros varios principales cogidos en los ataques; por cuya causa, y por haber destrozado los simulacros de los dioses, se había promovido aquel tumulto popular. Ordenó la gente, escogió vanguardia y retaguardia, arregló los escuadrones, y emprendió el camino en el silencio de la noche.

3. En un instante corrió por toda la ciudad la noticia de que huían Cortés y sus compañeros. Acudió volando inmensa multitud de combatientes; se levantó gritería hasta las estrellas; por todas partes sacudían á nuestra pobre gente dardos y pedradas. El primer escuadrón alió: á los de medio y á los que ban detrás, les fué malamente.

Se han escrito muchas narracioes largas acerca de estos encuen-

tros. Sépalo en pocas palabras Vuestra Beatitud. Los bárbaros mataron muchos hombres y caballos; porque se llevaban á los hijos de su rey y á los principales de la ciudad, luchaban rabiosos. Todas las riquezas y alhajas que se llevaban los nuestros cayeron en poder de ellos, excepto lo poco que había tocado al primer escuadrón.

Era tal el furor de la pelea, que mataron, juntamente con los nuestros, á los hijos de Motezuma y á los magnates de la ciudad, con los muchos esclavos que los nuestros llevaban; y si alguna vez los jinetes regresaban hacia los que iban detrás, inmediatamente los primeros que había saltaban precipitadamente al agua; como que para ellos el nadar cual cocodrilos ó vacas marinas, es lo mismo que andar por tierra, y luego salíanse del agua trepando por los muros de los puentes, y volvían *(á pelear)*. Así, derrotados completamente y dispersos, los nuestros abandonaron todas las lagunas.

Los que pudieron escapar, hicieron alto en el campo de una ciudad terrestre llamada Tacuna. En un cerro alto de aquella planicie se detuvo Cortés para recoger las reliquias de su maltrecho ejército, y pasó la noche al raso; pues no se atrevió á fiarse de los tacunenses, que oyó andaban hablando al oído y teniendo reuniones.

Hecho el recuento, después de juntar los miserables restos, se encontró con que había dejado muertos ciento cincuenta españoles, cerca de dos mil de los auxiliares tlascaltecanos, guazucingos y demás comarcanos de ellos; perdió también cuarenta caballos, y de los hijos de Motezuma y de los magnates que llevaban presos no quedó ninguno; y lo mismo de los esclavos, que todos murieron á vista de los nuestros.

CAPITULO III

Sumario: 1. Prosigue Cortés su retirada hostigado á retaguardia.—2. Y con hambre.—3. Resistencia del soldado español.

Los tenustitanos vencedores siguieron las huellas de los nuestros, siempre luchando, hasta dar vista á esta ciudad Tacuna. Había allí espaciosa llanura, y aquella noche se llenó de gente comarcana llamada por los mejicanos; no se atrevieron á embestir á los nuestros entre las tinieblas de la noche, y esperaron el día. Cortés se aseguró por medio de espías de las intenciones de ellos y del número que se había reunido contra él. Se valió de una estratagema: hizo encender hogueras en

diversas partes, para que los enemigos creyeran que los nuestros esperarían el día quietos allí.

En la segunda vigilia mandó alzar banderas y que los soldados las siguieran comoquiera que pudieren. Uno de los auxiliares tlascaltecos que se habían librado, estando Cortés angustiado por no saber adónde le convendría y tendría que marchar, se ofreció á servir de guía porque había recorrido otras veces aquellas tierras, según aseguraba. Echó á andar, yendo de guía el tlascalteca, y llevando á los heridos graves en las grupas de los caballos ó agarrados á las colas. A los demás que estaban inútiles para la guerra, que se podían tener de pie, heridos ó debilitados por alguna otra enfermedad, los echó delante.

Apenas el último pelotón, que guardaba él con los jinetes y algunos pocos sanos, se habría apartado mil pasos de donde habían pasado la noche, cuando, al comenzar el primer crepúsculo, llegó inmensa

muchedumbre de enemigos; apresurando el paso, dieron alcance los bárbaros á nuestro último pelotón. Así que hostilizaban á los nuestros por detrás, de trecho en trecho cargaban sobre ellos los jinetes, mataban á los más y se volvían al escuadrón que seguía la marcha. De este modo persiguieron á los nuestros hasta dos leguas en continua lucha, y no se pudo andar más por lo que molestaban los enemigos.

2. Y no era menor apuro el carecer de todo, porque ni de Tenustitana *(Méjico)* había sacado cosa alguna de comer, ni caminaban seguros de los aldeanos que estaban próximos á los caminos. Desde sus casas prorrumpían en gritos desaforados, como suelen hacerlo los pastores con el lobo sorprendido en el redil hasta que ven que el lobo se ha ido lejos de la cerca. Con estas dificultades llegaron, por fin, á tierra de sus amigos los tlascaltecas.

En el segundo encuentro que tuvieron al salir de la ciudad Tenustitana, los enemigos hirieron con

sus flechas cuatro caballos, de los cuales, dice Cortés, que mataron uno y les sirvió de rica cena á él y á sus compañeros de armas, que lo comían con avidez; cinco días dicen que pasaron miserablemente con sólo grano de maíz tostado, y no hasta saciarse.

3. Omito aquí muchas cosas particulares que me hacen creer que ni los doce Hércules griegos[1] ni viviente alguno pasó tanto quedando con vida. Tantas desdichas, tantos peligros en los combates, hambres semejantes, creo que no pudiera aguantarlos nadie no siendo español. Este linaje de hombres ha nacido para sufrir cualesquier trabajos, hambre y sed, calores y fríos y prolongadas vigilias é intemperie, si hay necesidad, á mi juicio, más que otra nación alguna.

---

[1] Aunque la fábula pone muchos Hércules, pero sólo uno, griego, que yo sepa, con doce empresas principales, ridículamente disparatadas. Lo mismo da.

CAPITULO IV

Sumario: 1. Respiran los españoles en tierra de amigos. —2. Cuarenta y nueve españoles comidos por los indios.—3. Otros doce españoles comidos, y victoria de Cortés contra los antropófagos.

Por fin, á los seis días de aquella marcha, que fué semejante á huída, llegó á un pueblo de la jurisdicción tlascaltecana llamado Guazilip, que tiene cuatro mil casas, según dicen. Entró en él con recelo, temiendo lo que suele suceder en las cosas humanas, que al cambiar la fortuna hubieran cambiado las voluntades, y de amigos se hubieran tornado en enemigos; pero encontró que guardaban lealtad. Este pueblo distaba cuatro leguas de Tlascalteca.

Cuando los tlascaltecanos oyeron

la derrota de los suyos y los nuestros, y que iban á su ciudad, enviaron de mensajeros á dos principales, el uno magistrado, el otro Secustengel. También vinieron de la república de Guazucingo, amiga de los tlascaltecas, y consolaron á los nuestros en su aflicción, exhortándoles á que tuvieran ánimo, dando esperanza de futura venganza y ofreciendo para ello todas sus fuerzas; aconsejaron descansar ahora de tantos trabajos y curar las heridas, y prometían que los tenustitanos pagarían pronto su merecido por el estrago hecho en los españoles y en sus conciudadanos, muertos á la sombra de éstos.

Con este lenguaje, Cortés confirmó su ánimo, que estaba receloso, y á ruego de los enviados marchó á Tlascalteca, y á los mensajeros guazucingos les despachó alegres con ciertos regalos de cosas nuestras que les gustaban por ser extranjeras. Recibieron con amabilidad á los nuestros, y les asistieron con blandas camas y con lo nece-

sario para comer. Cuando Cortés partió hacia Motezuma, se había dejado en poder de los tlascaltecas algo de oro y plata; todo lo encontró intacto y que le habían cumplido la palabra.

2. ¿Pero de qué sirvió? Enviaba en unas cajas á la colonia de Veracruz aquellos valores, que ascendían á veintiún mil castellanos de oro, aparte de las piedras preciosas; iban escoltándolos cinco jinetes y cuarenta y cuatro de á pie: en los confines de la provincia Colúa, amiga de los de Méjico, les cogieron á todos, sin dejar uno; les inmolaron á sus dioses, y se los comieron los de Colúa, repartiéndose entre sí los tesoros.

Deteniéndose por espacio de veinte días entre los tlascaltecanos, curó los heridos é hizo tomar fuerzas á los que se encontraban mal. Después envió otra vez mensajeros á la colonia de Veracruz, y de vuelta dijeron que no había novedad en aquella guarnición. Alegróse Cortés con esta noticia; pero sus solda-

dos estaban porque les volvieran á aquella colonia para que, juntos todos, pudiesen más fácilmente hacer frente á las emboscadas y perfidias de los bárbaros. Cortés dijo que no quería volver atrás, ya que había encontrado tan leales á los tlascaltecanos y guazucingos, y les exhortó á que estuvieran dispuestos á tomar de los mejicanos venganza de tan atroces iniquidades.

3. Hay una ciudad grande llamada Tepeaca, poco distante de Tlascalteca: estas dos ciudades se tienen mala voluntad. Los de Tepeaca cogieron en su territorio á doce españoles que iban de paso, los inmolaron y se los comieron. Marchó contra ellos Cortés con grandes fuerzas de tlascaltecanos, chiurutecalenses y guazucingos. Los espías le trajeron noticia de que los de Tepeaca tenían consigo soldados que habían recibido contra los nuestros de la ciudad Tenustitana. Para decirlo en pocas palabras, dejando á un lado rodeos: los que recibieron á los huéspedes y los huéspedes re-

cibidos, fueron vencidos; la ciudad se le entregó: prometieron bajo juramento obedecer lo que Cortés mandara, y en prenda de que lo cumplirían entregaron rehenes. Nuestras bombardas y á la vez los caballos, cosas que ellos jamás habían visto ni oído, les dejaron al punto descuajados; pero ayudó muchísimo la fuerza reunida de aquellos tres pueblos.

En esta provincia de Tepeaca escogió un sitio para fundar una colonia nueva, y levantó un fuerte que llamó Segura de la Frontera. Se propuso no fiarse de los de Tepeaca, porque, á poco que les dijeran, tomarían los consejos de los príncipes tenustitanos, y porque Tepeaca corta á mitad el camino de Veracruz á estos pueblos amigos.

Mientras sucedían estas cosas, le llegaron á Cortés mensajeros de Veracruz que le notificaron cómo el cacique Panuco había derrotado de nuevo á las tropas de Garay, enviadas á aquel gran río para fundar una colonia, y que los vencidos y

que se evadieron de manos de Panuco habían acudido á Veracruz. Desde que fueron vencidos los de Tepeaca, corría por las demás naciones comarcanas la fama y conmovía los ánimos de los pueblos.

Hay otra ciudad montañosa que se llama Guacachiula: ésta envió secretamente embajadores á Cortés, ofreciéndose con lo que tenía contra los habitantes de la provincia Colúa, amigos de los mejicanos, de los cuales se quejaban de haber recibido perjuicios é insultos sin número, hasta robarles las mujeres. Los guacachiulos están á este lado de los montes, y son enemigos de los naturales de la región Colúa, que están al otro lado. Avisaron á Cortés que en las fronteras ultramontanas de Mesinga había ocultamente emboscados treinta mil combatientes, porque habían oído que los nuestros estaban próximos á las montañas con ntención de pasar á Colúa. Con doscientos infantes españoles, sólo trece caballos y tres mil auxiliares unas bombardas, marchó hacia

los guacachiulos en cuya ciudad holgaban á pierna suelta los jefes de los emboscados [1]. De presos ó muertos no escapó uno. La ciudad de Guacachiula está provista de fuertes murallas con torres y rodeada de montes, con muy fértil suelo y unas seis mil casas, según dicen, fabricadas de cal y canto. Le dan importancia dos ríos que riegan su llanura.

Dista sólo cuatro leguas de Guacachiula otra ciudad que envió embajadores ofreciendo entregarse. Su cacique huyó con los coluanos que escaparon: llamado á mandar, lo rehusó; prefirió los sufrimientos del destierro á estar sometido á los nuestros. A ruego de los pueblos *(Cortés)* subrogó en el reino á un hermano de aquél, previa la promesa que hizo á los ciudadanos de que no cambiaría de modo de pensar.

---

[1] Los coluanos estaban allí contra la voluntad de los guacachiulos, auxiliares de Cortés.

CAPÍTULO V

SUMARIO: 1.—Toma Cortés la ciudad de Izuca, pone nuevo rey y destruye los ídolos.—2. Se le someten otras muchas.—3. El sucesor de Motezuma.—4. Cortés se prepara contra la ciudad de Méjico.

ALGUNOS días después marchó á otra ciudad llamada Izuca, que distaba también cuatro leguas de Guacachiula por otro camino. En el camino advirtió que en los confines de aquella ciudad había fuerzas muy numerosas de coluanos; ciento veinte mil según escriben, los cuales creían poder evitar que los nuestros entraran en su territorio. Cerca de la ciudad tenían seis mil combatientes: los demás repartidos en puestos, pueblos y aldeas; á las mujeres, y á cuantos no podían pelear, los habían enviado con sus alhajas á los bosques

y montañas. Esta ciudad está muy defendida por el arte y por la naturaleza. Estoy cansado de contar cosas menudas. Conque allá va. La tomaron por fin. La mayor parte de sus defensores se tiró de las murallas al río próximo, porque se vieron atacados por la espalda.

Tomada la ciudad, Cortés perdonó al pueblo y mandó que hicieran volver á las familias con sus bienes. Todos volvieron contentos á sus casas, y se llenó al punto la ciudad. Por medio de dos mensajeros de ella mandó llamar al cacique huído con los mejicanos y los coluanos; pero no quiso: prefirió el destierro. Tenía éste un hermano espurio de más edad que él, y de un hijo difunto un nieto de diez años. Sólo al nieto puso en el reino, porque era legítimo, eligiendo por tutor á su tío; pero añadiendo á esta tutoría tres colegas de entre los guacachiulanos vecinos, de representación y lealtad, que cuidaran la hacienda del pupilo hasta que, entrado en edad, supiera gobernar.

Esta ciudad de Izuca cuentan que tiene tres mil casas; dice Cortés que contó desde cierto sitio alto más de cien torres-templos dedicados á sus dioses, en que se inmola sangre humana. Todas aquellas torres con sus simulacros las hizo quemar, prohibiendo que se volvieran á hacer semejantes ceremonias. Les dijo que el Dios criador del cielo y de la tierra tiene odio á los homicidas: que es contra las leyes divinas y naturales el que un hombre mate á otro hombre.

La ciudad tiene un fuerte que la domina, y está rodeada de montañas que la defienden del terrible soplar de los vientos calurosos; por eso cría inmensa cantidad de algodón. En el verano se riega todo su campo por los arroyos excavados: hay abundantes frutas de todas clases, y no faltan verduras sembradas. La llanura está llena de pueblos y aldeas.

2. Ocupada Guacachiula y sometidos los izucanos, la fama llegada á las naciones lejanas hizo ver

que la fortuna había vuelto su cara rapaz, y de madrastra se había tornado cariñosa madre. La voluntad de las gentes, como suele acontecer dando vueltas la rueda *(de la fortuna)*, se pasó rápidamente de los mejicanos á los nuestros. De todas partes llegaban á porfía embajadores entregándose y diciendo que, por miedo de los coluanos y de los mejicanos, dominadores de aquella provincia, no se habían atrevido hasta entonces á ofrecer el debido homenaje á un Rey tan grande como es el que tienen los españoles; pero que ahora, con la esperanza de estar seguros de la tiranía de los reyes vecinos mediante el favor de los nuestros, habían venido á declarar la voluntad de sus ciudades.

3. Para dar ya fin á esta narración, que ha salido bastante larga: Cortés averiguó por algunos prisioneros que en la ciudad de Méjico, después de la muerte de Motezuma habían hecho rey á su hermano, e señor de Iztapalapa. Éste, á los tre meses de ocupar el reino, murió d

la enfermedad de viruelas, y le sustituyó un sobrino de Motezuma, hijo de una hermana y llamado Catamazín; el cual, en el desastre de los nuestros, mató el mismo en los puentes á uno de los tres hijos de Motezuma, y de los que quedaban uno era tonto y el otro paralítico. Este Catamazín se dedicó á adquirir todas las clases de armas que podía lograr, principalmente picas largas, con las cuales esperaba poder herir de lejos á los caballos, porque el solo encuentro de éstos los trastorna: abriga recelo de que Cortés vuelva contra él á tomar venganza de lo pasado, y particularmente porque sabe que las regiones circunvecinas se apartan de él y prometen auxiliar á los nuestros en daño suyo.

4. Y por cierto que no se equivoca; pues dice Cortés que ha de preparar trece embarcaciones de dos remos, llamadas bergantines, para devastar toda la extensión aquella de la laguna salada, á fin de que aquella ciudad tan grande, quitán-

dole las provisiones y rompiendo los acueductos, se vea apretada de tal necesidad que se la pueda obligar á someter la cerviz al yugo del rey de España.

Entretanto envió á la Española cuatro naves que trajeran caballos, y á la vez un número conveniente de arcabuceros con abundancia de pólvora.

Escribe Cortés que aquellas tierras son semejantes á las de España en tener tan buenos ríos, montes y valles poblados de arbolado. Por eso le pide al César que confirme el nombre que les ha puesto él á aquellas tierras: llamó Nueva España á todo aquello del mar océano que se ha descrito. Suplica juntamente, al fin de su gran volumen, que Su Majestad se digne enviarle algún varón de gran experiencia en los asuntos, que recorra las tierras que él ha sometido y dé cuenta de lo que vea: *(lo dice Cortés)* con fecha 30 de Octubre, desde el fuerte que él llamó Segura de la Frontera, el año 1520.

LIBRO VII

DE LA VUELTA AL MUNDO

Al Sumo Pontífice Adriano VI

CAPITULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Introducción.—2. Salida de Magallanes.—3. El viaje.

MIENTRAS estos escritos estaban detenidos en mi estante por falta de correos, á causa de la mucha distancia y la inseguridad de los caminos, he aquí nuevos fetos, he aquí partos recientes del fecundo océano.

Esta obra se va á cerrar con dos apéndices que valdrán más que la narración principal, por tener importancia inaudita y difícil de creer.

El uno es de la vuelta que se ha dado al mundo y las islas que se han descubierto, en que se crían los aromas. *(El otro contará)* con qué ardides, con qué astucia, con qué ánimo tan resuelto, con qué valor guerrero, Hernán Cortés, auxiliado de tlascaltecas, guazucingos y otros comarcanos hostiles á Motezuma, recobró aquella gran ciudad lacustre, Tenustitana, y todo su poderío lo destruyó y lo acabó casi por completo, de lo cual le ha venido no pequeño aumento al cetro de Vuestra Beatitud y al gran reino de Castilla.

Vengamos á lo del rodeado paralelo y del tráfico de los aromas, que habremos de tomar desde un poco más lejos.

2. Desde la ciudad de Barcelona, cuando estaba allí el César ocupado en las Cortes de Cataluña, siendo Vuestra Beatitud presidente de nuestro cesáreo senado de las cosas de las Indias, se le dió, como conviene recordarlo, al portugués Fernando Magallanes, tránsfuga de

su Rey [1], el encargo de buscar las islas Malucas, que crían los aromas, por cuanto él, habiendo estado siete años en las ferias de Cochín, Canenoro, Calocut y del Quersoneso, alias Malaca, sabía dónde caían estas islas. No distan largo trecho del Quersoneso Aureo, vulgo Malaca, y de aquellos otros emporios.

Despachado Magallanes por nues-

---

[1] Es sensible que Pedro Mártir Angleria se muestre bastante desafecto al heroico Magallanes, como se echa de ver en todo este libro, muy estimable, sí, como fuente histórica, pero como historia de una empresa tan importante harto incompleto y deficiente en comparación de las que escribió sobre América. Seguramente no pudo sustraerse á las influencias de su compañero de corte, el embajador de Portugal, que más aún que en el casamiento de su Rey con la hermana de Carlos V, parecía empeñado en estorbar la empresa de Magallanes, desacreditándole, procurando mil obstáculos á su marcha, y hasta poniendo su vida en peligro como lo estuvo, particularmente en Zaragoza.

No parece justo llamar á Magallanes tránsfuga de su Rey. Desairado por él, anunció su propósito de pasar al servicio de España; y admitido aquí, no se hizo súbdito de Carlos V sin consignar en los asientos que nunca se le había de obligar á nada que pudiera ceder en perjuicio del Rey ó del reino de Portugal. Más caballero fué él que no los que, habiéndole despreciado en Portugal, luego querian á toda costa inutilizarle, y aun matarle, porque, usando noblemente de su derecho, se venía á España.

tro mismo senado, del cual era Vuestra Beatitud el principal, el día 20 de Septiembre del año 1519 se dió á la vela para el océano desde Barrameda, desembocadura del Guadalquivir, con cinco naves, que se les puso por nombre, á la capitana *Trinidad,* á las otras *San Antonio, Victoria, Concepción* y *Santiago,* en las cuales llevaba doscientos treinta y siete hombres. De las naves volvieron dos, una de las cuales, abandonando á la capitana, regresó sin hacer nada (*inutilis*); al otra, al cabo de casi tres años de haber salido de España, pues aportó el 6 de Septiembre de 1522 al mismo puerto de donde había zarpado al marchar, vino cargada de pasajeros y de varios aromas. De entre los hombres se salvaron pocos. También se quedó el mismo capitán Magallanes en una isla llamada Matam, muerto por los naturales en el viaje, como adelante lo diremos.

Hay desde antiguo, entre castellanos y portugueses, cierta ani-

mosidad innata. Magallanes, en diversas ocasiones, mató á muchos españoles, so pretexto de justicia, porque le obedecían á disgusto [1]. Esto se dirá en su lugar. Vengamos al viaje que emprendieron.

Primero llegaron á las Afortunadas; después hasta dar vista á las islas Górgodas, que los portugueses, sus poseedores, llaman de Cabo Verde. Volvieron las proas á mano derecha, por detrás de nuestro creído continente, por la prolongación de aquella tierra que se llama *(cabo)* de San Agustín, nombre puesto por los castellanos, y un poco más allá de Santa María, por los portugueses, que se extiende cinco grados más allá de la línea equinoccial, y se apartaron hacia el antártico hasta el signo [2], donde en

[1] Fácilmente se comprende que Magallanes, siendo portugués, nunca habría pedido *matar* á *muchos españoles so pretexto de justicia*, por más nombramientos que hubiese llevado en su cartera. Las ejecuciones que se vió precisado á hacer con admirable energía, estaban sobradamente autorizadas por los tribunales militares; ningún consejo de guerra perdonaría á aquellos reos.

[2] No dice cuál signo del zodiaco es.

una de las Décadas dijimos que había sido muerto con algunos compañeros Solís, capitán de una armada nuestra que recorría aquellas costas, y que después se lo comieron los indígenas. Aquel golfo dicen que tiene treinta y ocho grados al otro lado de la equinocçial, hacia el antártico. A este lugar le llamaron la Bahía de Santa María; dije en otra parte que llaman bahía al golfo.

Enviados por Magallanes unos mensajeros aguas arriba del río, que desemboca en el golfo, con una nave y el bote de otra, vieron á tres hombres semisilvestres y desnudos, dos palmos más altos que la estatura humana. Uno de ellos entró confiado en el bote: pensaron los nuestros que traería los otros á las naves tratando bien al que tenían consigo; y bien comido y bebido y vestido, lo dejaron ir; pero no vino ninguno, ni él volvió más. Sin embargo, encontraron árboles cortados con segures de las nuestras, y también una cruz levantada en lo alto de otro

árbol; mas no hallaron huellas de ningún hombre de los nuestros.

Cuentan maravillas de la anchura de este río, como en otra parte lo he dicho del Marañón, en la región de Paria al Septentrión. Hasta veinte leguas dicen que subieron río arriba, y que allí tiene de ancho diecisiete leguas, y que su desembocadura, sin que en el viaje vieran desaguar en él río alguno, es inmensamente ancha, y que en el mar se bebe agua dulce en muy largo trecho.

CAPITULO II

SUMARIO: 1. Tiritando en verano.—2. Sedición castigada. —3. Más al Sur.—4. En el descado estrecho.—5. Deserción de la nave *San Antonio*.

DEJANDO aquel golfo á pocos grados hacia el antártico, porque se inclinaba ya la tierra hacia Occidente, hallaron otro gran golfo, al que dieron el nombre de San Julián. Había en él un puerto muy seguro, y por eso el capitán mandó echar anclas en él.

Ya el sol, subiendo hacia nosotros, abandonaba aquellas tierras: tenían mucho frío cuando el sol había pasado la mitad de Aries, como entre nuestros septentrionales cuando el sol pasa la mitad del signo Libra.

En aquel puerto pasaron los nuestros más de cuatro meses de verano bajo tugurios y chozas, detenidos por el frío y encerrados por las tempestades [1], pues entraron en aquel puerto el día 1.° de Abril y salieron el 24 de Agosto.

2. Aquí el portugués Magallanes se ensañó con cierto varón llamado Juan Cartagena, familiar del obispo de Burgos, que con real nombramiento había sido señalado por colega de Magallanes y segundo jefe de la Armada. A éste y á un sacerdote, con ocasión de asechanzas que urdían para matarle, les dejó en tierra con una alforja de galleta y una espada para cada uno; habría querido castigar con pena de la vida sus intentos, si acaso pensaron en matarle; pero no se atrevió temiendo al odio de los castellanos, que ya se lo tenían [2]. Este

[1] No se olvide que, estando en el hemisferio Sur, los meses de nuestro verano eran invierno para ellos.

[2] Juan de Cartagena y el sacerdote Morales eran reos de sedición en campaña, y como tales fueron condenados por el tribunal. Duro era el destierro, de que no habian de volver, dejados con su

asunto y otros á éste semejantes, lo cuentan varios de varias maneras: unos dicen que Magallanes tuvo razón para hacer lo que hizo; otros se lo afean, y atribuyen aquellas ejecuciones á la antigua animosidad general entre castellanos y portugueses.

3. Vieron allí chozas de indígenas; pero es gente inculta, sin armas, que sólo se cubre con pieles; errante, sin asiento fijo, sin ley, de alta estatura: se llaman patagones.

Cuando el sol volvía ya á las regiones aquellas, levando anclas el 24 de Agosto de 1521, bajaron desde aquel puerto de San Julián hacia el antártico otros catorce grados, dicen ellos. Aquí tenemos que andar un poco á pie firme. De niño había oído confusamente Magallanes, en los hechos portugueses, que había un estrecho por aquellas tierras con revueltas á varios

espada y su alforja de galletas entre los patagones. Pero también eran duras y apremiantes las circunstancias en que se veía Magallanes, como Colón antes de ver tierra. Los castigos eran legales y parecían tambien imprescindibles.

trechos; pero no sabía por dónde lo debiera buscar. La suerte dió lo que la razón no dirigía [1].

4. Le cogió tan ruda tempestad, que se llevó una de las naves y la arrojó entera en peso sobre ciertos peñascos que allí había próximos. Se salvaron los hombres; pero la nave se quedó hecha astillas del golpe de la tormenta. He aquí ya dejada atrás una de las cinco naves.

Un poco más allá tenía á mano izquierda inmensa extensión en el océano, y á la derecha montañas inaccesibles cubiertas de nieve. Una de las naves que necesitaba menos fondo, buscando abrigo por la furia de las olas, se acercó más á tierra, y vió por casualidad un paso estrecho; pasando un poco más

---

[1] Es del todo inexacto que el descubrimiento del estrecho se debiera á la casualidad. El objeto primordial de la empresa no fué otro que buscar por Occidente un paso para encontrar la especiería que los portugueses explotaban por el Oriente. Desde que Magallanes pasó la tierra americana señalada á Portugál, de golfo en golfo y de río en río fué buscando su anhelado paso, hasta que con muy heroica constancia de soldado y singular pericia de marino lo encontró.

adentro, dió con un golfo espacioso, que tenía de ancho cuatro leguas españolas, y de largo seis. Volviéndose la nave, dió noticia del estrecho. Paso aquí por alto muchas menudencias. Siguiéronla las otras naves: dicen que en alguna parte, con una honda, se podrían haber tirado piedras á los montes de ambos lados. La tierra aquella estaba desierta: dicen que los montes de ambos lados del estrecho están cubiertos de cedros.

Pasado aquel golfo, se encontraron con otro estrecho algo más ancho, pero angosto; después otro golfo; luego otro estrecho, más allá del cual había otra ensenada. Al modo que en los mapas de Europa vemos dos gargantas estrechas que abarcan cierto espacio ancho en el Helesponto, así en este estrecho hay tres con otros tantos espacios mayores; estos estrechos están llenos de pequeñas islas, por lo cual navegaban por aquellos lugares siempre con el recelo de dar con bajos.

Por todas partes encontraron ma-

res profundísimos. El derrotero aquel se dirigía al Occidente ártico, al cual le asignan ciento diez leguas de extensión. Echando anclas en casi á mitad de aquel trecho, en cierto espacio cuadrado de mar no hallaron cosa digna de mención, y siguieron su camino tres de las cuatro naves.

Allí se quedó la cuarta, la llamada *San Antonio*. Los compañeros creyeron que seguiría, pero se paró; volvió la espalda á las demás, y regresó hace ya tiempo, diciendo pestes contra Magallanes. Nos parece que los jefes de la nave no dejarán de pagar semejante falta de disciplina. Prosiguieron, pues, los demás con tres naves. Por fin salieron de aquellos estrechos, en que entraron el día 21 de Octubre y salieron el 27 de Noviembre. Durante ese tiempo, dicen que tuvieron los días muy largos y las noches muy cortas, lo cual no es contrario á la cuenta de la esfera.

CAPITULO III

SUMARIO: 1. En el Pacífico y faltos de todo.—2. Las islas de los Ladrones.—3. El cacique de Berneo bautizado.—4. Pasa Magallanes á Matam.—5. Le matan allí.

PASADO aquel estrecho, se encontraron en otro vasto mar océano, esto es, al otro lado de nuestro creído continente *(el americano),* que se junta con el mar que en las Décadas llamo Austral, cuyo primer descubridor fué Vasco Núñez, desde el Darién, guiado por los hijos del cacique Comogro.

Por aquel inmenso mar dicen que pasaron tres meses y veinte días, sin ver más que cielo y agua salada. De la suma necesidad y de los inmensos calores *(que pasaron),*

cuentan casos que dan lástima. Por muchos días no tuvieron más que la ración diaria de arroz que cabe en el puño, sin miaja de ningún otro alimento; la penuria de agua potable era tal, que para cocer el arroz se veían precisados á echar la tercera parte de agua salada del mar; y si acaso alguno intentaba beberla pura, tenía que cerrar los ojos por el poso verde, y taparse las narices por el hedor.

Dirigiéndose por aquel mar grandísimo al Occidente y Septentrión, llegaron otra vez á la línea equinoccial, cerca de la cual encontraron dos islas sin vida, á las que llamaron Infortunadas por ser completamente inútiles y desiertas, y después á otra multitud de islas las llamaron Archipiélago, á semejanza de nuestras Cícladas en el mar Jonio.

2. A la entrada de ellas desembarcaron en varias islas, á quinientas leguas de la salida del paso estrecho. Sin expresar el nombre antiguo, llamáronlas de los Ladrones;

porque, si bien recibieron en paz á los nuestros, cuanto podían coger lo robaban, como ese linaje vago de ladrones que en italiano se llaman zíngaros *(gitanos),* y dicen, mintiendo, que son egipcios.

Entre las cosas que tomaron furtivamente, se habían llevado también, apenas habían vuelto la espalda los nuestros, la lancha en que habían desembarcado; pero volvieron á traerla, si bien matando antes á muchos de ellos. Es gente desnuda, y medio bestias.

Hay allí árboles que crían cocos. La mayor de aquellas islas es la de Berneo, la cual no vacilan en escribir que tiene doscientas leguas de circuito. En el puerto de esta isla dicen que se crían unos árboles cuyas hojas, cuando se caen, andan arrastrándose como los gusanos; pienso que entre ambas caras de la hoja estará hinchado algún espíritu vital que, á modo de aliento de poca duración, mueva las hojas.

Conocieron que había dos clases

de religión, idólatras y mahometanos, bastante conformes entre sí. Críanse en ella rebaños de bueyes y de búfalos, y también á cada paso hatos de cabras y abundancia de nuestras aves; ovejas, no.

Tampoco tienen trigo, cebada ni vino; abundan de arroz, que constituye su pan, y con el cual arreglan varias viandas.

3. El cacique de Berneo y los nuestros, se hicieron de una y otra parte regalos agradables. El cacique envió á los nuestros sus regalos en dos elefantes, y al día siguiente treinta y dos clases de comida, que trajeron los nobles á cuestas. Veinticinco mil casas dicen que tiene la ciudad de este príncipe, pero de madera, excepto el palacio del rey, que es de piedra, según dicen.

Alrededor de Berneo hay muchas islas pequeñas, y entre ellas dos, que la una se llama Zubo [1], y la otra Matam, tomando este nombre de su población principal. Ma-

---

[1] Es Zebú, y así la nombraré en adelante.

gallanes se ganó la voluntad del régulo de Zebú, regalándoles cosas nuestras que les gustaban por lo nuevas y desconocidas para ellos.

Bautizó al régulo, y le hizo subdito del César.

4. Después, dejando las naves en el puerto de Zebú, con sus lanchas y con canoas unilígneas del país y soldados de Zebú, pasó á la isla de Matam, llamada así por el pueblo Matam, que está á la vista y dista sólo cuatro leguas. Se propuso persuadir por medio de intérpretes al rey de Matam que consintiera en someterse al gran rey de España y al de Zebú, y en pagar tributos. El respondió que al gran rey de España sí, pero al de Zebú que no. Magallanes saqueó y quemó del todo un pueblo vecino á la capital, de unas cincuenta casas, y se volvió á Zebú con la presa, cosas de comer, de que había alguna escasez en Zebú, y alhajas varias. Pero la mayor parte de aquello lo arrebataron para sí los de Zebú, enemigos de los de Matam.

5. A los ocho días volvió Magallanes, dejando igualmente las naves. Intentó atacar la propia capital de Matam. La intimación de Magallanes, ido allí con mala estrella, fué rechazada por el régulo, que salió armado con su gente. A más de los dardos del país, de cañas y madera tostada, tiene este reyezuelo picas largas y con hierro, porque recorren aquellas islas los chinos y mercaderes de las regiones chinas. *(Magallanes)* con siete compañeros fué muerto por el régulo, quedando heridos veintidós. De este modo el buen portugués Magallanes concluyó con su codicia de aromas [1].

---

[1] No se ve motivo ninguno para acusar de avaro al intrépido navegante que, al emprender su arriesgadísima empresa, por escritura pública cede por siempre jamás á los franciscanos de Triana, *porque son probes*, la pensión que España le señala.

Magallanes merecía otro responso que el del texto cuando muere en el campo de batalla peleando con excesivo, y acaso imprudente arrojo, por la cruz de Cristo y por la corona de España. Aunque nacido en extranjera tierra, es, lo mismo que el gran Colón, preclara gloria española, digno representante de nuestro genuino carácter patrio, modelo y prez que nunca deben borrar de sus brillantes anales el ejército y la marina de España.

CAPITULO IV

SUMARIO: 1. El convite traidor.—2. El Archipiélago.—3. Las Molucas.—4. Supersticiosa explicación de las especias aromáticas.

Los que sobrevivieron regresaron para juntarse con sus compañeros en Zebú. Invitados por el régulo, asistieron á un convite Juan Serrano, el principal de los pilotos del océano, ahora capitán de una nave, de quien se habló en las Décadas primeras, y otro capitán de otra con unos diez compañeros. Entretanto iban andando por la isla otros marineros, unos cuarenta. Saltó de su emboscada un escuadrón armado del régulo, y mató á los que estaban comiendo. Reservó á los capitanes,

y los llevaban desnudos públicamente á la orilla del mar, pensando que acudirían otros de las naves en las lanchas, y que los podrían prender también. Pero los que guardaban las naves no se atrevieron á acercarse, y así, abandonando á sus compañeros, se dieron á la vela sin ventura.

De los que volvieron, y entre otros de un joven genovés, Martín de Indico, que asistió á todo, he investigado qué crimen que se hubiese cometido impulsaría al rey de Zebú á llevar á cabo tan cruel traición. Piensan que la causa del trastorno fué el estupro de las mujeres [1], pues son celosos.

2. Estas son, á mi entender, las islas de que varios autores cuentan muchas cosas. La mayor parte ponen tres mil islas; otros más, y que

---

[1] No pone tal causa, nada verosimil y casi imposible en aquel caso, el escritor Pigafeta, que estuvo en todo el viaje alrededor del mundo, sino la presión que sobre el cacique bautizado de Zebú hicieran, con gravísimas amenazas, el de Matam y otros después de haber muerto á Magallanes.

no distan mucho de las costas de la India. Entre las islas que rodean á Berneo, una es en la que están dos pueblos: Buturán y Calegán; allí los recibieron en paz. Desde esa misma isla vieron otra que los de Calegán les señalaron con el dedo, en la cual ellos y los de Buturán dijeron que en la arena del mar había tanto oro que con sólo acribarla cogen pepitas de oro como una avellana, ó poco menos, y desprecian las demás como de ningún valor.

Enfrente de ésta hay otra insigne por dos poblaciones notables: Vindanaho y Chipico, la una al Sur, y la otra al Norte. La tierra meridional cría el cinamomo *(canela)*, la otra oro. De lo uno y lo otro dieron algo á los nuestros á cambio de otras cosas. Como ya lo dije, los mercaderes escitas y chinos, y los de otras regiones de la India, suelen acudir á estas islas frecuentemente á cambiar oro, perlas y otras cosas, *(dando)* ellos telas, paños y demás cosas conducentes

al ornato y cuidado de la persona, y también á la guerra.

3. De la vista de estas islas distan hacia el equinoccio ciento setenta y cinco leguas las tan deseadas islas Malucas : diez grados cuentan ellos; de modo que no comprendo cómo echan estas cuentas. Los antiguos filósofos pretenden que el grado consta de sesenta millas italianas, que cada una tiene mil pasos medidos : éstos dicen que la legua tiene cuatro millas por mar y tres por tierra. Si sacamos la cuenta de las leguas según los marinos españoles, cada grado contiene quince leguas ; pero ellos , en contra del sentir de todos, dicen que el grado comprende diecisiete leguas y media. Entiéndanse ellos, que yo no los entiendo.

Vengamos á las Malucas. Por fin fueron á ellas. Las principales son cinco, que, ó están debajo de la línea equinoccial, ó próximas á ella. Cada una de ellas tiene casi igual circuito : cuatro, cinco ó á lo más seis leguas. Por cierto instin-

to de la naturaleza, en cada una domina un alto collado. En ellas nace y sazona el clavo naturalmente. Por el lado antártico, parece que las cierra á las cinco un gran territorio que se llama Gilolo; en Gilolo nace también el clavo, pero áspero y semisilvestre, como sucede con las castañas ó las aceitunas de olivos no injertados; pero en todas aquellas islas pequeñas todo el clavo es aromático.

4. Y es un gusto el oir de dónde le viene al clavo, en sentir de ellos, aquella virtud aromática. Dicen los naturales que todos los días se levanta tres veces cierta nube (ellos dicen que es enviada del cielo), por la mañanita, al medio día y por la tarde, que cubre las cimas de los montes que crían el clavo, de modo que entonces no se puedan ver las cumbres, y que al poco rato se disipa la nube aquella. Que los árboles del clavo, que son parecidos y casi iguales al laurel, son fecundados con aquel aire *(spiritu)*, se prueba, según ellos, porque aquella nube

no baja nunca á los llanos de las islas, y porque los árboles trasplantados de los collados no se crían bien ni dan fruto de sabor. Cada isla guarda una llanura para destinarla á sembrar arroz.

CAPITULO V

SUMARIO: 1. Otra nave menos.—2. Augurios misteriosos. 3. Alimentos.—4. Los cocos.

BAJARON á una de ellas *(de las cinco islas)*, cuyo reyezuelo les recibió en paz y honoríficamente, pero sólo con dos naves, pues la tercera, por cuanto faltaba ya gente que pudiera gobernar más después de la muerte del capitán y los compañeros y el fatal convite, la deshicieron. Quedaron las que llevaban los nombres de *Trinidad* y *Victoria*.

2. Esta gente va casi desnuda; sólo usan de unas vendas de membranas de árbol para cubrirse las

ingles. Aquel régulo refirió á los nuestros que les hospedaba con alegría porque pocos meses antes había visto en el círculo de la luna que venía por el mar una gente extranjera, y declaró que los nuestros no discrepaban un punto de aquella semejanza.

Dicen que aquellas islas piensan que distaban de la Española cinco mil leguas, que contienen veinte mil millas italianas: me parece que se equivocan. Cuentan los nuestros que aquellas islas son dichosas aunque no tienen nuestro pan ni nuestro vino, ni carnes de vaca ni de carnero, porque se contentan con su arroz, con el cual hacen mil géneros de comida.

3. Tienen otro pan plebeyo de la medula interior, ya envejecida, de algunas palmas caídas, como suele suceder en los bosques espesos de los montes por donde no andan los hombres, que se caen grandes árboles, ó por la fuerza de los huracanes, ó porque les falta la substancia terrestre ó las raíces con el largo trans-

curso de los años, y, creciendo el tamaño del árbol, y necesitándose más fuerza en las raíces para sostener el árbol de la que puede darles la tierra, por lo que quiera que sea, hay en las selvas muchos caídos, y allí se pudren y se ponen blancos, y se los come la polilla. Así es el corazón de la palma del que ellos hacen pan vulgar. Parten la medula en forma cuadrada; luego la hacen harina y la secan, y por fin la amasan y cuecen. Trajeron unos pedazos hechos en forma de ladrillo: quise yo probarlo, no hay cosa más áspera y más insípida; debe de ser el alimento de los pobres necesitados, que no alcanzan arroz por no tener tierra de cultivo.

He visto yo también en los montes, campos y aldeas á los montañeses comer pan un poco más sabroso, de color casi negro, del grano de tifa, que en español se llama comunmente centeno, ó de mijo, ó de panizo ú otras *(semillas)* peores que eso. Es regla de la caprichosa rueda de la Fortuna que se harten

pocos y pasen hambre la mayor parte; que logren regalarse algunos, y que no sean muchos los que andan en banquetes. Y, sin embargo, se vive en todas partes, porque la naturaleza se contenta con poco con tal que nos acostumbremos á lo poco.

Cuidan de criar cabras y aves de toda especie. Tienen cañas dulces, como las de que se saca el azúcar. También las manzanas cartaginesas, que en Italia y España se llaman granadas, y frutas medicinales y cítricas de todas clases. En éstas nombran los españoles limas, limones, naranjas, toronjas, cidras, cidrones, que se diferencian entre sí. También llamaré por sus nombres.... á las hierbas que nacen en los arroyitos de las fuentes. Si el vulgo español sencillamente y sin rodeos las llama berros, el italiano *cresones*. Y lo que sienta peor, entre esas hierbas nace no sé qué otra de veneno mortal, llamada por los españoles anapelo.

Si á uno de esos que no cuidan

de acumular para su alma otros tesoros que el ser latinos, por más que la lengua latina no tenga tal palabra y se pueda tomar muy bien de otra, se le pregunta si *(en latín)* es permitido decir *anapelo,* se pondrá á refunfuñar, y dando un resoplido con solemne gravedad murmujeará que aquella cosa debe llamarse *estrangulador del lobo.* Conque así, á mi ver, con permiso de esos sabihondos, las islas Malucas abundan de naranjas, limas, limones, toronjas, cidras, cidrones, granadas, manzanas y hortalizas.

No ha sido sin motivo el mencionar los cresones ó berros y el anapelo, porque, al comenzar la cena hace pocos días, comíamos de esa hierba con su vinagre, sal y aceite; y mi Fernando Rodrigo, de quien alguna vez se sirvió S. M. Cesárea por consejo de Vuestra Beatitud, dió con el anapelo; y así que le comió, como si hubiese tomado cicuta ó acónito, así cayó enfermo; s le auxilió al punto con tisana (? *(tinaca)* y mitrídato; pero estuv

mucho tiempo medio atolondrado. ¿No es verdad que será sabrosa y bien sonante palabra, *anapelo,* por más que aquéllos charlen que con feo rodeo debe decirse *estrangula-lobos?*

Los vinos no los hacen de uvas, de que carecen las islas Malucas, sino de varias clases de frutas, ¡y sabrosos!, particularmente de una.

4. Hay entre aquéllos, y entre los habitantes de nuestro creído continente, un árbol que casi es una palma por la semejanza de la forma; pero en el modo de criar se diferencia mucho. Este árbol cría doce racimos y á veces más, hasta veinte: en cada racimo gajos como de uva, pero vestidos en mil cubiertas; y desnudado cada gajo es semejante á un meloncillo muy redondo, pero con su corteza de tortuga, casi tan dura como la concha.

A las frutas aquellas les llaman cocos: el coco está cubierto con más tejidos exteriores que la palma de comer, con las mismas costillitas y redes que los ligan entre sí, y no

cuesta menos trabajo desnudarlo de aquellas túnicas que el descarfollar los palmitos. Abiertos los cocos, dan comida y bebida, encontrándose llenos de un licor suave. Dentro de la corteza se cría una masa esponjosa, adherida á la corteza, con unos dos dedos de espesor, en lo blanca y blanda semejante á la manteca ó la enjundia, pero de más delicado sabor. Esta masa, despegándola de la corteza interior, es muy buena de comer. Si revolviéndola un poco se conserva algunos días en su mismo vaso, dicen que se derrite y se convierte en un aceite más suave que el de olivas, y muy saludable para los enfermos.

Otro servicio útil hace la naturaleza con este árbol. Taladran los lados del árbol por donde echa las hojas, y dicen que destila gota á gota, en una vasija que ponen debajo, un licor potable de gratísimo sabor y muy salutífero.

CAPÍTULO VI

SUMARIO: 1. Pez monstruoso.—2. Las especias.

Se dedican á la pesca que crían aquellos mares, de muchos géneros, y entre ellos uno no poco monstruoso, algo menor que de un codo, barrigudo, de levantada espalda, que no tiene escamas, sino un pellejo muy duro; cara de puerco, la frente armada con dos cuernos derechos de hueso, con dos prominencias huesosas en la espalda.

2. El régulo en cuya tierra desembarcaron los nuestros, creyendo que les había llevado el poder divino, les preguntó qué deseaban, ó en

busca de qué iban. Respondieron que de aromas, y él dijo: «Los que nosotros tenemos los tendréis»; y dicho esto, llamó á sus isleños sometidos, y les mandó que enseñaran á los nuestros los montones de clavo que tuviera cada cuál, y dejaran que se los llevaran los nuestros si querían, aunque compensándolos honradamente; pues cuando el clavo ha madurado lo amontonan en casa, esperando á los mercaderes, como sucede con las demás mercancías. De allí, en ciertas naves grandes, que ellos llaman juncos, lo llevan á las ferias de Colocut, Cochin, Canenoro y Malaca. Lo mismo se hace con la pimienta, jengibre, canela y demás golosinas poco necesarias, que afeminan á los hombres. Pero en estas cinco islas Malucas no se cría ningún otro aroma más que el de clavo.

Mas no lejos de estas islas están las que crían otras cosas muelles. Esto se lo dijeron los naturales de las Malucas, y lo aprendieron tam-

bién con experiencia pirática. Pues cuando se encaminaban á las Malucas desde la isla grande Borneo y demás adyacentes, en una de las cuales mataron al capitán Magallanes, de improviso, conforme iban navegando, tropezaron con una nave grande del país, desprevenida, de las llamadas juncos, cargada de mercancías, entre las cuales encontraron abundancia, aunque no mucha, de todos los otros aromas *(especias)* en muy buen estado, como recién cogidos. Las naves aquellas no se atreven á recorrer largos derroteros de mar, porque no están construídas con tal arte que puedan aguantar aquellas tempestades marinas que las nuestras resisten, ni tampoco sus marineros son tan peritos que sepan navegar cuando no les da el viento en popa. Aquella embarcación llevaba á otra isla próxima su cargamento de productos del país, arroz, cocos, de que hemos hablado poco ha, gallinas, patos y muchos comestibles; también alguna cantidad de oro en pe-

pitas. Con aquellos productos se prepararon ricas comidas, á costa de los inocentes que pasaban sin sospechar nada.

Determinaron, pues, cargar de clavo las dos naves que les quedaban, y porque en el territorio de aquel reyezuelo no se halló tanta abundancia que se pudieran llenar las dos naves, el mismo régulo recorrió las vecinas que están á la vista; pues, de las cinco, cuatro se ven unas desde otras; la quinta está un poco más lejos de ellas, cuanto no alcanza la vista del hombre, sino poco más. He ahí, pues, llenas las dos naves de clavo, del recién cogido de los árboles, de los cuales se llevaron también ramas, cada una con el clavo que tenían.

Todos los de la corte (*en España*) se holgaron de ver aquellas ramas, y de oler las bayas en las ramas que les criaban. El olor aquel se diferencia no poco del de el clavo viejo que venden los farmacéuticos. Yo obtuve la mayor parte de las ramas traídas: repartí á varias

personas muchas para enviarlas á diversas partes: aun me quedan unas poquitas, que las reservaré hasta que sepa si ha llegado alguna de ellas á manos de Vuestra Santidad.

Se cargaron, pues, de clavo dos naves. Contemos ahora lo que sucedió después. Una de ellas, la *Trinidad,* estaba carcomida, corroída, podrida, y tan agujereada de los gusanos que en italiano se llaman *bisas* y en español *broma,* que por sus costados y por el fondo pasaba el agua como por una criba; por lo cual no se atrevieron á confiarse en ella á tan larga navegación hasta componerla. Por eso se quedó allí la *Trinidad* hasta el día de hoy: si estará sin novedad, no lo sabemos; y así, de cinco volvieron dos solas; ahora, ésta que se llama la *Victoria;* el año pasado, la *San Antonio;* de los hombres, pocos.

CAPITULO VII

Sumario: 1. Importancia de la vuelta al mundo.—2. Su explicación.—3. Atentado de los portugueses.

Falta decir por dónde volvió la *Victoria*. Porque al cabo de tres años menos pocos días, contados desde su partida, volvió por otro camino, dejándose en el viaje á todos los principales por sucesos infortunados. Pero esta empresa, inaudita hasta el presente y jamás intentada desde el principio del mundo, (*la llevó á cabo*) esta nave dando vuelta á un paralelo entero, á toda la tierra.

Si esto lo hubiese realizado un griego, ¡qué no habría inventado la Grecia acerca de esta novedad in-

creíble! Dígase qué es lo que hizo la nave de los argonautas, la cual, sin avergonzarse ni reirse, cuentan supersticiosamente que fué llevada al cielo. Si reflexionamos lo que hizo esa nave, saliendo de Argos al Ponto llegó á Oetes y Medea con sus héroes Hércules, Teseo, Jasón: no sé lo que hizo; la gente no sabe aún qué fué aquel vellocino de oro, y el trecho de camino que hay de Grecia al Ponto lo han aprendido los muchachos de los gramatiquillos: la uña de un gigante es mucho mayor que esa distancia.

2. Pero cómo es posible que haya dado vuelta al mundo, se ha de trabajar para hacerlo entender á los hombres, porque es duro de creer. Hagamos, pues, la experiencia.

Haga Vuestra Beatitud que le pongan una esfera sólida redonda, en que esté dibujada toda la figura del orbe. Comience á guiarse por el paso de Hércules, llamado Estrecho de Gibraltar.

Saliendo á mano derecha, se en-

cuentran primero las islas Afortunadas, llamadas comúnmente las Canarias. Entre ellas y las costas de Africa, yendo en derechura á Mediodía, se encuentran otras islas, que sus dueños, los portugueses, llaman las islas de Cabo Verde, y en latín se dice las Górgadas de Medusa.

Aquí se ha de fijar mucho la atención, porque es donde comienzan á admirarse. Los portugueses, desde las Hespérides, vuelven las proas completamente á mano izquierda, y pasan la línea equinoccial, y cruzan también el trópico de Capricornio, hasta el último promontorio de los montes de la Luna, y lo llaman Cabo de Buena Esperanza, por decirlo yo con el nombre común, á treinta y cuatro grados del ecuador: otros rebajan dos. Desde la punta de aquel promontorio se vuelven hacia Oriente, y navegando recorren las entradas del mar Eritreo, del Golfo Pérsico y las vastas costas del Indo y del Ganges, hasta el Quersoneso Aureo,

que ellos llaman Malaca, según llevamos dicho.

He ahí la mitad del círculo del orbe. Todos los cosmógrafos han dejado escrito, en el cómputo de siempre, que ése es el espacio que es sol recorre en doce horas, de las veinticuatro.

Midamos ahora la otra mitad que resta. Hay que volver á las Górgadas. Dejando á mano izquierda estas islas, esta nuestra flotilla de cinco naves se encaminó derechamente á la derecha, volviendo la popa á las popas portuguesas, á la espalda de aquel territorio nuestro, el *sud-americano,* que decimos creído continente, cuyo comienzo está en poder de los portugueses: y pasó tan adelante esta armada que por aquel derrotero llegó más allá del grado cincuenta del antártico, como ya lo dijimos; no pongo el pico, porque en la cuenta de los grados difieren, aunque poco. Siguiendo al sol poniente, como los portugueses al saliente, tomaron por detrás las islas Malucas, que no dis-

tan mucho trecho del en que Ptolomeo coloca á Gatigara y el Golfo Grande, puerta abierta para las regiones de China.

Paso ahora por alto decir nada del Golfo Grande y de Gatinara, que dicen no encontraron que sean como las describe Ptolomeo, en otra ocasión lo diré acaso más extensamente.

Volvamos al paralelo que han rodeado. He aquí el Quersoneso Aureo descubierto por otro camino, y andando al revés que los portugueses. Por el mismo derrotero, á la vista del Quersoneso Aureo y por las sendas de los portugueses, volvió esta nave, reina de la argonáutica, á las Hespérides.

Habiendo arribado á las Górgadas necesitada de todo, despachó un bote con trece hombres pidiendo agua potable y algo qué comer, aunque no de balde. Allí los portugueses, al servicio de su Rey, que les parece que les van á sacar el ojo derecho si otro príncipe logra aprovecharse de los aromas (*las es-*

pecias), apresaron el bote y á su dotación, en contra de los pactos convenidos desde el principio del deslinde, que autorizó el Pontífice Alejandro VI, é intentaron los magistrados regios de las Hespérides prender también la nave, lo cual les habría sido fácil.

Sino que, advirtiendo los marineros lo que les había pasado á sus compañeros, antes de que los portugueses aparejaran sus naves para el encuentro, levando anclas escaparon, dejando en poder de los portugueses á trece compañeros de los treinta y uno que iban, habiéndose embarcado sesenta en las Malucas. Pero los portugueses los han enviado libres por orden de su Rey.

CAPÍTULO VIII

SUMARIO: 1. Trabajos de la tripulación.— 2. Pretensiones portuguesas.— 3. El día de menos.—4. Su explicación.

Si yo hubiera de referir las cuitas, los peligros, la sed, el no dormir, el trabajo miserable de estar sacando día y noche el agua que se les entraba por grietas y agujeros, tendría que alargarme demasiado. Baste con esto. En aquella nave, con más agujeros que una criba llena de ellos, los dieciocho que trajo, más macilentos que matalón rocín, dicen que anduvieron vagando en tantas vueltas que navegaron catorce mil leguas aquí y allá, aunque confiesan que el ámbito de la tierra tiene me-

nos de ocho mil, porque no sabían por qué camino diferente del que seguían los portugueses debieran buscarse las deseadas islas.

Se trabaja por que no se abandonen tales comienzos. Lo que se resuelva y lo que se convenga con los portugueses, que se quejan de que este negocio les acarreará innumerables perjuicios, ya lo comunicaré.

2. Disputan ellos que las Malucas están dentro de los límites que señaló Alejandro V, Pontífice Máximo, á cada uno de los Reyes, al de Castilla, digo, y al de Portugal; dicen ellos que son pagos, campos y villas que llevan sus productos á las ferias de Malaca, Colocut, Cananoro y Cochín, como sucede en todo el mundo con los campesinos, que llevan á vender á las ciudades y pueblos lo necesario que ellos cultivan y crían en su casa. Nosotros, por el contrario, hallamos que han usurpado Malaca, puesto que está fuera de aquella línea que parte el Oriente y el Occidente desde ambos

polos. Vuestra Beatitud conoce esto muy bien: como que en su presencia se discutió más de una vez esta cuestión.

3. Una cosa queda que llenará de admiración á los lectores, en particular á los que se figuran que manejan familiarmente el vago curso de los cielos. Cuando esa nave volvió á las Górgadas, pensaban los marineros que era miércoles, y se hallaron con que era jueves; por lo cual dicen que les faltó un día en aquella vuelta durante el transcurso de tres años.

Yo les digo á ellos: «Mirad: acaso se han equivocado los sacerdotes pasándoseles aquel día en su celebración ó en el rezo de sus horas.» Ellos me contestan: «¡Cómo! ¿Sospechas tal vez que hemos podido incurrir todos en tamaño error, particularmente los hombres de gran cordura y experiencia? Es asunto común eso de llevar la fácil cuenta de los días y los meses, principalmente cuando muchos llevaban consigo sus libros de Horas, y sabían

perfectamente lo que tocaba rezar cada día. Particularmente en las horas de la Bienaventurada Virgen, ante la cual nos prosternábamos á cada momento implorando su patrocinio, en éstas y en las conmemoraciones de los difuntos empleaban muchos el tiempo ocioso. Echate á pensar, pues, por otro lado: indudablemente nos han quitado un día».

Esto recuerdan unos, otros otras cosas, cada cual lo suyo; pero todos están conformes en que les han quitado un día. «Amigos, añadí yo, tened presente que el año siguiente á vuestra partida, que fué el quinientos veinte, fué bisiesto: no venga de ahí tal vez la equivocación.» Pero afirmaron que aquel año dieron veintinueve días al pequeño Febrero, y que en el bisiesto no se olvidaron del *bis sexto* de las calendas de Marzo. Estos dieciocho que han sobrevivido son com-

---

[1] Marineros y soldados tenían que ser; pero no todos eran completamente iliteratos, y en particular el escritor Antonio Pigafeta.

pletamente iliteratos [1]. Así hablan unos tras otros.

4. Ansioso yo con este cuidado, busqué á Gaspar Contarino, embajador de su ilustre República veneciana ante el César, y de no mediana instrucción en todo género de letras. Discutiendo con varios argumentos esta nueva y hasta ahora inaudita narración, reconocimos que podía suceder de este modo.

Esta nave castellana salió de las islas Górgadas hacia Occidente, adonde se encamina también el sol. De donde resultó que, siguiendo al sol, cada uno de los días fué para ella más largo en proporción del camino recorrido; por lo cual, completado el círculo que el sol traza en el espacio de veinticuatro horas hacia Poniente, consumió *(la nave)* un día entero, y así tuvo un día de menos que los que en ese espacio de tiempo estuvieron de asiento fijo en cualquier parte.

Y si la armada portuguesa que navega hacia el Oriente, continuando su camino en esa dirección, vol-

viera otra vez á las Górgadas con esta navegación y camino que ahora por vez primera se ha descubierto y manifestado á los mortales, nadie puede dudar que, debiendo tener los días más cortos, una vez dada la vuelta, les sobraría veinticuatro horas completas ó un día entero, y contarían uno de más. Y del mismo modo, si ambas flotas, digo la castellana y la portuguesa, zarparan de las Górgadas en un mismo día, y navegaran, la castellana al Occidente, la portuguesa al Oriente, volviendo popas contra popas, y en el mismo espacio de tiempo regresaran por estas opuestas vías en un mismo instante á las Górgadas, si aquel día era jueves en éstas, para los castellanos, que habrían consumido un día entero teniendo los días más largos, había sido miércoles; mas para los portugueses, á quien les sobraría un día por haberlos tenido más cortos, elmismo día sería viernes.

Discutan más altamente los filósofos este punto filosófico: yo esto

digo por ahora, y basta ya acerca del paralelo recorrido, y de las islas que crían los aromas, del día que faltó y de las nuevas tierras.

Volvamos por fin ahora á los asuntos de Méjico, que abreviaré todo lo posible, porque ya con tanto trabajo me canso y molesto yo mismo por la ancianidad que se va, en cuyas rapaces uñas me dejó Vuestra Beatitud casi cayendo: ella con rápido vuelo trata de empujarme á la voracidad, más rapaz aún, de su hermana la decrepitud, cual si por las sendas de ésta se hubiera de andar más apaciblemente.

LIBRO VIII

CAPITULO PRIMERO

Sumario: 1. Transporta Cortés, y bota en la laguna de Méjico, los trece bergantines.—2. Queda dueño de la laguna, quita el agua potable á la ciudad y la bloquea.—3. Setenta días de sitio.—4. Coge preso al emperador, y se le rinde todo el imperio mejicano.

Acerca de la derrota que los nuestros sufrieron en la ciudad lacustre de Méjico, y cómo empezó á reponerse de tal desastre con ayuda de los comarcanos enemigos de los mejicanos, ya se dijo bastante. Pasemos de un golpe á los alrededores de la laguna, omitiendo los hechos intermedios.

Se instaló Cortés con numeroso ejército en una ciudad de ocho mil

casas, pero que tiene arrabales inmensos que se extienden hasta la misma laguna: se llama Tezcuco, y dista dieciocho leguas de Tlascalteca. Sus habitantes no se atrevieron á resistirle por temor de que los entregara al saqueo, aleccionados con el ejemplo de los vecinos. Cortés había dejado en Tlascalteca á los maestros de construir naves para que, mientras él sometía por la guerra á los enemigos comarcanos, arreglaran los trece bergantines que hemos mencionado. Tan pronto como asentó su ejército en Tezcuco, mandó traer las piezas de los bergantines, que fueron transportadas por tablas en hombros de los tlascaltecas y guazuzingos. Y no tomaron con disgusto este trabajo: profesan á los mejicanos un odio tan atroz, que tienen por delicia cualesquiera trabajos que se encaminen á las ruina de aquéllos.

He aquí una empresa ardua para el mismo pueblo romano en sus tiempos más gloriosos. De Tezcuco

corre á la laguna un río no muy grande, cuyas orillas están llenas las dos de contínuas casas con huertas entre medias. Mientras se construía la armazón de los bergantines, y se arreglaban los remos y toda la jarcia, mandó abrir un foso desde Tezcuco hasta la laguna, en trecho de tres millas italianas, y con profundidad de tres estados de hombre en algunas partes, con sus buenos parapetos laterales, el cual pudiera estancar el río para llevar los bergantines á la laguna. Hizo esta obra en el espacio de cincuenta días, teniendo perpetuamente ocho mil cavadores del país.

Pero entretanto que se hacían las dos cosas, las naves y el foso, arrasó y quemó la mayor parte de las ciudades de tierra y lacustres que le habían hostilizado cuando huía, y los de Méjico no se atrevían ya á salir á pelear con los nuestros á campo raso.

2. Cuando se hubieron votado á la laguna los trece bergantines por aquella admirable obra del foso,

los mejicanos vieron próxima su ruina; sacaron, sin embargo, valor de la necesidad. Al saber que los bergantines habían llegado á la laguna, prontamente acudió contra ellos inmensa multitud de lanchas con guerreros armados; cinco mil dicen que se juntaron al momento, según lo que después de la victoria les contaron los de la ciudad. A medida que se acercaban las lanchas, los cañones que estaban colocados en las proas y los costados, los destrozaban cual nubecillas que disipa el vendaval. De este modo, andando ya los bergantines por todo el espacio de la laguna, hostigaron fuertemente á la población.

En pocos días le quitó Cortés á la ciudad el agua dulce de los ríos, habiendo roto los acueductos Cristóbal de Olid; y para que no se les pudieran llevar á los sitiados ningunas provisiones, puso alrededor de la ciudad tres ejércitos: uno en Tezcuco por Aztapalapa, que arrasó por completo porque era la más poderosa y antigua residencia del

hermano de Motezuma, ahora rey. Al frente de este ejército estaba el mismo Cortés con más de sesenta mil combatientes, según ellos dicen, pues acudían á él de todas las provincias muchos más de los que él pedía, ya por la esperanza del botín, ya por la de su propia libertad.

Cortés ocupó el puente aquel arriba mencionado, que va desde Aztapalapa á la corte, y poco á poco, peleando, hacía retirarse á los enemigos, ya á brazo, ya con el ímpetu de los caballos y las bombardas, de frente y por los lados. Con ayuda de los bergantines se apoderó del puente *(la calzada),* hasta el castillo de que hablamos en el encuentro del rey Motezuma con los nuestros, donde mencionamos aquel castillo pertrechado con dos torres y que abraza ambos puentes, que se unen con sus bóvedas. En aquel sitio puso Cortés su real, y desde allí era dueño de las entradas de ambas calzadas. Mandó también poner otro campamento para guardar el otro gran puente del Septen-

trión, y al frente de él puso á Gonzalo Sandoval, soldado ejecutor de la justicia, que en español llaman alguacil. El mando del tercer ejército, colocado al otro lado de la ciudad, lo dió á Pedro Alvarado.

Dicen que aquellos tres ejércitos constaban de ciento veinte mil combatientes.

Así rodeada de enemigos por todos los lados la desventurada ciudad, se veía en necesidad extrema de todo, y no menos que los enemigos la afligían con su ambición algunos pocos (cuya sed de mando puso en aquel trance á la infeliz población). El pueblo fácilmente consentiría en someterse á nosotros si no se opusiera el sobrino del rey *(de Motezuma)*, hijo de una hermana, usurpador del imperio, y la soberbia de sus próceres.

3. Setenta días continuos fué hostilizada por todos lados, y por detrás y por delante. Dentro de las mismas calles de la ciudad, cuando los nuestros por la tarde se volvían á sus tiendas, escriben que á veces

habían sido muertos mil quinientos, y aun más, en los encuentros de cada día. Cuanto más sangriento había sido el estrago, tanto más abundante y opípara cena tenían los guazucingos, tlascaltecas y demás auxiliares de allí, que acostumbran á sepultar en sus vientres á los enemigos que caen en la batalla, y Cortés no se habría atrevido á impedirlo. De los nuestros, dicen que siempre murieron pocos. Así, pues, ya á filo de espada, ya de necesidad, pereció la mayor parte de los ciudadanos. Cuando los nuestros entraban peleando en la ciudad, las más veces encontraban en las calles montones de muertos, que decían fallecidos de hambre y de sed. Derribaron á cada paso muchas de las casas principales cuando atacaban á los enemigos.

Una vez, en uno de los puentes, los enemigos rodearon y agarraron á Cortés, y le salvó su familiar llamado Francisco Olea, que, vibrando la espada contra los enemigos, de un tajo le cortó las dos manos al

que tenía agarrado á su amo Cortés; pero con mala suerte del libertador, que sucumbió.

4. Por fin dijeron á los nuestros en qué parte se ocultaba el rey con sus deudos y los principales. Así que lo supo Cortés, acometió con los bergantines á una flotilla de lanchas que los espías le descubrieron, en la cual el rey iba de aquí para allá por ciertos rincones escondidos de la laguna, y los cogió á todos. Puesto el rey en poder de Cortés, tocando la daga que Cortés ceñía, dijo: «He aquí el hierro con que puedes y debes degollarme: he hecho lo que he podido; aborrezco el vivir, y me será ya molesto.» Cortés le consoló, y le dijo que era propio de un rey magnánimo hacer lo que había hecho; pero se lo llevó consigo al continente, y con guardia segura lo entregó á los suyos para que lo custodiaran. Después de esto, vencida la gran ciudad y casi deshecha su población, sometió al yugo del César todas aquellas naciones.

CAPÍTULO II

Sumario: 1. Cortés pone nuevo rey mejicano.—2. Botín que envía Cortés á España.—3. Tigres á bordo.—4. Cortés premiado.—5. Piratas franceses.

A mí se me han presentado dos de los que en España se llaman hidalgos, que tomaron no pequeña parte en todo aquello, ya en investigar los secretos de las provincias, ya en todos los combates: el uno Diego Ordaz, el otro Benevides. Cuentan que Cortés puso en Méjico un rey á su gusto, nacido de sangre real, y que le mandó establecerse allí á fin de que la ciudad despoblada se reponga á la sombra del rey; porque, de lo contrario, se habría quedado completamente desierta é inculta

tan grande población. Pero él, que no se avenía con el ocio, determinó buscar otras tierras por medio de enviados.

Había enfrente, por el Sur, unas montañas altas: mandó ir á ver lo que había al otro lado, y le trajeron la noticia de que al lado austral de aquellas montañas había otro mar, como en las Décadas lo escribí del mar austral, que Vasco Núñez descubrió desde el Darién: dijéronle también que había allí seis ciudades, de las cuales la menor era mucho mayor que nuestro célebre municipio Valladolid. Una de ellas se llama Teph, otra Mechinaca, la tercera Guaxaca, la cuarta Fuesco, la quinta Tecuantepec; el nombre de la sexta no me lo han dicho.

En una carta particular, aparte del volumen de las cosas de Méjico, escriben que en el mar austral entendieron que no estaban distantes de aquellas costas las islas que crían los aromas, el oro y las perlas. Las ciudades que hay en las

lagunas y en las orillas de éstas, se llaman así: Saltúcar, Tenavica, Tenustitán, Scapuzalco, Tacuba, Chapultepec, Culuacám, dos Guichilobusco, Suchimilco, Quitagua, Astapalapa, Mesechiche, Coluacán y Tezcuco.

2. De estos dos ha vuelto recientemente Benevides, sólo él de entre sus compañeros de las dos naves enviadas por Cortés. Llevan en ellas regalos que Cortés envía, los cuales dicen son mucho más preciosos y elegantes que los que habían traído, y Su Majestad Cesárea se llevó cuando fué á Bélgica, que Vuestra Beatitud los vió. Estiman estos regalos en precio de unos doscientos mil ducados; pero no han llegado aún aquí aquellas naves: se han detenido en las islas Casitérides, que sus dueños los portugueses llaman las Azores, no sea que cayeran en manos de los piratas franceses, como el año pasado otra que venía de la Española y de Cuba con la suma de setenta y dos mil ducados de oro y seiscientas

libras de perlas preciosas, libras de á ocho onzas, y con dos mil robos de azúcar. Los españoles llaman robo á la arroba de veinticinco libras de á seis onzas. Además, muchos llevaban particularmente muchas cosas, y todo fué presa de los piratas. Se ha enviado una flota armada que traiga con seguridad aquellas dos desde las Casitérides. Cuando escribo esto, aún no han llegado.

3. Traían aquellas naves, según dice Benevides, tres tigres criados desde pequeños, cada uno en su jaula, de buenos palos compaginados, dos en una nave, y en la otra el tercero. En la que llevaba dos, con las sacudidas de la nave por las tempestades, una de las jaulas se abrió un poco de modo que se pudo salir el tigre; y al salirse de noche, no con menos rabia fué saltando por la nave que si jamás hubiese visto á ningún hombre; se ensañ por todas partes, hirió á siete hom bres; á uno le quitó un brazo, otro la pantorrilla, á otro los hom

bros; á dos mató; á uno que huyendo se subía al mástil, le cogió de un salto; á éste le auxiliaron ya medio muerto los compañeros, y no murió. Todos los que había acudieron con las picas, espadas y toda clase de armas, y acosándole con muchas heridas, le hicieron saltar al mar. Y para que el otro no hiciera otro tanto, le mataron en la jaula. El tercer tigre, dice Benevides que le traen en la otra nave.

En los bosques de aquellos montes hay muchos tigres, leones y otras fieras. Preguntándole que con qué se mantienen, dijo que con ciervos, cabrillas, gamos, liebres, conejos y otros muchos animales mansos que allá se crían.

4. Cuidando de aquellas naves se han quedado dos capitanes de guerra de aquellas tierras, Alfonso Avila y Antonio Quiñones: éstos traen, para entregársela al Rey, la parte que le ha regalado el pueblo, y la parte de Cortés la cuida Juan Ribera, secretario del propio Cor-

tés, y desde el principio compañero de todos sus trabajos.

El César, á consulta de nuestro Real Senado de Indias, ha confirmado á Cortés en el gobierno de Nueva España, que así la llama él. Pero Diego Velázquez, ó ha sido separado del mando de Cuba ó poco menos, porque se ha resuelto que no obró bien mandando tropas contra Cortés á pesar de la prohibición del Senado de la Española.

5. Recientemente se ha tenido noticia de haberse visto vagar por el océano quince naves de piratas franceses, con ánimo de coger estas naves como cogieron otra, pero que las tempestades les han arrojado al Africa y echado á pique la mayor parte.

LIBRO IX

CAPITULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Colonias del Darién.—2. El istmo de Panamá.—3. Tigres y monos.

HASTA aquí, dejando á un lado muchos detalles para no cansar contando menudencias, he referido lo que Cortés y sus compañeros de armas, y los que ejercen cargos en aquellas regiones, el tesorero, contador, distribuidor, que los españoles llaman factor, ó me lo han escrito estando allá, ó de viva voz me lo han contado cuando han venido.

Digamos ahora unas pocas cosas

acerca del Darién, en su mayor parte noticias recientes, sabidas por cartas de Pedro Arias, Gobernador del creído continente, y por medio de su hijo primogénito Diego Arias, que ha regresado del lado de su padre. Después *(hablaremos)* de las cosas de la Española y de Cuba ó Fernandina.

Y primeramente esto. En el que se cree continente se han erigido cinco colonias: en las costas septentrionales del territorio, Santa María la Antigua, pueblo que llamamos Darién porque, como lo he dicho extensamente en las primeras Décadas, está situado á la orilla del río Darién. Por qué escogieron aquel sitio, por qué le pusieron ese nombre, que se llamaba Zemaco de su cacique Zemaco, bastante se explicó entonces. A treinta leguas de Darién, hacia el Occidente, está asentada la segunda colonia, llamada Acla. A cuarenta leguas de Acla está, en la playa, hacia Occidente, el domicilio llamado Nombre de Dios, con el nombre del

puerto que así llamó Colón, primer descubridor de aquellas regiones. En la playa austral están, con sus mismos nombres patrios, Panamá y Natám, últimas que se han levantado.

El territorio por alguna parte es muy ancho, pero especialmente en el trecho que recorre el gran río Marañón, del cual hablamos bastante difusamente en las primeras Décadas, donde, examinando las causas por las cuales pudiera creerse que tal cantidad de agua se pudiera juntar en un álveo, entre otras ponía que acaso el terreno es allí dilatadísimo del artico al antártico (*de Norte á Sur*), por lo que en el largo trecho resultarán muchos ríos que afluyan á éste, que los llevará al mar océano septentrional.

Así se ha comprobado, Padre Santo; veo que vaticiné en aquel pasaje. Desde aquellas costas septentrionales que ennoblece el curso del Marañón, donde dije que los régulos se llaman chiacones, la tierra se extiende hacia el antártico hasta

el estrecho aquel ultraequinoccial *(de Magallanes)* cincuenta y cuatro grados; algunos rebajan dos, de lo cual se habló bastante en el discurso sobre la busca de las islas que crían los aromas. En las cercanías de aquel estrecho, el invierno tuvo encerrada por el frío á la armada de las cinco naves casi cinco meses, los de nuestro verano, como dijimos en su lugar, habiéndose venido el sol de ellos á nosotros.

Así deja de admirarse el tan portentoso río Marañón. Pues, así como allí es anchísimo el territorio, así en otras partes está contenido en angostos istmos. Pero particularmente, desde la colonia que se llama Nombre de Dios hasta la costa austral y el puerto de Panamá, median diecisiete leguas, pero por montes intransitables, por vastos riscos y bosques espesísimos, jamás tocados, inaccesibles. Aquellos lugares desiertos son habitados por leopardos, tigres, leones, osos, monos de muchas clases y otros monstruos.

3. De aquellos animales se refieren casos maravillosos. Dicen que los tigres así temen el encuentro de los viajeros como el de un perrillo; si encontraran á alguno solo, sin remedio ninguno se lo comerían haciéndolo mil pedazos. Se guardan principalmente de los tigres, que tienen por mucho más sañudos que los leones. Muchos valles de aquellas fertilísimas tierras, muchas laderas de aquellos montes, en las que sin eso brillarían populosas ciudades, están desiertas á causa de las crueles fieras.

Pero acerca de los varios monos es un gusto lo que se cuenta, y peligroso. Por aquellos montes, que el gobernador Pedro Arias escribe que ha abierto ya caminos y los hace de día en día más transitables, partiendo las peñas en las rocas y quemando las selvas espesas, las guías de las monas cuando sienten andar algún pelotón de los nuestros, pues no ya solos, sino ni yendo pocos se atreverían, convocando la numerosa plebe de varias es-

pecies salen al encuentro, y con horribles chillidos, saltando de un árbol en otro, siguen á los nuestros por dondequiera que vayan. Hacen burla de ellos con gran chacota, particularmente las de rabo, y muchas veces aparentan querer acometer en pelotón á los nuestros. Sino que, cuando ya bajadas á los troncos de los árboles ven preparar las flechas ó las escopetas, que alguna vez han experimentado, y que les apuntan con ellas, más ligeras que el viento vuelven á trepar á las puntas de los árboles, y allí, lanzando rabiosas quejas, rechinan los dientes amenazando.

Cuentan que son tan diestras que saben eludir las flechas que se les disparan, y las cogen en la mano como si se las echaran y ellas las recibieran. Pero las balas de las escopetas no han aprendido á desviarlas : con ellas han matado á la mayor parte, acaso á las más jóvenes y no tan sagaces. Pero cuando ven caer herida alguna compañera de su rebaño, y que los nues-

tros la cogen del suelo, alborotan y llenan el espacio con tan estrepitosos alaridos que hacen más ruido que los rugidos de mil leones y el bramar de otros tantos tigres.

Pero hay una cosa que da gusto el oirla. Cada una de las monas, cuando ya subiéndose ha ganado el árbol, se lleva cuantas piedras puede agarrar con una mano, y algunas también en la boca, y desde allí pelean á pedradas con los transeuntes cuando los nuestros se paran para disparar las saetas ó las escopetas. Uno de nuestros flecheros templó su ballesta contra una mona vieja y con rabo, que era más grande que Melampo [1]. La mona aparentó que esperaría; pero cuando ya vió que cerrando el ojo le apuntaban, tirándole una piedra al arquero le hirió fuertemente en la cara, y dice que le rompió los dientes. Sino que pronto el cercopiteco pagó su nueva estratagema, porque mientras la piedra caía so-

---

[1] Un perrazo que nombra Ovidio.

bre el flechero, la flecha subía hacia la mona; la mató y se la comieron ricamente. Sapos habrían comido, y algo peor si hay: tal hambre pasaban.

De brutos cuadrúpedos basta ya. Digamos algo de los que tienen dos pies. Pues aquella gente de dos pies es casi igual á los cuadrúpedos.

CAPITULO II

Sumario: 1. Los cocos.—2. Exploraciones en el mar austral.—3. Mar de fondo negro y sirenas.—4. Cocodrilos, madera incorruptible, libertad de los indios.

En las fronteras de la colonia de Natám, hacia el Sur, hay un régulo poderoso y magnánimo, que se llama Urraco. El gobernador Pedro Arias no ha podido nunca determinarle á que se haga amigo. Dice que ha preparado aprestos militares para moverle guerra. Mas este régulo, confiado en su autoridad y poder, dicen que á los que le han enviado para tratar de paz les ha respondido con altivez, y tiene el atrevimiento de hacer entradas para devastar por fuerza de armas el te-

rritorio de los cristianos que habitan la colonia de Natám. Porque en aquellas tierras tienen muchas clases de dardos con que pelean de lejos, y anchas espadas de madera, tostadas, para pelear de cerca. También tienen arcos con flechas de punta de hueso ó chamuscadas.

Hay allí grandísima abundancia de fruta de cocos, de los cuales hice mención arriba, principalmente donde en la región austral el mar, en su flujo, baña anchas llanuras vecinas, entre las cuales cuentan de una, que, en el flujo, se riega un espacio de dos leguas, y con el reflujo se queda en seco. En esas partes dicen que nacen y crecen espontáneamente aquellos árboles *(los cocoteros)*: en otras de modo ninguno si no los trasplantan de tiernos. Hay quien piensa que el flujo del mar lleva allí las semillas de aquellos árboles desde ignotas regiones. Dicen que de otras regiones de Indias, donde son nativas, han sido llevados á la Española y á Cuba, como alguna vez lo dije de los árbo-

les que crían la canela, y de las islas al continente, hasta llegar á aquellas partes del Sur.

Pero en las islas, por admirable designio de la naturaleza, nace otro árbol de hojas para escribir, que aún no sé si lo hay en el continente, fuera de aquel de que hice mención en las Décadas. En comparación de esta hoja, dista mucho aquélla: la describiré cuando se hable de las islas. Ahora volvamos á lo del creído continente.

2. Desde la colonia de Panamá del mar austral, con naves que allí construyeron, bajaron hacia el Occidente, tanto que les parece que han estado á espaldas del Yucatán. Gil González, Prefecto de esa armada, y sus compañeros, creen es prueba de eso el haberse encontrado con hombres vestidos del mismo modo, y que llevaban joyas de oro ó de plata en los labios perforados, como los que referí en la Década cuarta al Pontífice León, al hacer mención de las cosas de Yucatán y de los regalos que se trajeron.

Escriben que han encontrado á la derecha un mar tan bravo, que opinan habrá allí un estrecho, aún no descubierto, entre el continente y Yucatán; pero que no se atrevieron á meterse en él, porque las naves, con el largo tiempo de navegar por aquellas costas, estaban ya medio podridas y taladradas por los gusanos. Prometen volver cuando hayan reparado las naves.

3. A Arias le dijo Gil González, y lo confirmaron sus compañeros, que á unas cien leguas de la colonia de Panamá encontraron una anchura de mar de color negro, en donde nadaban peces del tamaño de los delfines, que cantaban con armonía, como cuentan de las sirenas, y que adormecen del mismo modo.

Aquí se maravillarán los hombres de ánimo estrecho, y dirán que eso es imposible: voy á decirlos dos palabras: ¿Por ventura no leemos que el mar Eritreo es rojo, de donde ha tomado este nombre? Sea ello por la naturaleza del agua,

sea por el reflejo de las arenas y piedras rojas de la costa, el mar aparece rojo. ¿Quién, pues, podrá quitarle á la naturaleza que críe arenas y piedras negras, que en alguna parte hagan que las aguas parezcan negras? Lo del canto también yo lo tengo por fábula, aunque lo cuentan hombres formales; mas para excusarles, ¿acaso no es sabido qué hay tritones con voz, han sido oídos alguna vez, y fueron oídos y hallados muertos arrojados á la playa en la parte occidental de España? ¿No canta la rana debajo del agua? ¿Pues qué extraño será que se hallen también otros peces con voz, que nunca se hubiesen oído antes? Cada uno crea lo que le acomode: yo pienso que la naturaleza puede hacer cosas grandes.

Todos los ríos del creído continente están llenos de cocodrilos: en los ríos son dañinos; en tierra no, como son los del Nilo. Uno encontraron muerto de cuarenta y os pies, y por el cuello siete de

ancho. El hijo de Pedro Arias, que ha venido de al lado de su padre, dice que ya se han encontrado los árboles de cuyas tablas, haciendo las naves, están inmunes de aquella peste de gusanos que las corroe. Dice también que su leña, llevada á las cocinas, apenas se puede encender por la suma humedad.

Pasemos ahora á lo ventajoso. Aquella tierra tiene muchas minas de oro; pero perdóneme Pedro Arias, perdónenme los demás que han logrado el oro con el sudor de los pobres indígenas. Lo que con asistencia de Vuestra Beatitud se intentó muchas veces en nuestro Consejo de las cosas de Indias, ahora se ha decretado: que los indios sean libres en todas partes, y que se empleen en cultivar los campos y en la enseñanza cristiana. Y si algunos, por la esperanza de conseguir alguna de nuestras cosas, se ofrecieren espontáneamente, sea lícito tenerlos á jornal. Del creído continente basta ya.

CAPITULO III

SUMARIO : 1. Fecundidad de la Española.—2. Papiros y granados.—3. Pimienta.

DIGAMOS algo de las islas. En la Española no se ha cambiado nada. Es el mismo el Senado de quien reciben las leyes todas aquellas regiones. De día en día prospera más todo lo que allí se cultiva. De caballos, cerdos y rebaños, hay multitud inmensa. Lo mismo pasa en las demás. Las terneras conciben á los diez meses de edad, conciben también las potras, y apenas han parido cuando ya desean y reciben el caballo. Viven contentándose con el pan de yuca y de maíz. Vino se les

lleva de Andalucía, aunque tienen viñas en la mayor parte de los lugares. Dicen que crecen admirablemente; pero tan frondosas, que gastan la fuerza en pámpanos y follaje, y poca en racimos, y que perecen á los pocos años de puestas. Del trigo cuentan lo mismo, que se hace como las cañas, y las espigas inmensamente grandes, pero que los granos fallan en su mayor parte antes de sazonar. De las demás cosas hay allí más abundancia que en ninguna parte. Las prensas de azúcar se aumentan todos los años.

2. Hablemos ahora del árbol que da el pergamino en ambas islas. Se parece mucho á la palma; sus hojas son tan grandes que, extendiendo una sobre la cabeza, defiende de la lluvia todo el cuerpo del hombre, como si se echara á la espalda una capota de lana. Esto es poca cosa, pero digamos lo admirable. Aquellas hojas, que están adheridas al árbol como la palma en el suyo, arrancando una de ellas desde su raíz, con que está unida al árbol

(pues fácilmente, cogiendo la hoja por la punta que cae, se arranca del árbol) en su costado interior, que comprende las membranas delgadas, se encuentra una película blanca, semejante á las albúminas del huevo; se desprende aquella piel como la de un carnero degollado, y se saca de su corteza la membrana entera: es no menor que la de un carnero ó una cabra, y de ellas se sirven todos como si tuvieran el mismo pergamino, y dicen que no es menos resistente.

De aquella membrana fina, con tijeras cortan tanto pedazo cuanto al presente necesitan escribir. Este árbol se llama yagua; su fruto se parece á la aceituna, engorda á los cerdos; para los hombres no es tan á propósito. De qué manera se aprovechan de otra hoja para escribir, que es diferente de esta película, bastante se explicó en su lugar.

Hay otro árbol que nace en las hendeduras de las piedras, no en buen suelo: se llama pythahaya, de fruto agridulce, del sabor que

advertimos en la manzana púnica, agridulce: se llama granada. Su fruto es de grande como la manzana, y colorado por dentro y por fuera. El árbol mameyo, de que hablamos en las Décadas, en las islas no es mayor que un melón pequeño, pero en el continente como uno grande; esta fruta cría solas tres pepitas mayores que una nuez para la conservación de la especie.

3. Digamos ahora un poco acerca de la pimienta de las islas y del continente. Tienen selvas llenas de frutales que crían pimienta: pimienta, digo, aunque no lo es, porque tiene la fortaleza y el aroma de la pimienta, ni vale menos que la pimienta aquel grano; ellos le llaman *haxí*, con acento en la final: es más alta que la adormidera. Se cogen sus granos como los del enebro ó el abeto, aunque no llegan á ser tan grandes. Hay dos especies de aquel grano, cinco dicen otros: la una es de larga como dedo y medio de hombre, más picante y aguda que la pimienta, y la otra

es redonda y no menor que la pimienta; pero ésta tiene la película, la pulpa y las pepitas, todas tres cosas con su cálida fortaleza. Otra tercera hay que no es acre, sino solamente aromática, que si la usáramos no necesitaríamos de la pimienta del Cáucaso: la llaman boniato dulce; á la acre la llaman caribe porque es áspera y fuerte: por eso llaman caribes á los caníbales, porque reconocen que son fuertes y ásperos.

Otro árbol hay en estas islas que se llama guchón, y el hombre que toca su rocío se inficiona cual si tomara veneno. Si alguno mira ese árbol de hito en hito, pierde la vista y se hincha como un hidrópico. Otros dos hay cuya madera y hojas, quemándolas, matan con solo el humo: el uno si encendiendo un poco de leño se lleva por la habitación; el otro envenena si se aspira por las narices el sahumerio de la hoja.

Una iniquidad cruel me contó cierto sacerdote que navegó seis

veces todo aquel vasto derrotero del océano, desde el continente, Cuba y la Española, tres veces yendo y otras tres viniendo, el cual se llama Benito Martínez, hombre bastante dispuesto. Este es el primero que vino á Barcelona á dar cuenta del Yucatán y demás tierras comarcanas de allá.

Cuenta que cierto hombre llamado Madroño, del pueblo de Albacete, en la región Espartaria, tuvo á su cargo para recoger oro, según antigua costumbre, á un cacique con sus súbditos en el lugar de Santiago. En breve tiempo, de la mina que por suerte encontraron le recogió el régulo con sus cavadores á su amo temporero nueve mil castellanos de oro. En nuestro real Senado se mandó desde el principio que á cada uno de aquéllos, cuando se retirara del trabajo, se le hiciera algún donativo de cosas nuestras, como una montera, chaleco, camisa interior, sayo, espejo ó cosa así.

Pensaba el cacique que obten-

dría del amo un donativo de algún más valor por haber encontrado en poco tiempo tanta cantidad de oro. Madroño fué mezquino en dar menos que debiera, y el cacique se puso tan bilioso que, llamando adentro de la casa aquellos cavadores en número de noventa y cinco, les habló así: «Compañeros: ¿para qué queremos vivir más tiempo en semejante esclavitud? Hay que irse ya á las moradas perpetuas de nuestros antepasados. Examinad dónde descansaremos de estas calamidades intolerables que sufrimos bajo el poder de hombres ingratos. Os seguiré al punto.»

Dicho esto, tenía preparados manojos de las hojas que matan con el olor. Habiéndolos encendido, dió á cada uno su porción para que la sorbiera, y ellos le obedecieron. El cacique y un pariente suyo principal, hombre sagaz, tomaron el humo os últimos. El suelo del cobertizo staba ya cubierto de cadáveres, y os dos vivos comenzaron á disputar sobre cuál se suicidaría prime-

ro; el cacique instaba que lo hiciera antes su compañero; éste dijo que lo haría después que él, pero no antes, y por fin lo hizo primero el cacique. Entonces el compañero, por el dulce amor á la vida, burlándose del cacique y de sus fatuos compañeros, no quiso seguirlos; y saliéndose de allí, avisó á los nuestros de lo que había pasado.

CAPITULO IV

Sumario: 1. Otros suicidios ocasionados por abusos criminales.—2. Gigantes en América.

Dice que casi aquellos mismos días ocurrió otro homicidio en la provincia llamada del Príncipe. Un pretor urbano, llamado Obando, tenía una muchacha, hija del cacique. El Pretor, aunque estaba preñada de él, sospechó que habría hecho algo fuera. No para matarla, sino únicamente por atemorizarla, sujetándola en dos asadores de madera la acercó al fuego y mandó que sus satélites le dieran vueltas. Aterrorizada la joven de la atrocidad de aquello y del nuevo género de tormento, se murió.

Su padre, el cacique, así que supo el caso, reunió consigo á treinta de los suyos, se fué á la casa del Pretor en ausencia de éste, y mató, sin dejar uno, á la esposa que había tomado después del crimen aquel, á las mujeres que la acompañaban y á los criados; después, cerrando la puerta de la casa y prendiéndola fuego, se quemó él con todos sus compañeros auxiliares, y la familia muerta del Pretor y todo lo que tenía.

De otra joven cuenta una cosa que espanta. Violada por un mozo de mulas, español, se fué á su casa, contó lo que le había pasado y dijo á sus padres que por ello quería quitarse la vida. No aprovechó el consolarla: tomó jugo de yuca, que crudo sirve de veneno y cocido de leche; el veneno no tuvo fuerza bastante para quitarle la vida, pero determinó matarse de cualquier manera. Al día siguiente dijo que iba á lavarse á un sitio del próximo río, pues tenía costumbre de lavarse dos veces al día. Allí encontró me-

dio cruel de vengarse. Dobló un pequeño árbol que había á la orilla del río, lo tronchó á la altura de su copa, y del mejor modo que pudo le sacó punta á la parte superior. Después, subiéndose á otro árbol próximo más alto, se clavó la punta del otro por donde había sido violada, y permaneció clavada cual cabrito que van á asar en el fuego de la cocina.

También otra joven, á los pocos días, resolvió dar fin á las molestias de la vida. Se llevó consigo de compañera á una criada de este sacerdote, de la edad de ella, y la persuadió fácilmente que, siguiendo su ejemplo, se marchara con ella á reunirse con sus antepasados, donde pasarían vida tranquila. Atando á las ramas de un árbol los ceñidores que llevaban puestos, y echándose un nudo al cuello, se tiraron del árbol, y así ahorcándose lograron sus deseos. De estas cosas cuentan muchas.

2. Quiero concluir esto con una relación gigantesca que, cual formidable Atlante puesto de pie, guar-

de la espalda á estas indicaciones. Diego Ordaz, arriba mencionado, recorrió muchos rincones de aquellas tierras y apaciguó á los caciques, en particular al de la provincia del árbol de la moneda *(el cacao)*, donde aprendió cómo se cría y crece aquel árbol monedero, conforme lo expliqué en su lugar. En la bóveda de un templo encontró un pedazo de hueso del muslo de un gigante, raído y medio carcomido por la antigüedad. El licenciado Ayllón, jurisperito y uno de los senadores de la Española, llevó aquel muslo á la ciudad de Vitoria poco después que Vuestra Beatitud marchó de allí para Roma. Yo lo tuve en casa algunos días: tiene de largo cinco palmos desde el nudo del anca hasta el de la rodilla, y de recio en proporción. Después de esto, los que Cortés envió á las montañas del Sur volvieron diciendo que habían encontrado una región habitada por hombres de esos, y en prueba de ello dicen que trajeron muchas costillas de los muertos.

Tocante á las demás cosas que pasan entre nosotros, Vuestra Beatítud lo sabe con frecuencia por los amanuenses del César. A mí no se me puede exigir nada de lo que agita los ánimos calamitosos de los príncipes cristianos, envueltos en enemistades á beneficio de los mahometanos.

Conque páselo muy bien Vuestra Beatitud, á cuyos pies postrado le rindo humildísimo vasallaje.

LIBRO X

CAPÍTULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Noticias que trae Ribera, secretario de Hernán Cortés.—2. Etimologías.—3. Méjico después de sitio y la toma.—4. El arrastre de grandes vigas.

AL modo que cortándole cabezas á la hidra se septuplican, así á mí, cuando acabo una narración, se me vienen otras. Pensaba yo haber cerrado ya la puerta á los asuntos de Méjico, cuando he aquí que, llegando otro enviado, me veo precisado á brirla de nuevo.

En una de las dos naves que raían los regalos desde las Casitédes ha venido un familiar ama-

nuense de Cortés, que se llama Juan Ribera, quedándose la otra nave, por temor á los piratas franceses, esperando á las naves auxiliares con el tesoro, del cual, á más del quinto correspondiente al Real Fisco, Cortés voluntariamente da una parte de las riquezas adquiridas con su trabajo, y otra sus principales compañeros de armas. Este Juan Ribera trae orden de entregar al César, en nombre de su amo, Cortés, los regalos por éste designados. En nombre de los demás traen los suyos; aquellos dos que arriba dijimos se habían quedado en las Casitérides con las naves.

Este Ribera posee el idioma de Méjico, y en todo el tiempo de la guerra no se ha hecho cosa en que no haya tomado parte él, siempre al lado de su amo, quien envió á éste muchos días después de haber marchado sus compañeros. Por eso nos puede dar razón más clara de todo.

2. Preguntándole primero acerca del origen y etimología del nom

bre de la ciudad Tenustitana, y luego de su ruina y estado actual, y con qué fuerzas sostiene Cortés la situación, y de otras muchas cosas semejantes, dice que la ciudad fué construída en medio de aquella laguna salada sobre un escollo que allí había, como se lee de la ilustrísima ciudad de Venecia, construída asimismo en una prominencia que vieron en aquella parte del golfo adriático para defenderse de las incursiones de los enemigos. El nombre dice que se compone de tres vocablos concisos. A una cosa que parezca divina, le llaman *ten;* al fruto, *nucil* [1], y *titán* llaman á lo que está en el agua. Lo mismo es *tenustitán,* que «fruto divino puesto en el agua», porque encontraron en aquella roca un árbol nativo cargado de fruta suave y muy buena de comer, mayor que nuestras manzanas, que dió á los primeros que la encontraron la deseada comida; por lo cual, en prueba de gratitud

---

[1] Parece que deberá ser *nus* ó *nust.*

llevan tejido en las banderas el árbol aquel, que se parece á nuestra morera, aunque tiene las hojas mucho más verdes.

También los tescaltecas tienen en sus banderas dos manos juntas amasando comida, porque se jactan de tener campos más feraces de cereales que los demás comarcanos, y por eso le pusieron el nombre á su ciudad: pues *tescal* en su lengua se llama la comida de pan, y *teca* es señora, y así es *señora del pan.*

Lo mismo pasa con los montecillos, que los nuestros llaman volcanes; digo de el monte aquel que vomita humo. En los pendones de guerra llevan un monte humeante, y á ese monte le llaman Popocatepech; porque *popaca* significa humo, y *tepech* monte. Vecino de éste, un poco separado al Oriente, hay otro monte cubierto de nieve todo el año, y además otros cargados de nieves por la mucha altura. También otro monte se llama Cachutepech, lleno de conejos, porque *cachu* significa conejo, y de ahí

monte de los conejos. La casa de la religión es *teucale:* de *teu,* que es Dios, y *cale,* casa. Así definen todas las cosas, por el efecto. Alguna vez investigaremos esto más diligentemente.

3. Tocante á la ruina, dijo que la ciudad, en su mayor parte, había sido arruinada, ya á hierro, ya á fuego, y que de los principales quedaron pocos. Dice que la están rehaciendo toda maravillosamente si por alguna parte se quedó oculto de los furiosos combates algún pago ó calle, y principalmente los palacios reales, de los cuales el principal, donde vivía Motezuma, cuentan todos que es tan vasto que sin un guía allí nacido y criado nadie, una vez entrado, encontrará el camino para salir, como se lee de las revueltas del fabuloso laberinto de Minos. Dice que Cortés va á establecer allí su morada, y que por eso cuida de que se repare lo primero. Pero las casas de recreo donde antes mencioné que había encerrados varios géneros de cuadrú-

pedos, fieras y aves diversas, dice que están edificadas dentro de la ciudad, y sobre el agua misma con amenos jardines, no en el continente, como otros habían dicho. Cuenta muchas cosas de los alaridos quejumbrosos de los leones, tigres, osos y lobos cuando se quemaban con las mismas casas, y del saqueo lamentable de todo aquello. Tarde se reconstruirán aquellas casas: eran todas de piedra desde los cimientos, rodeadas de pinos y arregladas á modo de castillo.

Pero las casas del pueblo son también de piedra hasta la cintura de un hombre, á causa de las crecidas de la laguna por el flujo ó por los aluviones de los ríos que en ella desaguan. Sobre aquellos grandes cimientos construyen el resto de la fábrica con ladrillo, ya cocido, ya secado al sol en verano, entremezclando vigas. Todas las casas tienen solo un piso. En el suelo hace poca morada por la humedad: lo tejados no los cubren con tejas, sin con cierto betún de tierra; para to

mar el sol es más cómoda aquella forma, pero debe creerse que se estropea más pronto.

4. Mas digamos cómo traen las grandes vigas y cuartones que necesitan para edificar la casa. Las laderas de aquellos montes están llenas de árboles cidros, de los cuales los voluptuosos romanos, después que de la continencia pasaron al lujo, hacían las mesas y el armazón de las camas, porque el cidro preserva perpetuamente de polilla y caries todo lo que se entabla con él, y las tablas de ese árbol estan pintadas naturalmente de varios colores. En los mismos bosques hay pinares mezclados con los cidronales. Con sus segures de latón y sus azuelas ingeniosamente templadas derriban y labran los árboles, quitándoles los garranchos para arrastrarlos con más facilidad. No les faltan hierbas con las cuales, á falta de esparto y cáñamo, arreglan cuerdas, sogas y maromas. Taladrando la viga por una cara, meten la soga; después

ponen á tirar á los esclavos cual yuntas de bueyes, y por fin, metiendo debajo, en vez de ruedas, troncos redondos, ya sea cuesta arriba, ya se haya de arrastrar la mole cuesta abajo, hácenlo las cervices de los esclavos, dirigiendo el trabajo los carpinteros. Todos los materiales de construcción, y demás cosas acomodadas al uso de los hombres, los obtienen del mismo modo, no teniendo, como no tienen, bueyes, ni asnos, ni cuadrúpedo alguno de carga.

De las vigas se cuentan cosas increíbles, y yo no me atrevería á referirlas á no ser que hombres de autoridad, y muchos obligados por nosotros en el Senado, hubieran asegurado que midieron varias, y que vieron y contemplaron en la ciudad de Tezcuco una que sostenía casi todo el palacio y tenía ciento veinte pies de larga; y labrada en forma octágona, era más gruesa que un buey grande, y no lo contradice nadie. De aquí se puede colegir lo industriosos que son.

CAPITULO II

SUMARIO: 1. La escasa tropa de Cortés.—2. Los ricos dones que envía.—3. La industria que revelan.—4. Los vestidos mejicanos.

TOCANTE á la moneda llamada *cacao*, y á las fuerzas de Cortés para sostener tan vasto imperio, dice que ni se ha cambiado la moneda ni conviene que se cambie. Y que las fuerzas de Cortés consisten en cuarenta bombardas, doscientos jinetes y mil trescientos de á pie: de los cuales doscientos cincuenta quiere que estén listos para manejar los trece bergantines con su jefe señalado, que de día y de noche van dando vueltas por la laguna. De los otros se sirve para recorrer nuevas tie-

rras: han reconocido la mayor parte de los montes que median entre la planicie tenustitana y el Sur, encontrando que son muy prolongados de Oriente á Occidente.

Los que las han pisado dicen que anduvieron quinientas leguas. Cuentan que tienen muy buenas provisiones, y son amenos y con excelentes ciudades. De aquellos montes y de los diferentes ríos que riegan los campos tenustitanos, este Juan Ribera trae muchas muestras de oro como lentejas y guisantes y varias perlas de la región austral, pero encontradas en poder de Motezuma y de sus regalados próceres ú otros enemigos en los despojos de las batallas.

2. Teniendo yo en mi casa á este Ribera, el reverendo protonotario Caracciolo, legado de Vuestra Beatitud, con el embajador de Venecia, Contarino, y el joven Tomás Maino, viceduque de Milán, nieto del gran Jason Maino, vinieron á mi casa por el anhelo de oir y ver cosas nuevas. Les causó admira-

ción, no la abundancia de oro ni el que sea tan puro desde su origen (pues lo es tanto que sin hacerle nada se pueden acuñar con él ducados de oro). Principalmente admiraron el número y la forma de los vasos llenos de oro, que los traía diferentes de las diversas naciones que los enviaban cual tributo; y para prueba de que se coge aquel oro en su tierra, en cada vaso ó cajita estaban las armas de cada región, que pesaban ocho, nueve ó diez dracmas de oro cada una. Nos lo enseñaron como correspondía á un hombre de los que tomaron parte en las cosas, pues el propio Ribera es dueño de todas las cosas que nos enseñó.

Pero lo que trae la nave detenida es un caudal muy grande que se le ha de entregar al César. El oro fundido y hecho barras sube á la suma de treinta y dos mil ducados; pero lo que se podrá sacar de los anillos, joyas, escudos, yelmos y otros objetos que traen, si se tasara, dice que asciende á ciento

cincuenta mil ducados. Pero corre por ahí no sé qué rumor de que los piratas franceses han olido ya esas naves. Dios nos saque con bien.

Vamos á las cosas particulares de este Ribera, que son pequeñas muestras de lo que ha de venir. Nos ha enseñado perlas nada inferiores á las que la humana molicie llama orientales: muchas de ellas tienen más tamaño que una avellana grande; pero la mayor parte no están bastante blancas, porque las sacan asando las conchas que las crían; mas algunas vimos limpias.

3. Eso es poco: fué una hermosura ver la variedad de joyas y anillos: no hay cuadrúpedo, ni ave, ni pez que una vez hayan visto sus artífices, que no saquen al vivo la imagen: nos parecía que veíamos vivas las caras, vasillos pendientes de las orejas, collares, brazaletes, todo de oro, que nos causaba maravilla, en lo cual el trabajo aventajaba con mucho á la materia; penachos, cimeras, escudos y yelmos, labrados á trozos con tal arte y con

puntas tan menudas, que de puro delgadas engañaban la vista. En particular nos gustó la hermosura de dos espejos: el uno estaba rodeado de medio globo de oro: tenía de circunferencia un palmo, y estaba incrustado en madera de color verde; el otro no era tan grande.

Dice este Ribera que en aquella tierra el arte lapidario es tal que con el bruñido se pueden hacer excelentes espejos: todos confesaron que ninguno de los nuestros presenta más natural la cara del hombre. Vimos una careta muy lindamente formada : en su parte interior es de tablilla ensamblada, y encima tiene piedrecillas menudísimas, unidas con tales junturas que la uña no las advierte; y mirándola con los ojos muy claros parece una sola piedra, de la materia que hemos dicho se hacen los espejos, y con las orejas de oro; cruzan la cara dos fajas verdes de esmeralda desde ambas sienes, y otras dos azafranadas: entreabierta la boca, se ven los dientes de hueso, dos de

los cuales, en ambas mejillas, bajan á la barba saliendo fuera de los labios. Esas caretas se las ponen á sus dioses en la cara cuando el príncipe está malo, y no se las quitan hasta que, ó se pone bueno, ó se muere.

4. Después sacó de una caja grande varios vestidos : para todos tienen sólo tres materias, la primera de algodón, después de plumas de aves, y la tercera la componen con vello de conejo. Ponen de adorno las plumas entre el vello de conejo, y las urden entre los estambres de algodón, y lo tejen con tanto trabajo que no llegamos á entender bién cómo lo hacen. Del algodón no es maravilla: como nosotros urdimos y tejemos las telas de lino, lana ó seda, asimismo ellos las de algodón.

Pero la forma de los vestidos es cosa de risa. Los llaman vestidos porque se cubren con ellos, pero no tienen semejanza alguna con ninguna clase de vestimenta. Es sólo un velo cuadrado, muy parecido al

que en mi presencia se ponía alguna vez Vuestra Beatitud en los hombros, al peinarse la cabeza, para preservar los vestidos de que les cayera de la cabeza algún pelo ú otra suciedad. Aquel velo se lo echan al cuello; después, anudándose á la garganta dos de las cuatro puntas del velo, lo dejan caer, y apenas les cubre el cuerpo hasta las piernas.

Cuando vi estos vestidos, cesé de admirarme de que Motezuma enviara á Cortés tal número de vestidos, como arriba mencioné, pues tienen poco que hacer y poco espacio ocupan aunque sean muchos. Tienen también calzoncillos, de los cuales, para elegancia, penden ingeridas plumas de varios colores hasta la rodilla.

Muchos usan calzoncillos, en su mayor parte de plumas : en las hebras de algodón meten plumas y pelo de conejo muy hábilmente en todas las cosas, y de ello hacen sus vestidos de invierno y las colchas para la noche. Por lo demás, van

desnudos, y como no haga frío llevan siempre fuera uno de los brazos. Por eso todos son de color algo moreno; pero, aunque alguna vez sientan frío, en aquella tierra necesariamente tiene que hacer poco, supuesto que, según dicen, aquella planicie está distante del polo ártico entre el grado diecinueve y el veintidós.

CAPITULO III

Sumario: 1. Mapas indios.—2. Reserva prudente sobre creer en islas de perlas y especiería.—3. Razones en pro.

He advertido una cosa que está dibujada en los mapas, que ha traído varios. Por el Norte hay unos montes algo distantes, separados unos de otros por valles feracísimos, por cuyas gargantas entran en aquella planicie con gran fuerza los vientos septentrionales, y por eso el costado Norte de la ciudad Tenustitana está defendido con anchos parapetos de vigas enclavadas y de grandes piedras, para que la ciudad esté al abrigo de los impetuosos torbellinos. Lo mismo vi yo

en Venecia inventado para contener el furor del mar Adriático, y que no quebrante las casas. Los venecianos, á aquella muralla de la orilla la llaman vulgarmente *el lío*. Por el Mediodía, al revés, hay montes contiguos tan altos que los vientos del Sur no pueden soplar en la llanura para darle calor. Además vienen del cielo vientos boreales, y desde lo alto soplan más que no los del Sur, que suben de abajo arriba, y la llanura aquella tiene también, no lejos, montañas de nieves perpetuas y de fuego.

Entre los mapas de aquellas tierras hemos examinado uno que tiene de largo treinta pies, de ancho pocos menos, tejido de algodón blanco, en el cual estaba escrita con extensión toda la llanura con las provincias, tanto las amigas de Motezuma como las enemigas. Están asimismo los vastos montes que por todos lados rodean el llano, y están figuradas las costas meridionales, de cuyos habitantes dicen haber oído que están cerca las isla.

en donde dijimos arriba que se crían las aromas y oro y perlas en abundancia. Aquí, Padre Santo, hemos de hacer una pequeña digresión.

2. Cuando se leyó este punto entre nosotros, la mayor parte frunciéron el ceño y lo tuvieron por fábula, porque las cartas hablaban de futuro contingente, como ha sucedido en muchas cosas que se sabían por relación de los bárbaros, hasta que se han puesto en claro. Y ciertamente, no les faltaba razón para dudar, con el ejemplo de tres cosas que han ocurrido en nuestro creído continente no conformes con las primeras afirmaciones, de las cuales hice mención en las primeras Décadas, aunque siempre dejándolas en duda.

Dije que el hijo mayor entre los siete de Comogro increpó á los es-
pañoles porque hacían tanta estima
el oro, y se ofreció á mostrarles
bundancia que los saciara con tal
e hicieran ir buen golpe de gente
rmada, con la cual se atrevieran

á cruzar las montañas que les mostraba, y que las ocupaban caciques belicosos y defensores animosos de su derecho, porque los costados meridionales de aquellas montañas tocaban otro mar hacia el antártico, y los habitantes de aquellas laderas eran riquísimos. Cruzaron las montañas, pasearon el mar austral y conocieron que los haberes de aquellos caciques eran mucho menos de lo que la fama pregonaba. Lo mismo sucedió con el río Dabaiba, de que también se habló allí con extensión. Las cuales dos cosas, puestas en conocimiento del Rey Católico, lo determinaron á enviar á Pedro Arias con mil doscientos soldados al matadero; pues han muerto casi todos con escasa utilidad, como en otra parte lo he dicho con bastante latitud.

Lo tercero que los retrae de creer lo que se cuenta, no va fuera de razón. Todos los habitantes de aquellas tierras, para alejar de sus fronteras á los nuestros, escudriñaban qué era lo que deseaban, y

cuando entendían que buscaban oro ó qué comer, señalaban lugares lejanos, y haciendo muchas ponderaciones afirmaban que hallarían mejor que entre ellos mucho mayor abundancia de ciertas cosas en poder de algunos caciques, y los nombraban; y cuando fueron á los caciques nombrados, conocieron que les habían engañado. Luego no sin razón indican que lo mismo puede suceder con estas cosas que se cuentan de lejos.

Pero examinando yo este caso en gracia de un varón tan distinguido, creo encontrar razones probables y persuasivas. En presencia del gran canciller Mercurino de Gatinara, del comendador mayor Fernando de Vega, del doctor señor de la Roca, belga, querido del César é hijo del gran canciller Felipe, y del gran tesorero el licenciado Vargas, admitido en el Senado de las cosas de Indias después que marchó Vuestra Beatitud, exuse estas razones.

A mí me daría vergüenza de con-

tar esto entre los portentos y cosas difíciles de la naturaleza. Las islas Malucas que crían los aromas, están en parte bajo el equinoccio, en parte próximas á él, como arriba lo mencioné; ocupan exiguo espacio de la tierra; en comparación de todo el resto; y como el círculo equinoccial da vuelta á todo el orbe, ¿quién quita que en otras partes, lo mismo que allí, se puedan encontrar con clima igualmente benigno otras tierras, á las cuales la fuerza del sol les comunique aquella virtud aromática, y la divina Providencia haya querido tenerlas ocultas hasta estos nuestros tiempos, como vemos que lo ha estado hasta ahora esta inmensidad del océano y de aquellas regiones terrestres. Las costas australes de Tenustitán apenas distan doce grados del equinoccio. ¿Qué extraño será, pues, que así como vemos al presente descubierto lo que antes estaba como sumergido, suceda ahora otro tanto para aumentar la felicidad de nuestro César, discípu-

lo de Vuestrà Beatitud? Lo mismo digo á los que sólo quieren creer lo que ellos alcancen con las fuerzas de su ingenio en nombre de Vuestra Beatitud, que siempre ha sido investigador sagacísimo, no sólo de los arcanos de la madre naturaleza, sino también de los divinos.

Otro argumento me hace también fuerza. Cortés, que ha llevado á cabo tan grandes cosas, no sería tan mentecato que á ojos cerrados hubiera tomado á su cargo semejante empresa en el mar austral, como la que sabemos ha tomado de construir á su costa cuatro naves para explorar aquellas tierras si no hubiese sabido algo cierto, ó por lo menos verosímil. Basta ya.

CAPITULO IV

SUMARIO: 1. Indios salvajes.—2. Parodia de los usos guerreros de Méjico.—3. Id. de los homenajes al rey.—4. La embriaguez santificada.

OLVAMOS á su familiar Ribera. En aquellas montañas dice, según la relación de los naturales, que hay hombres salvajes, greñudos como los osos peludos de nuestras montañas, y que pasan con los frutos espontáneos de la naturaleza y con la caza. Después del mapa más grande, vimos otro poco menor, que no nos excitaba menos interés. Comprendía la misma ciudad de Méjico, con sus templos y puentes y lagunas, pintado por mano de los indígenas.

2. Después de esto, estando nosotros sentados en un terrado descubierto, hizo salir de mi dormitorio, con sus aprestos guerreros, á un muchacho indígena que él se trajo de criado.

Llevaba en la mano derecha una espada de madera, sencilla, sin las piedrecitas que ellos acostumbran, pues hacen una hendedura en ambos filos de la espada, y llenan la ranura de piedrecitas agudas con un betún muy fuerte, de modo que en la lucha casi se igualan con nuestras espadas en el cortar. Las piececitas son de aquella piedra de que hacen las navajas que otra vez dije. Levantó el escudo, hecho á estilo de ellos. Está tejido de mimbres muy resistentes con oro sobrepuesto, y de su media circunferencia inferior cuelgan fimbrias volantes de pluma entretejidas para adorno, y más de un palmo de largas. Así como la parte interior estaba encubierta con piel de tigre, por fuera tenía el centro de oro en campo de plu-

mas de varios colores, poco diferente de nuestra seda velluda *(terciopelo)*.

Salió el muchacho armado con su espada y cubierto de ceñido vestido de pluma, amarillo y rojo, con calzoncillos de algodón; entre los muslos le colgaba un pañito, llevando prendidas con aquel vestido las caligas, como si uno se quitara el jubón sin desatar las cintas de las calzas; y con sus chinelas muy bien puestas, hizo el mancebo un simulacro de pelear; tan pronto echándose sobre los enemigos, tan pronto huyendo de ellos.

Por fin aparentó que en la lucha había cogido á otro joven, ataviado para lo mismo y consiervo suyo; del modo que ellos suelen agarrar á los prisioneros de guerra, cogiéndole del pelo, lo arrastraba para llevarlo á inmolar, y tendido en el suelo, parecía que primero le metí el cuchillo por las costillas, donde está el corazón, y después, arrancado el corazón, fingía exprimir con ambas manos la sangre de jun-

to al corazón, y con ella, salpicándola, mojaba la espada y el escudo (eso dicen que acostumbran hacer con los enemigos que cogen), y encendiendo fuego por el frotamiento de dos maderas á propósito (el fuego tiene que ser recientemente sacado por doncellas), quemó el corazón, cuyo humo creen que es grato á sus dioses patronos de la guerra. El resto del cuerpo lo parten miembro por miembro, como lo mostraba con sus gestos el muchacho, dejando íntegro el vientre con lo de atrás para que no se escurra la inmundicia. Pero la cabeza del enemigo inmolado, quitándole la carne y engastándola en oro, se la reserva por trofeo el mismo que le mató, y se hace fabricar tantas cabecitas de oro con la boca abierta cuantos enemigos se prueba que ha muerto é inmolado, y las lleva pendientes del cuello: se opina que se comen los miembros.

Dice este Ribera que llegó á saber que todos los principales de

Moctezuma solían asimismo comer carne humana, y por esto sospecha que también Moctezuma, aunque siempre se recató de ellos para hacerlo después que manifestaron qué cosa tan fea y tan desagradable á Dios es matar á los hombres, y mucho más comérselos.

3. Después que el muchacho concluyó de parodiar sus ceremonias sagradas; entretanto que majábamos á Ribera preguntándole sobre las costumbres y la extensión de aquellos territorios, introduciendo al muchacho en la alcoba lo vistieron de fiesta. Salió vestido de otra manera. Con un juguete *(jocali?)* de oro en la mano izquierda, adornado de mil maneras; sacó en la mano derecha una sarta de cascabeles haciéndoles sonar, y levantando un poco el juguete, volteándolo y luego bajándolo, cantando á estilo de su patria, danzaba por por todo el entarimado en que estábamos mirándole sentados.

Daba gusto ver cómo, acercándose al de más respeto *(represen-*

taba la manera con que) saludan á los reyes presentándoles dones; con voz temblorosa, con la vista baja, sin alzarla nunca para mirarle la cara al rey, le saluda al acercarse, y postrado el cuerpo le habla á este tenor. Le llama rey de reyes, señor de los cielos y de la tierra; en nombre de su ciudad ó de su pueblo le ofrece un obsequio; le dice que escoja el que más le agrade entre dos, ó que le hagan alguna casa trayendo las piedras, vigas y cuartones, ó que le cultiven los campos; dicen que son esclavos del rey; explican que por su causa han sufrido de parte de sus enemigos perjuicios inmensos, pero que han recibido con gozo todos los daños por serles obedientes y leales, y aquí muchas necedades.

4. Por tercera vez, cuando estábamos engolfados en la conversación con Ribera, salió de la alcoba el muchacho haciendo el borracho. Jamás hemos visto espectáculo más parecido al del ebrio. Cuando piensan alcanzar de los dioses algo que

desean, dice que se reunen dos mil y tres mil, y se hartan del jugo de cierta hierba que embriaga, agarrándose á las paredes para sostenerse, y preguntando á los que encuentran por dónde se va á su propia casa, cuándo escupiendo, cuándo vomitando, y las más veces cayéndose. Basta acerca del muchacho.

Ribera dice que ha oído no sé qué acerca de una región habitada sólo por mujeres en las montañas aquellas que dan al Norte; pero no se sabe nada de cierto. Dicen que es prueba para que se crea el que la región se llama Iguatlan, porque en la lengua de ellos *iguat* significa mujer, y *lan* es señor; por eso piensan que es *región de mujeres*.

CAPITULO V

SUMARIO: 1. Los juegos de los mejicanos: la pelota.—2. El alumbrado.—3. El matrimonio: cuentas, libros.—4. Fincas devastadas.—5. Comestibles.—6. Cambio de religión.

MIENTRAS preparaban al muchacho para diferentes espectáculos, entre otras pruebas del poder de Motezuma, *(nos dijo)* que tenía un sinnúmero de intérpretes y embajadores que en nombre de sus señores honraban su corte *(estándose en ella)* de asiento, así como entre nosotros los condes, marqueses y duques hacen homenaje al César.

Aunque es cosa de juego, no va fuera del asunto decir los juegos que usan. Sabida cosa es que tienen los cubiletes de los dados con

las casillas tejidas en las colchas; pero el juego de la pelota se tiene por el principal entre ellos y en nuestras islas. Las pelotas son del jugo de cierta hierba que trepa por los árboles como el lúpulo por los setos; cuecen el jugo, se endurece cociéndolo y se hace una masa, y frotándola forma cada uno la pelota á su gusto; otros dicen que haciéndolas de las raíces de aquellas hierbas son pesadas; pero no sé cómo en el suelo toman viento para que, dándoles un pequeño golpe, salten hasta las estrellas, dando un bote increíble.

Son sumamente diestros en ese juego: le dan á la pelota con los hombros, los codos, la cabeza, con la mano raras veces; alguna vez con las nalgas, volviendo la espalda mientras el contrario saca, pues juegan desnudos como los luchadores.

2. En vez de antorchas ó candelas queman la medula del pino *(tea)*, y no tienen otro sebo ó enjundia ni aceite, ni empleaban en eso la

cera hasta que los nuestros fueron allá, y eso que tienen cera y miel. En los palacios de los reyes y de los próceres conservan, ardiendo toda la noche, tres luces con astillas de pino, habiendo criados designados por turno para eso, que, echando continuamente leña al fuego sobre el candelabro hecho de latón, mantengan la luz. Hay un candelabro en el vestíbulo del atrio, otro en la pieza principal donde los sirvientes se pasean esperando órdenes, y el tercero dentro de la habitación del príncipe. Si hay que ir en particular á alguna parte, cada uno lleva en la mano su tea, como entre nosotros la candela. Sin embargo, en las islas, para fomento de la luz, emplean la enjundia de tortuga como nosotros el sebo.

3. Los del pueblo dice que tienen sólo una mujer; pero los príncipes pueden tener cada uno concunas á su arbitrio. También dice ıe solamente los príncipes se acuesn en camas, pero los demás en esras ó tapetes de algodón, que tien-

den en el suelo, contentándose nada más con ciertas mantas de algodón, de las cuales ponen debajo la mitad y se cubren con la otra media. De estas mantas nos enseñó muchas Ribera.

No tienen más que número y medida: el peso lo desconocen. Afirmé en otra ocasión que tienen libros, de los cuales trajeron muchos; pero este Ribera dice que no los hacen para leer, sino que únicamente aquellos caracteres que llevan varias imágenes son muestrarios de las cosas, de los cuales los artífices toman modelos para formar joyas, ó colchas y vestidos, y adornarlas con aquellas figuras, como en España veo á cada paso que las costureras y las que en telas de seda bordan lazos, rosas, flores, y muchas clases de figuras que deleita verlas, tienen consigo en unos lienzos especiales figuras de todas aquellas labores, y guiándose por ell: enseñan á las chiquillas sus dis(pulas. En esta diversidad *(de i. formes)* no sé á qué atenerme. Y

creo que son libros, y que aquellos caracteres é imágenes significan alguna otra cosa, habiendo visto en los obeliscos de Roma cosas así que se toman por letras, y leyendo, como leemos, que los caldeos tenían esa manera de escribir.

4. Recuerdo haber escrito arriba que Motezuma, á sesenta leguas de su corte, á petición de Cortés, le construyó cerca del mar, por medio de sus arquitectos, un palacio, donde hizo plantar dos mil árboles de moneda *(cacao)*, y sembrar muchas heminas [1] de grano de maíz, y mandó echar aves y patos y pavos del país, con otras tres casas para servicio del palacio. Cuando los nuestros fueron echados de la ciudad, los bárbaros colindantes *(con aquellos edificios)* mataron á los españoles que allí habían quedado, y lo pillaron todo.

5. Tocante á los comestibles que proporcionan las lagunas, la salada y la potable, refiere que el pes-

---

[1] Medida equivalente á un tercio de fanega.

cado de la salada es más pequeño y menos sabroso, y que, cuando en el flujo pasa á la dulce el agua de la salada, los peces que se han criado en ésta retroceden huyendo del gusto del agua dulce hasta que vuelve el reflujo de la suya. Por el contrario, así que los peces del agua dulce comienzan á gustar la salada, se retiran del mismo modo.

6. Preguntándole qué se hace de los antiguos ritos, y cómo reciben el tan repentino cambio de sus cosas sagradas, dice que todos los simulacros de los que han sido vencidos por fuerza de armas han sido destruidos y se han prohibido los sacrificios humanos, y que á los que son amigos se les ha dejado persuadidos de que no maten hombres si desean tener propicio al Criador de los cielos. Pero le ha parecido *(á Cortés)* que no es tiempo de obligarles á cambiar de repente las costumbres que sus mayores les imbuyeron; le parece que ha hecho bastante con que ni los tescaltecanos, ni los guazucingos

ni otros cualesquier amigos, se atrevan públicamente á hacer en lo sucesivo aquella degollina; si del todo se abstendrán de hacerlo en secreto, dice que lo duda. Es de esperar que poco á poco abolirá las antiguas ceremonias.

Pide sacerdotes: reclama también campanas y ornamentos. Todo se enviará, y muchos centenares y millares de pueblos nuevos se humillarán ante el trono de Vuestra Beatitud.

FIN DEL TOMO TERCERO

INDICE

DÉCADA CUARTA

Págs.

INTRODUCCIÓN..... 5

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO ÚNICO.—Sumario: Descubrimiento de Yucatán..... 9

LIBRO II

CAPÍTULO ÚNICO. — Sumario: 1. Buen recibimiento en Campeche.—2. Cruel perfidia del cacique de Aguanil..... 15

LIBRO III

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. Expedición de Grijalba á Cozumela. — 2. Mal recibidos en Campeche..... 21

CAP. II.—Sumario: 1. Hacia la desembocadura del río Grijalba.—2. Oro abundante..... 27

LIBRO IV

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. Sacrificios de víctimas humanas.—2. Isla de amazonas.—3. Industria.—4. Costumbres..... 31

CAP. II.—Sumario: Prosigue Grijalba el costeo de Nueva España..... 37

LIBRO V

CAPÍTULO ÚNICO.—Sumario: 1. Desordenada expedición á las islas Guanajas.—2. Consecuencias del desorden.—3. Industria..... 43

LIBRO VI

Págs.

CAPÍTULO PRIMERO. — Sumario: 1. Hernán Cortés sale para Cozumela. — 2. Niños que allí se inmolaban.—3. Abolición de tales sacrificios..... 51

CAP. II.— Sumario: 1. Jerónimo Aguilar libertado del cautiverio. — 2. Desdichada historia de Valdivia.—3. La madre de Aguilar..... 57

LIBRO VII

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. Prosigue Cortés su expedición.—2. Batalla de Tabasco.—3. Paz subsiguiente..... 63

CAP. II.—Sumario: Cortés hace explorar las costas mejicanas.—2. Presentes de Motezuma.—3. Determinan fundar una colonia.—4. Usos y otras noticias de los naturales..... 72

LIBRO VIII

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. Libros y escritura de los mejicanos. — 2. Su cronología..... 79

CAP. II.—Sumario: 1. Sacrificios humanos en Méjico.—2. Y antropófagos.—3. Misterioso bautismo.. 83

LIBRO IX

CAPITULO PRIMERO.— Sumario: Muestras de maravillosa industria mejicana..... 87

CAP. II.—Sumario: Si faltó Hernán Cortés á la disciplina respecto del gobernador de Cuba..... 93

CAP. III.—Sumario: 1. Colonia de Santa María la Antigua en el Darién.— 2. Pedro Arias, Gobernador.—3. Disensiones con Vasco Núñez de Balboa y dolorosa ejecución de éste.—4. Destitución del envidioso tirano Pedro Arias..... 96

LIBRO X

CAPÍTULO ÚNICO.—Sumario: 1. Desastres de los españoles en el Darién.—2. Despoblación de la Española.— 3. Libertad de los indios—4. Fertilidad. 101

DÉCADA QUINTA.—Libro primero

Págs.

Capítulo primero. — Sumario: 1. Dedicatoria. — 2. Motezuma.—3. Pasa Cortés á Cempoal.—4. Victorias increíbles..... 107
Cap. II.— Sumario: 1. Cortés sumerge las naves, y por qué.—2. Prosigue hacia lo interior de Méjico.—3. Garay en la Florida.—4. Cortés funda á Almería..... 115
Cap. III.—Sumario: Prosigue Cortés su marcha hacia Méjico..... 122
Cap. IV.—Sumario: 1. Los tlascaltecas.—2. Calzada notable.—3. Opuestos consejos de amigos y enemigos de Motezuma.—4. Entra Cortés por tierras tlascaltecas..... 127
Cap. V.—Sumario: 1. Repetidas victorias de Cortés sobre los tlascaltecas.—2. Se le rinden..... 134

LIBRO II

Capítulo primero.—Sumario: 1. Descubre Cortés la perfidia de los tlascaltecas.—2. La castiga.—3. Los vence..... 141
Cap. II.—Sumario: 1. Disgusto de los soldados de Cortés.—2. Su discurso animándoles.—3. Se le presentan los de Tlascalteca.—4. Los de Motezuma le disuaden en vano de ir á Méjico..... 146
Cap. III. — Sumario: 1. Noticias de Tlascala. — 2. Idem de Guazucingo.—3. Opuestas intrigas de mejicanos y tlascaltecas.—4. Cortés rinde con amenazas á los de Chiurutecal..... 153
Cap. IV.—Sumario: 1. Marcha Cortés hacia Chiurutecal.— 2. Descubre la traición preparada. — 3. Lucha y victoria.—4. Paces..... 159
Cap. V.—Sumario: 1. Acrimina Cortés á Motezuma.—2. Responde con regalos y excusas.—3. Insiste Cortés en pasar á Méjico.—4. El volcán de Popocatepec..... 166
Cap. VI.—Sumario: 1. Prosigue Cortés, aunque mal guiado.—2. El hermano de Motezuma sale á recibir á Cortés con valiosos regalos.—3. Le preparan emboscadas.—4. Otro precursor de Motezuma.—5. Morada deliciosa á lo romano..... 172

LIBRO III

Págs.

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. Maravillosa calzada de México.—2. Motezuma sale á recibir á Cortés.—3. Sacrificios horrendos..... 181
CAP. II.—Sumario. 1. Alojamiento de Hernán Cortés.—2. Discurso de Motezuma cediéndole el Imperio.—3. Contestación de Cortés..... 188
CAP. III.—Sumario: 1. Traición de Coalcopoc.—2. La explota Cortés para imponerse á Motezuma.—3. Éste se traslada al palacio de Cortés.—4. Prisión y castigo de Coalcopoc..... 193
CAP. IV.—Sumario: 1. Motezuma preso.—2. En busca de las minas de oro..... 199
CAP. V.—Sumario: 1. Motezuma levanta una factoría á ruego de Cortés, y facilita un puerto.—2. Ofrecimientos del cacique de Guazacalco.—3. Sublevación de Catamazín..... 204
CAP. VI.—Sumario: 1. Motezuma se encarga de someter á Catamazín.—2. Autoriza una derrama propuesta por Cortés.—3. Productos de ella..... 210
CAP. VII.—Sumario: 1. Relación que Cortés envía de Méjico.—2. Acueducto y puertos.—3. Comercio. 215

LIBRO IV

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. Cacao-monena y chocolate primitivo.—2. Comercio é industria.—3. Tribunales.—4. Trasportes y herramientas.... 225
CAP. II.—Sumario: 1. Construye Cortés en Méjico cuatro bergantines.—2. El templo principal.—3. Colegio.—4. Ídolos y sacrificios horrendos.—5. Antropofagia..... 232
CAP. III.—Sumario: 1. Sufragios de víctimas humanas.—2. Cortés destruye los ídolos.—3. Su discurso..... 238
CAP. IV.—Sumario: 1. Las casas grandes.—2. Educación cortesana.—3. Ceremonias á lo divino.—4. Regia molicie.—5. Regalos casi divinos..... 245
CAP. V.—Sumario: 1. Quintas á estilo romano.—2. Las de Motezuma..... 252
CAP. VI.—Sumario: 1. Todo el Imperio sometido á España.—2. Motezuma no quiere separarse de Cortés.—3. Angustias de éste por la imprudentísima expedición de Narváez.—4. Altanería de Pánfilo..... 256

LIBRO V

Págs.

CAPITULO PRIMERO.—Sumario: 1. Hernán Cortés sale de Méjico en busca de Pánfilo de Narváez.—2. Le prende.—3. Feliz aventura del magistrado Ayllón..... 263

CAP. II.—Sumario: 1. Reforzado Cortés, vuelve á Méjico y encuentra sublevada la ciudad.—2. Salidas infructuosas denuncian la gravedad de la situación..... 268

CAP. III.—Sumario: 1. Los mejicanos estrechan el sitio de Cortés.—2. Ochenta bajas de españoles en un día.—3. Cortés herido, hace testudos inútilmente.—4. Muere Motezuma de una pedrada de los suyos..... 274

LIBRO VI

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. Cortés al habla con sus obstinados sitiadores.—2. Resuelve tomar la ofensiva.—3. Salidas infructuosas.—4. Toma él mismo la torre..... 279

CAP. II.—Sumario: 1. Perfidia de los mejicanos.—2. Resuelve Cortés salirse de Méjico.—3. Retirada costosa..... 286

CAP. III.—Sumario: 1. Prosigue Cortés su retirada hostigado á retaguardia.—2. Y con hambre.—3. Resistencia del soldado español..... 292

CAP. IV.—Sumario: 1. Respiran los españoles en tierra de amigos.—2. Cuarenta y nueve españoles comidos por los indios.—3. Otros doce españoles comidos, y victoria de Cortés contra los antropófagos..... 296

CAP. V.—Sumario: 1. Toma Cortés la ciudad de Izuca, pone nuevo rey y destruye los ídolos.—2. Se le someten otras muchas.—3. El sucesor de Motezuma.—4. Cortés se prepara contra la ciudad de Méjico..... 303

LIBRO VII

De la vuelta al mundo.

CAPITULO PRIMERO.—Sumario: 1. Introducción.—2. Salida de Magallanes.—3. El viaje..... 309

CAP. II.—Sumario: 1. Tiritando en verano.—2. Sedición castigada.—3. Más al Sur.—4. En el desea-

Págs.

do estrecho.—5. Deserción de la nave *San Antonio* 316
CAP. III.—Sumario: 1. En el Pacífico y faltos de todo.—2. Las islas de los Ladrones.—3. El cacique de Berneo bautizado.—4. Pasa Magallanes á Matam.—5. Le matan allí 322
CAP. IV.—Sumario: 1. El convite traidor.—2. El Archipiélago.—3. Las Molucas.—4. Supersticiosa explicación de las especias aromáticas 328
CAP. V.—Sumario: 1. Otra nave menos.—2. Augurios misteriosos.—3. Alimentos.—4. Los cocos... 334
CAP. VI.—Sumario: 1. Pez monstruoso.—2. Las especias 341
CAP. VII.—Sumario: 1. Importancia de la vuelta al mundo.—2. Su explicación.—3. Atentado de los portugueses 346
CAP. VIII.—Sumario: 1. Trabajos de la tripulación.—2. Pretensiones portuguesas.—3. El día de menos.—4. Su explicación 352

LIBRO VIII

CAPITULO PRIMERO.—Sumario: 1. Transporta Cortés, y bota en la laguna de Méjico, los trece bergantines.—2. Queda dueño de la laguna, quita el agua potable á la ciudad y la bloquea.—3. Setenta días de sitio.—4. Coge preso al emperador, y se le rinde todo el imperio mejicano 359
CAP. II.—Sumario: 1. Cortés pone nuevo rey mejicano.—2. Botín que envía Cortés á España.—3. Tigres á bordo.—4. Cortés premiado.—5. Piratas franceses 367

LIBRO IX

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. Colonias del Darién.—2. El istmo de Panamá.—3. Tigres y monos 373
CAP. II.—Sumario: 1. Los cocos.—2. Exploraciones en el mar austral.—3. Mar de fondo negro y sirenas.—4. Cocodrilos, madera incorruptible, libertad de los indios 381
CAP. III.—Sumario: 1. Fecundidad de la Española.—2. Papiros y granados.—3. Pimienta 387
CAP. IV.—Sumario: 1. Otros suicidios ocasionados por abusos criminales.—2. Gigantes en América. 395

LIBRO X

Págs.

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. Noticias que trae Ribera, secretario de Hernán Cortés.—2. Etimologías.—3. Méjico después del sitio y la toma.—4. El arrastre de grandes vigas 401

CAP. II.—Sumario: 1. La escasa tropa de Cortés.—2. Los ricos dones que envía.—3. La industria que revelan.—4. Los vestidos mejicanos..... 409

CAP. III. — Sumario: 1. Mapas indios. — 2. Reserva prudente sobre creer en islas de perlas y especiería.—3. Razones en pro..... 417

CAP. IV.—Sumario: 1. Indios salvajes.—2. Parodia de los usos guerreros de Méjico.—3. Id. de los homenajes al rey.—4. La embriaguez santificada... 424

CAP. V.—Sumario: Los juegos de los mejicanos: la pelota. — 2. El alumbrado. — 3. El matrimonio: cuentas, libros.—4. Fincas devastadas.—5. Comestibles.—6. Cambio de religión..... 431

ANUNCIOS

EN PRENSA

El tomo IV y último de esta obra, recomendada por la Real Academia de la Historia y aplaudida por el Emmo. Sr. Secretario de Estado de Su Santidad en carta que se publicará al fin de dicho tomo.

Item en prensa: el tomo II y último de la misma en latín. Edición de pocos ejemplares, corregida de los innumerables yerros, defectos y perturbadora puntuación de que adolecen las antiguas casi ilegibles, como ya de ello se quejaba el propio autor, lamentándose de que habían impreso la primera Década *inepto caractere,* ó sea, "De Orbe Novo, Petri Martyris Anglerii e regio rerum indicarum senatu Decades octo quas scripsit ab anno 1493 ad 1526, praemissis quaecumque ex ejusdem epistolis de re eadem excerpere licuit; addito etiam ad calcem rerum notabilium indice.„

En preparación próxima: Fuentes históricas: *La Vuelta al Mundo,* ó sea el viaje de Magallanes y Elcano, escrito por Antonio Pigafeta, que fué uno de los pocos que regresaron en la nao *Victoria.* Lleva los documentos concernientes á la inmortal empresa. Un tomo.

Fuentes históricas: *Viajes de Américo Vespucio,* escritos por él mismo, con la relación de Traseniano y los documentos correspondientes. Un tomo.

Fuentes históricas: *Los Escritos de Cristóbal Colón.* Un tomo.

La Expulsión de los Moricos, ensayo de restauración histórico-crítica, por D. Joaquín Torres Asensio. Un tomo.

Fuentes históricas: *Las Germanías de Valencia y las Comunidades de Castilla,* por Pedro Mártir Angleria, testigo presencial de los sucesos. Un tomo.

Fuentes históricas: *La Conquista de Granada,* por Pedro Mártir Angleria, que tomó parte en ella por espacio de cinco años. Un tomo.

EN VENTA

Los tres primeros tomos de esta obra, á 5 pesetas cada uno en tela.

El tomo I de la misma en su lengua original, ó sea "De Orbe Novo„ etc. Los dos volúmenes en pasta, 25 pesetas.

A quien pague el tomo IV de la versión española ó el II de la latina, dejando las señas le será enviado con prontitud y seguridad, certificado si es para fuera de España.

Devocionario del Sagrado Corazón de Jesús: 3 pesetas en pasta y 4 en otra clase; encuadernación de lujo, á 10 pesetas.

Mes popular del Sagrado Corazón, en cartoncillo; la docena, 2 pesetas; el ciento, 12 pesetas.

Ceremonial de las Ordenes Menores y Mayores. A peseta el ejemplar en tela.

Ceremonial de la Consagración de los Obispos y de la imposición del Sagrado Palio. A peseta el ejemplar en tela.

La Restauración de los estudios en los Seminarios: 1,50 pesetas.

La Unidad Católica en España: 50 céntimos.

Gramática Latina dedicada á los Seminarios.—Tercera edición: 2,50 pesetas en tela.

Cinco Discursos, que son: Sermón de Santa Teresa de Jesús en su centenario.—Discurso apologético de la Verdad y de la Fe.—Panegírico del Bienaventurado mártir Juan Gabriel Perboyre, en el solemne triduo de su beatificación.—Sermón del Mandato.—Oración fúnebre de las víctimas del Dos de Mayo de 1808.—Precio de cada uno: 50 céntimos; de los cinco, 2 pesetas.

Dirigirse á D. Joaquín Torres Asensio, Canónigo Lectoral de Madrid, Barrionuevo, 2, 2.° izquierda.

TOZZER LIBRARY
3 2044 042 068 452

This book is not to be
taken from the Library

3-11-82